



AÑO 9.º

NUM. 101.

LA
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Director: JOSE LAZARO

MAYO 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

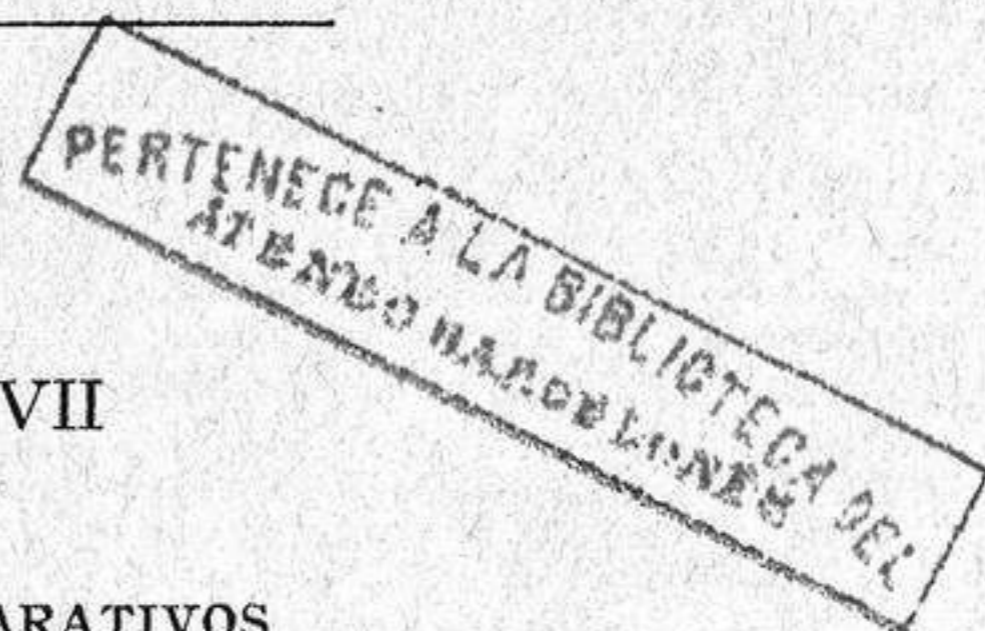
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

VII

PREPARATIVOS



Desde el momento en que Rosario y Miraya se estrecharon la mano en el bosque de mirtos, la situación de las tres personas que residían en la Ercolani cambió de una manera al parecer insensible, pero realmente profunda. Sin que la boca de Felipe María dijese que aceptaba el papel de pretendiente, lo declararon sus actos ya explícitos. La vida se estableció y regularizó sobre la base de un plan encaminado á dirigir los trabajos del felipismo en Dacia. Por las mañanas, mientras Rosario se ocupaba en esas menudencias de tocador que roban tanto tiempo á las mujeres, Felipe y Miraya despachaban juntos, leían correspondencia y periódicos y escribían, en cifra, largas cartas. Antes de la hora de almorzar, esperaba enganchado á Miraya el cestito, del cual tiraban dos jacas de resistencia y fatiga, muy distintas de los magníficos troncos flor de romero y negro, que se destinaban especialmente á los carruajes del servicio de Felipe. Miraya, por un rasgo de penetración, desde antes del almuerzo, dejaba solos á los enamorados. Entraba en sus cálculos que se creyesen *como antes*, libres y en intimidad completa. Pasábase el día en Mónaco ó en Rocabruna, no perdiendo el tiempo, porque allí abundaba la gente dacia, ya residente, ya de paso. Miraya sabía perfectamente con quién podía

hablar, con quién debía guardar recato y silencio, y de quién no le era difícil recoger noticias, algunas de interés sumo. Las cartas siempre dejan dudas, aunque las de Stereadi, en cifra, por supuesto, contuviesen un tesoro de instrucciones categóricas. Desde que Felipe estaba dispuesto á salir del retraimiento y á tomar "parte activa" en la empresa—y bien sabía Miraya lo que había de entenderse por "parte activa",—la faz de los negocios políticos había cambiado súbitamente, de la más impensada manera. El gran noticia era que el duque Aurelio, el propio duque Aurelio, renunciando á sus desapoderadas ambiciones, dejaba entrever propósitos de retirarse á la vida privada el día en que faltase el rey, ó de contentarse á lo más, con el papel de una especie de consejero altísimo, de un lugarteniente del monarca futuro, para el caso probable de una guerra.—El día en que Miraya dió cuenta á Felipe María de esta nueva actitud del duque Aurelio, al ver pasar por el rostro movable y finamente pálido del príncipe una expresión de contento, el periodista no pudo menos de menear la cabeza, murmurando:

—¡Hay que desconfiar!.... Es demasiado bonito..... ¡Soltar su presa el buitres!..... ¡Milagro como él!

—De todos modos, Sebasti—indicó Felipe,—esa actitud nos despeja el camino.

Volvió Miraya á hacer el mismo gesto de recelo y precaución. No obstante, en breve los hechos le obligaron á reconocer que, efectivamente, la actitud del duque, cada día más acentuada en el sentido de la abnegación, producía en Dacia efectos maravillosos, exaltando y difundiendo el movimiento felipista. Había tratado hasta entonces Miraya, perseverante en su sistema prudente y cauteloso, de evitar que algunos personajes dacios de los que concurrían á Mónaco, lograsen su deseo de ver, saludar y rendir homenaje á Felipe. Mas ya la ola de curiosidad, de simpatía y de entusiasmo iba siendo sobrado impetuosa para que se pudiese reprimir. Diferentes personas se presentaron en varias ocasiones á la puerta de la Ercolani, solicitando ver á Felipe y marchándose enojadas ó condolidas de la negativa; y Esteban, el leal cochero, enteró á su amo de que ciertas señoras dacias le habían ofrecido reservadamente fuertes cantidades, para saber en qué dirección pasearía el príncipe—á fin de hacerse las contradizas y contemplarle al paso.—No hay monarca que no provoque este anhelo de

la vista, fruto de la misma idea que les atribuía, en la Edad Media y aun en épocas más recientes, la virtud de curar los lamparones con solo imponer las manos: forma de la atracción propia del rey, el filtro mágico de su presencia..... Esteban refería á Felipe cómo alguna de aquellas señoras, ante su negativa, se había echado á llorar, diciendo que era duro no poder mirar el rostro de su príncipe, después de haber corrido bastantes riesgos para introducir en Dacia sus retratos, y de haber sido insultada por los oficiales de un regimiento adicto al duque Aurelio, á causa de lucir en el pecho el lazo blanco y rojo.....

Cierta mañana buscó Miraya ocasión de departir confidencialmente cinco minutos con Rosario, y á la noche, la chilena, adoptando el tono persuasivo y afectuoso que acostumbraba para hacer esta clase de indicaciones,—como si pidiese algo que la interesase personalmente,—dijo á Felipe:

—Mira, compláceme en esto..... Tengo el capricho de que hagas una excursioncita á Mónaco.

Y como Felipe, cuyas mejillas se encendieron ligeramente, sólo respondiese con un gesto ambiguo, ella insistió.

—Debes ir. Déjate de aplazamientos. Sé que hay mucha gente *de allá* hambrienta de echarte la vista encima. Es justo darles esa satisfacción..... Merecen algo por el cariño que te tienen..... Cosa convenida. ¿Cuándo se hace esa expedición? ¿Mañana?

—No hay tanta prisa..... ¡Ya veremos! ¿Y tú, nena? ¿Vendrás también?—preguntó con zalamería Felipe.

—No.....—respondió Rosario, venciéndose con energía sobrehumana.—Para ir yo, más valdría que no fuese nadie..... ¡Felipe, bien me comprendes! Irás solo..... es decir, con Miraya..... Yo..... sabré lo que ha sucedido..... Me lo contarás á la vuelta..... Y me traerás de allá..... si quieres..... un ramo de flores.....

Quedó resuelta la expedición para dentro de dos días. Miraya debía adelantarse, á fin de correr la voz entre la colonia dacica deseosa de ver á su príncipe, y que podía agruparse, con este objeto, á una hora determinada en la terraza del Casino. La promiscuidad y libertad de esos casinos absolutamente cosmopolitas, donde se mezcla y confunde gente de las más diversas razas y que sirven de punto de reunión á todos los extranjeros, no sólo de noche, para la cuchipanda del juego infernal que se juega allí, sino por la tarde,

á las cinco, en busca de las emociones más suaves y anodinas del concierto — serían favorables á la escena que Miraya quería representar — escena histórica, á pesar del carácter nada grave del teatro. — A la noche regresó Miraya, y encontró en la revuelta del camino, sentados sobre un ribazo, á los enamorados, que le esperaban para saber “qué tal había marchado eso.” A decir verdad, era Rosario la que demostraba interés y hacía afanosamente la pregunta: en cuanto á Felipe María, afectaba guardar silencio ó querer llevar hacia otros caminos la conversación. Pero Miraya no lo consentía: venía rebosando júbilo, excitado, radiante. ¡Qué recepción se le preparaba al príncipe! Él mismo no sospechaba en que Mónaco se encontrasen reunidos tantos partidarios suyos: los había de todos colores, de los amigos de Stereadi y de los del partido antiguo: entre éstos se contaba por cierto un sobrino del duque de Moldau, un oficial, mozo simpático y encantador; el conde de Nakusi, cuyo entusiasmo era contagioso. “¡Si le viese usted cuando supo que mañana conocerá á su príncipe! ¡Yo creí que se volvía loco! Y todos están en la misma *tessitura*. Tendremos una ovación. ¡Cómo corren las noticias! Un reguero de pólvora..... En hora y media se enteró todo Mónaco..... Verdad es que allí la gente forma una colonia unida desde medio día hasta media noche para divertirse, *flirtear* y derrochar..... ¡Qué ambiente el de ese paraíso del goce! Allí hay efluvios..... Y nadie faltará: Nakusi me ha dicho que se han acabado los miedosos, porque el duque Aurelio dice donde le pueden oír, que se ha convencido, que el trono es del príncipe Felipe María, y que él no aspira más que á ser su primer vasallo, el más fiel de todos.....!”

—¿Pero eso es auténtico? ¿No hay exageración? — preguntó Felipe María, estremeciéndose.

—Auténtico y real..... Tenemos los hados propicios — añadió Miraya accionando como un energúmeno. Y dejando desbordarse la abundancia del corazón, exclamó, sin saber lo que decía:—Todas las noticias favorables. El rey empeora.....

Esta vez Felipe frunció el ceño. Al fin y al cabo aquel hombre que declinaba hacia la tumba era su padre, el que le había engendrado, el que le tuvo en brazos y acaso le besó, aunque Felipe no lo recordase.... Miraya, olfateando el yerro cometido, se apresuró á anegararlo en un río de palabras.

—La actitud del duque Aurelio también no deja de darme á mí en qué pensar..... Al pronto me pareció una estratagema..... ¡Convertirse ese lobo viejo! Pero, bien mirado, es posible que la opinión se le haya impuesto de tal manera, que no halle medio de resistir; y como buen estratégico, comprenderá que una retirada honrosa es cien veces preferible á una derrota humillante. Dacia está que arde, no cabe duda: la hostilidad de Rusia, los vientos albaneses que corren, las complicaciones que se presentan por la parte de Turquía, ciertas indicaciones transparentes del Gabinete de Viena, y, más que todo, la certidumbre de la enfermedad mortal del rey, noticia que se ha divulgado por todas partes, á pesar de los tapadijos de médicos y palaciegos, han producido tal estado de efervescencia en los ánimos, que oponerse á la corriente sería dar una prueba de locura..... El duque habrá reflexionado. Es listo, muy listo, y los listos saben adaptarse á las circunstancias, cuando no pueden modificarlas á su antojo....

Sin embargo, al hablar así, el acento de Miraya revelaba todavía un temor indefinible.

Mientras fumaban en el pórtico, á la luz de la luna, se combinaron los últimos detalles. Irían en el coche de guiar, con el tronco flor de romero, que aunque inquieto y mal domado todavía, era como pareja de corderitos en las diestras manos de Esteban. Llegarían á Mónaco poco después de las cuatro, y la aparición de Felipe en el Casino se verificaría á las cinco y media, cerca de las seis—el momento de más concurrencia.—De lo demás no había que ocuparse: ya haría su oficio el entusiasmo..... Estos pormenores los discutían Rosario y Miraya, mientras Felipe fumaba silenciosamente, más agitado de lo que quería dejar notar, pero con agitación reprimida, dominada por esa sombría actitud de impasibilidad aparente que sabía adoptar en las circunstancias críticas y supremas. En el fondo de su alma no existía la petulancia jactanciosa de Miraya, ni la tranquila convicción, generosa y fuerte, de Rosario. ¿Si en el último momento un desengaño viniese á frustrarlo todo? ¿Si en vez de ovación recibiese una acogida fría, irónica; si, al contrario la exaltación revistiese formas grotescas; si en vez de simbólica entrada triunfal en Dacia, la aparición en el Casino de Mónaco representase la estéril postulación del pretendiente siempre desairado? Era la primera vez que se decidía á presentarse en público

revestido de la aureola que presta el trono no sólo á los que lo ocupan, sino también á los que con alguna probabilidad aspiran á ocuparlo. Su orgullo, su amor propio, enconado por las decepciones de su madre, que habían recaído sobre él, gritaban al solo pensamiento de un paso en falso, de una ridiculez, de un fiasco posible. Y las únicas frases con que intervenía en el diálogo confidencial de Rosario y Miraya, que bajaban la voz cual si tramasen un complot, eran rasgos de mal humor y displicencia, objeciones pueriles, augurios y vaticinios pesimistas — últimas resistencias de una voluntad que quiere ser forzada, y secretamente aspira á que le ofrezcan un pretexto para dar el salto mortal—el definitivo.

VIII

MONÁRQUICA

Fué servido Felipe á medida de su recóndito deseo; Rosario y Miraya le empujaron, le estimularon, pacientes y optimistas, anunciándole toda clase de bienes, tolerando en silencio sus arranques de enojo. A la hora señalada, tal vez minutos antes, Felipe subía al coche y tomaba las riendas, con Esteban al lado por precaución: Miraya había preferido el cómodo asiento interior, sin responsabilidades. Así, erguido en el estrecho pescante, con la irreprochable corrección de su traje claro, con la distinción enteramente moderna y afinada de su cabeza y de su actitud, con la diminuta *boutonnière* blanca y roja florecida en su ojal, con la ortodoxa posición de sus manos, que calzaba recio guante de amarilla gamuza, antes que heredero de una corona y que sale á buscarla, parecía Felipe uno de tantos de esa clase numerosa, mal definida, en que caben desde el caballero de industria hasta el más legítimo y empingotado aristócrata,—la clase de los *sportmen*, creación de una edad en que se rinde culto al lujo disfrazado de ejercicio físico, y en que, así como en la Edad Media se tenía á menos no poder romper una lanza, se tiene en poco al que no es capaz de dominar un caballo con la rienda ó con la silla.

Desde el vestíbulo, Rosario vió salir el coche, y tuvo valor para despedirlo con una sonrisa y un ademán enteramente cordial. Así que, al ruido y volteo de las ruedas, al batir de los cascos del fogoso y soberbio tronco, sucedió un silencio plomizo, inmenso, un silencio que envolvió de súbito el alma de Rosario como una sábana de hielo, la chilena, lentamente, cruzó el vestíbulo, atravesó el atrio y el peristilo, pasó bajo el pórtico sin volver la cabeza para mirar á los faunos, que, inalterables, reían con malicioso regocijo; salió á los jardines, dejándose caer en su sitio favorito, en el asiento de jaspe, bajo la dorada sombra del templete, y recostó la frente en el respaldo del banco de mármol, tibio del calor del día. ¡Ah! ¡Qué instante de reposo aquel!

Había creído Rosario que al ausentarse Felipe María, dejándola sola por primera vez una tarde entera, la esperaba un dolor furioso, una especie de convulsión moral; y se asombraba al advertir que sentía, por el contrario, como una especie de amargo alivio, una tranquilidad de muerte, pero, al cabo, tranquilidad. Las almas resueltas, predispuestas al heroísmo hasta por ley de herencia—el padre de Rosario había dado gustoso su vida por la independencia de su patria—saben beber así, de un trago, sin repugnancia, el cáliz del sacrificio. Rosario no titubeaba; no conocía el desfallecimiento. Tristeza, sí; una tristeza inmensa, que empapaba su alma como la hiel empapa la esponja por todos sus poros y resquicios. Aquel lugar, lleno de memorias, aquella atmósfera vibrante aún de amor y de ilusión infinita, aumentaban el sentimiento de fatiga y de indiferencia hacia todo que invadía á Rosario. El templete era tan lindo como antes; las verdes enredaderas trepaban con la misma gracia airosa enroscando sus delgadas columnitas, pulimentadas por los siglos; al través de los intersticios se veía el mar, tan cerúleo y apacible como siempre—mar que, al parecer, no conocía las tormentas que también azotan el alma humana;—la decoración era igual que cuando llegaron á Ercolani, la mañana inolvidable en que Felipe, enajenado, no sabía desprenderse de su cuello ni soltar sus manos, ni dejar de beber su aliento con sed inextinguible; pero ¿dónde estaba ya la rosa amorosa, aquella flor de esplendor tan breve? El poeta tenía razón; había que respirarla cuando el rocío matinal la impregnaba aún; que después.....

Lo singular es que Rosario no por eso acusaba á Felipe. Un

sentimiento tan completo y profundo como el de Rosario permite estados morales contradictorios: la pasión es casi siempre, en medio de su vehemente exclusivismo, un fenómeno complejo, y el alma en ella está como el niño en el columpio, tan pronto en el suelo como por las nubes. Rosario, maestra en el arte de depurar y limpiar de toda sombra la imagen de Felipe, se entregaba — á aquella misma hora, primera de su soledad, mientras apoyaba la frente en sus brazos y sus brazos en el mármol—á la consideración de lo que pasaría en su alma si, en vez de ser abandonada por una corona, lo fuese sencillamente por otro amor. Y su impetuosidad de española, su sangre de fuego, hervían á esta sola idea, como lava. ¡Ah, entonces! Rosario se complacía, con trágico deleite, en figurarse el caso, y ya se veía empuñando el cuchillo, descargando el certero golpe..... Tenía fuerzas para hacerlo, fuerzas sobradas, valor irreflexivo y ciego, el empuje salvaje de la manola, que antes quiere ver muerto lo que ama, que perdido indignamente. Pero no se trataba *de eso*. Rosario,—sin que en tal convicción tuviese nada que ver la vanidad,—comprendía que su atractivo era suficiente para no temer rivalidades, y que no podía otra mujer disputarle la victoria. Distinto sentimiento llenaba en el corazón de Felipe María todo el lugar que no ocupaba ella..... Cuando los labios pálidos de su amante temblaban; cuando se dilataba su nariz, y por sus ojos azulinos cruzaba cierta lumbre fosfórica, ya sabía Rosario qué ideas causaban estos síntomas: conocía la enfermedad, iniciada hacía tiempo, desarrollada lentamente, de marcha segura y cada vez más rápida, instinto primero, obsesión después, y ya posesión entera y absoluta del ser de aquel hombre, en cuya sangre residía el germen del mando y la tradición del puesto aparte entre los demás hombres. Inútiles habían sido los remedios, vana la resistencia: poco á poco, sin crisis agudas, la ambición había ido labrando en Felipe, y ya le poseía por completo, de la cabeza á los pies, á pesar del último y casi desgarrado velo de recato que aún quería poner entre su voluntad y los hechos.....

Y Rosario,—hay que repetirlo,—no le acusaba. Ni aun daba á la pasión absorbente de Felipe el severo calificativo de *ambición*. Era la legítima reivindicación de un derecho—del derecho más alto y más grandioso de la tierra.—¿No se había inmolado ella, de antemano, á este derecho, vinculado por la sangre en Felipe? ¿No había

arrojado por la ventana su honra y su felicidad, su dignidad y su orgullo de mujer, resignándose á no ser más que el pasajero capricho de algunas horas, la humillada, la abandonada luego? ¿Qué no valdría lo que tanto costaba?

Sepultada en aquella honda y muda pena, paladeando el ajenjo á sorbos continuos, sin rechazarlo ni aun de pensamiento, Rosario miraba hacia el mar, como pidiendo á aquella superficie serena el secreto de la resignación que exigen los sacrificios totales. La energía desplegada hasta entonces por Rosario, ¿qué era en comparación de la que iba á tener que desplegar en lo sucesivo? Rara vez, en los primeros momentos de abrazar una resolución decisiva y terrible, se tienen bien medidas sus consecuencias. No alcanza la imaginación á presentir todas las combinaciones de la suerte. Se supone que un salto no es más que un salto, inmenso, loco, pero salto al fin, y no se presume lo que sigue al salto: los miembros ensangrentados y rotos, los crueles dolores, todo el martirio de sobrevivir á la caída..... Cuando Rosario, liándose á la cabeza su mantilla de blanca, sin cambiarse los zapatitos finos, pisando la nieve dura, había volado á la cabecera del lecho de Felipe María herido de muerte, mal podía representarse la serie de sucesos que se derivarían de aquel: la asistencia, la convalecencia, el idilio mágico en la Ercolani; pero, sobre todo, lo que no supo presentir, fué otra cosa que apenas se había confesado á sí misma, que todavía en aquel momento de reflexión desesperada no quería aceptar como un hecho, y que de tal manera complicaba su destino. Bien lo recordaba Rosario: con el arrojo de la juventud, al instalarse á la cabecera de Felipe, se decía á sí propia: "Hay para todo mal, para el mayor daño, un supremo remedio....." Y he aquí que la suerte—ó Dios, porque Rosario volvía á notar el fondo de fe religiosa de su raza—disponía de tal suerte los acontecimientos, que le quitaba esa pronta y decisiva solución, la que había de coronar heroica y terriblemente la abnegación de su alma..... No tenía Rosario derecho á morir; y al comprenderlo así, un estremecimiento desesperado corría por sus venas, y una duda surgía en su conciencia, haciéndola vacilar hasta su misma raíz. ¿Cabía prescindir de este nuevo dato? ¿Tenía derecho á disponer de otro destino, asociándolo á la catástrofe del suyo?

Hubo un instante en que tal suposición pareció á Rosario el ma-

yor de los absurdos y hasta de los crímenes. Levantando la cabeza, irguiéndose, fuerte en su santa energía repentina, vió otro horizonte nuevo: felicidad tranquila y absoluta, lejos de las sugerencias de la ambición: una situación normal, idéntica á la de los demás seres humanos que en su camino no han tropezado con la corona..... Y sus ojos, en vez de abismarse en lo infinito del mar, recorrieron el templo y las perspectivas del jardín, y su fantasía acogió un sueño delicioso, una esperanza de dicha consagrada por el deber más dulce y adorable de los deberes..... Rosario conocía su fuerza. Miraya tenía razón: esta fuerza era incalculable; no se había gastado ni disminuído por concepto alguno: podía ejercitarla, y recordar á Felipe sus explícitas proposiciones de matrimonio; resistencia ó vacilación en Felipe, no la imaginaba siquiera: comprendía que á su primer reclamación, Felipe pagaría la deuda con la puntualidad estricta del jugador que entrega su última moneda de oro, aun cuando haya de suicidarse en el acto á la salida de la casa de juego.—Y aquello era la seguridad del porvenir, y Rosario veía sucederse los años, en la tranquila posesión de su hogar, entre la consideración social, en la plenitud de los afectos lícitos, madre feliz, disfrutando caricias y halagos que envidiarían, si capaces fuesen de envidia, los ángeles del cielo.....

Rosario se incorporó, sacudió la cabeza y volvió lentamente á la villa. Comió sola, sin apetito, abstraída, dominada por la idea seductora que se apoderaba gradualmente de su espíritu. Al caer la tarde, no pudiendo resignarse á esperar en la sala, pidió un abrigo, un capuz de seda gris, y tomó el camino del sendero por donde había de volver el coche. Andaba despacio, á fin de hacer más breve la espera. La luna alumbraba la senda, y las luciérnagas despedían, entre los perfumados matorrales, tenues reflejos verdosos, como de agua, que recordaron á la sobrina de Viodal, en aquella hora crítica de su vida, los *Cuatro elementos*, el acuario, la elegante inclinación de la Driada de mármol volcando su urna, de donde eternamente fluía un chorro inmóvil.—Llegó hasta el ribazo donde habían esperado ella y Felipe á Miraya la víspera, y por involuntaria rutina, se sentó en el mismo lugar, sobre la yerba todavía hollada. Allí aguardó hasta que el ruido de las ruedas y el trote recio y algo desigual de los caballos anunciaron la llegada del coche.

Al verla, Felipe dejó las riendas á Esteban y saltó á tierra preci-

pitadamente, movimiento que imitó con la pesadez de su rechoncha persona Miraya; y los dos hombres, como si no acertasen á reprimirse, sin conciencia de lo que hacían, transportados, prorrumpieron en exclamaciones.

—¡Rosario! ¡Ah, si vieses!—decía Felipe.

—¡Qué día! ¡Qué hermoso día!—confirmaba Miraya.

—Es imposible que te formes idea.....

—Ha sobrepujado á nuestras esperanzas todas, todas.

—Es que en realidad tuvo mucho de delirante..... ¿Verdad, Miraya?

—Sí, en ciertos momentos yo temía por vuestra Alteza.....

—¡Ah! No, no había miedo—declaró Felipe respirando fuerte, y cogiéndose del brazo de Rosario, como si necesitase apoyo para soportar el peso de una emoción violenta, abrumadora. La chilena le miraba, y á la clara luz de la luna y al reflejo de los faroles del coche, detenido súbitamente, notaba la transfiguración de su rostro, la exagerada fosforescencia de sus ojos, semejante al reflejo misterioso de las luciérnagas entre los matorrales..... Jamás, ni en los instantes de efusión más apasionada, había visto así Rosario aquella cara fina y viril á la vez, dúctil como cera, en que tan visible huella marcaban las impresiones de todo género,—cara nerviosa, movable como el agua. Por fin, después de tanto tiempo, Felipe aceptaba, con los brazos abiertos, con un impulso de todo su ser, la lucha y el triunfo; y su cabeza, orgullosamente erguida, pareció á Rosario más alta sobre los hombros. El, entre tanto, no cesaba de exclamar, estrechando el brazo de la chilena.

—¡Si vieses! ¡Si vieses! Nunca esperé.....

—¿A ver, á ver?.... ¿Qué pasó? —preguntaba ella ansiosamente, poseída de curiosidad febril, olvidada ya de sus propósitos, de cuanto no fuese aquella emoción avasalladora.

—¡Una cosa espléndida, increíble!—explicó Miraya, vibrando de gozo. —Aún me tiembla el cuerpo, señora, porque las grandes alegrías parecen enfermedades. El Casino, atestado de una concurrencia brillantísima; la sala de conciertos, que no cabía un alfiler..... Y, sin embargo, á nuestra llegada, empieza á alzarse un rumor, un rumor que va en crescendo, que zumba como el viento, como el mar, y las olas humanas nos rodean y se abren para dejar paso al príncipe, y las cabezas se descubren, y las manos se tienden,

y las señoras luchan por acercarse..... La orquesta, ante aquel imponente ruido, calla; y cuando el príncipe llega cerca del estrado, el director,—Dorokali, un albanés,—se inclina hasta el suelo, se vuelve, hace una seña, levanta la batuta..... ¡y rompen á tocar el himno dacio, de Ulrico el Rojo! Entonces la explosión es completa: la gente electrizada, rompe en aclamaciones; se precipitan, rodean al príncipe, ¡y hasta á mí me victorean! ¡Hasta á mí!

—¿Eran de Dacia?—murmuró Rosario con afán.

—¡De Dacia y de todas partes! ¡Si es lo que me ha extrañado, si es mi gran asombro! ¡Un auditorio cosmopolita, contagiado de entusiasmo, gritando, apostrofando, agitando pañuelos! ¡Nuestra causa es ya europea, yo bien lo sabía! ¡Europea!

—¿Te han victoreado, Felipe? ¿Te han victoreado mucho?

—Miraya puede decirlo.....—contestó él con voz enronquecida.— ¡Si estoy medio sordo aún.....!

—¡Nada, señora, era un delirio, un frenesí!..... Y no había allí más que gente escogida, elegante, difícil de entusiasmar! ¡Pero se ha roto el hielo! ¡Se me olvidaba! Las señoras, engalanadas con ramitos de flor blanca y roja. Muchas se los quitaron y se los echaron al príncipe alfombrando el suelo..... Mire usted, mire usted cómo viene ese coche.....

Rosario miró. Hasta aquel instante no lo había notado: la caja, en efecto, estaba atestada de flores raras; mazos de rosas, de lilas, de azaleas, de combalarias y narcisos; enormes ramos de orquídeas y de tulipanes, se hacinaban en el estrecho fondo, desbordándose por todos lados, inundando de esencia el aire. Y Miraya cogía las flores, las removía, deshojándolas con su gruesos dedazos, repitiendo la escena de Mónaco, tapizando el suelo á los pies de Felipe. Entonces Rosario, á su vez, cogió uno de los ramos y lo arrojó al paso de su amante, en un transporte imposible de describir, y más aún de analizar. Hubiese querido arrojarse ella misma, arrodillarse y saludarle rey; y en aquel instante de embriaguez singular, de absoluto olvido de sí misma, de alegría en el martirio, nada podía prevalecer contra el intenso, el profundo placer de considerar ya á Felipe María distinto de los otros hombres, sagrado y ungido por esa especie de divinidad en lo humano: la realeza. ¡Sangre de rey! ¡Derechos reales! ¿Cómo podía haber olvidado un instante Rosario que Felipe era un ser aparte, sometido á otras leyes

y á otras exigencias que los demás? Lo que importaba al resto de los mortales era indiferente á Felipe, y en cambio, intereses misteriosos, sacrosantos, iban adheridos á su persona.....

Miraya continuaba dando suelta á la emoción.

—Claro es que los dacios gritaban más..... El conde de Nakusi estaba como loco, y al resonar, después del canto de Ulrico, el himno nacional albanés, trepó á una silla, para que desde allí se le viese agitar el sombrero..... ¡Qué hermoso día, qué hermoso día! Costó un trabajo muy grande disuadir á los dacios, arrebatados de júbilo y de amor, de que escoltasen á Felipe María con coches y á caballo, hasta la Ercolani..... Pero no se pudo evitar la manifestación en la terraza y en los jardines, ni que un grupo, capitaneado por Nakusi, rodease el carruaje en el momento en que Felipe María subió á él.....

—¡Hasta Nordis me aclamaba!—murmuró Felipe.

—¿Nordis estaba allí?—preguntó con extrañeza y dejos de inquietud Rosario.

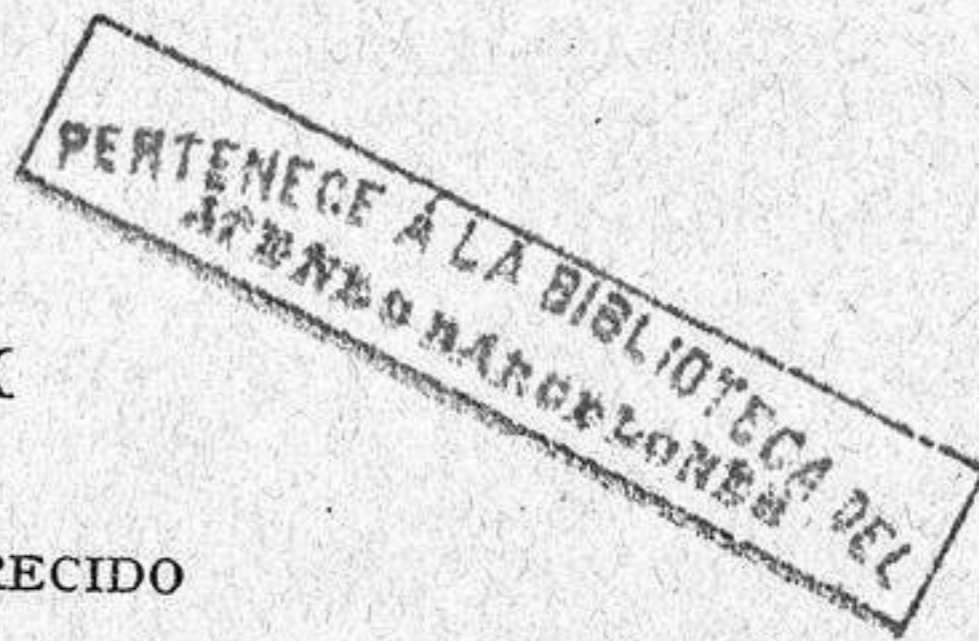
—Allí estaba ese pez..... Los de Aurelio se nos han pasado todos; ¡si ya no hay disidencias!—declaró Miraya que, sin embargo, pronunció esta frase con menos aplomo.—¡Y el príncipe ha estado admirable, señora, admirable de todo punto! ¡Inspirado! Al despedirse... cuando oyó gritar “¡Viva nuestro príncipe!” respondió así: “¡Viva Dacia!” “¡Viva la independendencia!” No sé si me creerá usted..... ¡pero se me humedecieron los ojos!

IX

EL APARECIDO

Desde aquel momento, Felipe entró en su papel victoriosamente, sin que se volviesen á mentar vacilaciones y escrúpulos. ¿No era, casi oficialmente, el príncipe heredero de Dacia? ¿No habían desaparecido los obstáculos? ¿No henchía el viento propicio las velas del deseo? ¿No cooperaban á la obra cuantos veía en torno suyo; la mujer amada, los entusiastas partidarios, hasta los criados, que ya

E. M.—*Mayo* 1897.



se llamaban á sí propios *servidumbre*, y sentían — empezando por Adolfo, el ayuda de cámara, como buen parisiense escéptico por fuera y lleno de ilusiones por dentro — ese singular transporte, fenómeno mal estudiado por la psicología, que se llama *adhesión*? Un incidente demostró estos sentimientos de los servidores.

Dos días después de la excursión á Mónaco, Esteban el cochero se presentó á Rosario, á tiempo que ésta atravesaba el atrio para dirigirse á la sala de baños, y gorra en mano y la voz dolorida y quebrantada, explicó que sufría una desgracia muy grande: desde Dacia le reclamaba con urgencia su madre, porque su anciano padre había aparecido muerto al pie de un muro. “Sospecho que lo han asesinado—decía trémulo Esteban,—y mi madre tiene miedo de sufrir la misma suerte. ¡Pero marcharme ahora!...”—exclamaba, poniendo en esta frase todas sus ilusiones de patriota dacio, todo su fervor monárquico, todo el cariño que le inspiraba Felipe María.

—No importa, Esteban—pronunció la chilena afectuosamente, pues era muy dulce con los servidores, y en especial con aquel, en quien sentía la lealtad de un can valeroso y sumiso.—No importa. Se va usted al punto. En Mónaco encontrará fácilmente Su Alteza cochero que haga estos días el servicio. La madre es primero que todo.

—Pero, señora—exclamó dolorido el cochero, que no quería convencerse aún,—¡si no comprendo cómo ha podido ser eso! Mi padre no tenía enemigos. Un anciano inofensivo, un veterano de la “guerra antigua” de Iliria, á quien todos estimaban..... ¡Asesinarle! Es imposible; habrá pasado cualquier cosa, ¡qué sé yo! Una muerte natural, de seguro, y la pobre vieja, trastornada por la pena, habrá creído..... Se engaña, de fijo..... ¡y vale más que se engañe! ¡Porque si hubiese habido alguien tan infame que se atreviese!...—Y la cara morena y aguileña de Esteban adquirió, en la energía de su expresión de cólera y odio, la dureza de una faz metálica, fundida en bronce.

—Sea lo que sea, Esteban, usted se va enseguida—ordenó Rosario.—Ni un minuto más se detiene usted aquí. No hace usted falta; con Cipriano y los troncos de diario, tenemos servicio. Yo me encargo de excusarle con su Alteza. Vaya tranquilo, consuele á su madre.....

Esteban, balbuciendo frases de agradecimiento, dió todavía algunas vueltas á su gorra antes de resolverse á marcharse; y decidiéndose por último, declaró:

—No voy tranquilo, señora..... por los troncos buenos. El flor de romero, sobre todo, que no lo pongan en manos de algún animal..... ¡Podría ocurrirle á Su Alteza un accidente!..... Si hubiese en Mónaco cochesros que supiesen su obligación..... Son caballos jóvenes, muy inquietos y de mucho poder; no van á estarse así tanto tiempo sin trabajar..... y el que los saque, necesita saber lo que lleva.....

—No se apure usted—dijo Rosario, compadecida del fiel servidor.—Todo se arreglará, le doy mi palabra. Aproveche usted el tiempo y váyase cuanto antes, sin pensar en nada más. Ahora mismo le mandaré dinero para el viaje.

Apenas se había retirado Esteban, cuando una sombra se atravesó entre Rosario y la luz, y el grito que la chilena iba á exhalar se ahogó en su garganta al reconocer á Yalomitsa. Era, sí, el bohemio, pero en un estado de tan lastimosa decadencia, tan lacio de plumaje, tan convertido ¡su vivo color de cobre en el tono verdoso que presta la enfermedad á los rostros morenos,—lastimera variación de aquel Gregorio alegre é imprevisor como un niño ó como un pájaro,—que la chilena, en vez de tenderle las dos manos con el amistoso ímpetu de la confianza, con la afable acogida de la hospitalidad, se detuvo sobrecogida.

—¿No me conoces ya, Sari?—preguntó tristemente el bohemio.—¿Has renegado tú también?

—¡Gregorio!—murmuró por fin ella, acercándose.—¡Gracias á Dios! Yo le había dicho á Felipe que le escribiese á usted convidándole á venir.....

—Nada me ha escrito, hija mía..... Y era natural. Felipe no quería verme, no. Es decir, el que no quería verme..... ya no es Felipe, mi Lipe, mi amigo, á quien de niño tuve á caballo en las rodillas. El que no quería verme es su Alteza, el príncipe Felipe María de Leonato, heredero del trono de Dacia, y aclamado en Mónaco hace pocas horas..... Vengo bien informado, como ves. Tengo noticias frescas.....

—Lo que vendrá usted es muy cansado, muy deseoso de bañarse y reposar, y de tomar algo.....

—¡De comer..... tienes razón!—contestó melancólicamente Yalo-

mitsa.—¡No todos los días he comido en París esta temporada, hija del corazón! ¡El comer es un lujo como otro cualquiera..... y yo..... qué diablos!.....

—Pero, ¿por qué no se ha venido usted, Gregorio, escapado, derecho aquí? ¿No somos sus amigos? Nos ha jugado usted una mala partida.....

—¿Venir? ¿A estorbaros, á estropear los únicos días buenos que en la vida habéis tenido? Yalomitsa no hace eso..... Si me ves aquí ahora, es que he sabido la presencia de Miraya, y puesto que aguantais á ese, me aguantaréis á mi.

—Ha hecho usted muy mal en no venir antes..... En fin, no le quiero reñir más.....

—Mi trabajo me ha costado.... No creas que el dinero se encuentra debajo de las piedras, ni que la gente lo suelta de buena gana. Creen todos que las monedas, si las guardan, van á acompañarles hasta la sepultura; que se las van á llevar al otro mundo en el bolsillo....

—¿Por qué no escribió usted?—insistió Rosario, cada vez más cariñosa, sintiendo los efectos de una tierna lástima ante aquella derrotada catadura.—Le hubiésemos enviado á vuelta de correo cuanto le hiciese falta.

—¡Pch! ¡Escribir yo! ¡Escribir por monises! No, hija..... Ya sabes que detesto escribir. No hay invención más estúpida que la de la tinta. ¡Así se llevase Judas Iscariote á todos los que embadurnan papel, empezando por el lagartón de Miraya, que tiene la culpa de la mitad de tus desgracias, pobrecilla!

Rosario hizo un movimiento, sorprendida de aquel rasgo de sagacidad del bohemio.

—¡Es usted incorregible!—dijo sonriendo y bromeando.—Venga usted—añadió,—venga usted á descansar, á asearse, que después se le arreglará de ropa..... El príncipe se cuidará de eso.

—¿El príncipe? ¿Hay algún príncipe aquí?—preguntó el bohemio, enseñando sus dientes blancos y agudos.—Si hay príncipes, que me lo avisen..... porque pondré los pies en polvorosa.....!

—Para usted sólo hay aquí amigos, Gregor..... Tenga usted juicio alguna vez y déjese guiar. Le cuidaremos, le trataremos como cosa propia, y volverá usted á estar tan bien y tan satisfecho como en París. No se oponga usted á que yo le mime.

—¡Por tí, hija mía..... por tí me pongo yo á cuatro pies..... de alfombra de esos piecitos, que deben moldearse en plata, para que la posteridad sepa lo que es un pie de mujer hermosa, un verdadero pie de los países del sol! Pero por mí..... ¿qué mas dá? No creas, al verme tan flaco y tan verde, que la causa de mi abatimiento es la miseria. No; es que me puse de mal humor, caí enfermo, y me ví solito, olvidado de todos, próximo á reventar en un rincón como un perro..... Tenga yo salud, y me reiré del mundo, y sobre todo del dinero, del maldecido dinero, por el cual se hacen tantas picardías y tantas indecencias, como si al morirnos no hubiésemos de dejarlo ahí todo, todo..... Mira, el día que tu Felipe se ponga majadero con la corona, ¿sabes?, á Gregorio Yalomitsa no le faltan recursos jamás..... Agarro mi violín, y me voy por los caminos y los pueblos, tocando mishimnos y mis sonatas, más contento que un arzobispo..... Aquí me dan un pedazo de pan; allí un vaso de vino ó una copilla de aguardiente; este me ofrece un cigarro, el otro me suelta un par de zapatos viejos, tan viejos como los que llevo ahora..... ¡Y Gregorio vive, y Gregorio se ríe de la suerte y de las mojigangas y farsas de este mundo! ¡Esa vida fué la de mis primeros años..... y sólo en ella se es libre y dichoso!

Al hablar así, ya la expresiva y gesticuladora faz se había iluminado y transformado; corría por ella otra vez la sangre, los ojos de azulada córnea brillaban, y el pelo revuelto vibraba y se sacudía como el de los monigotes de médula de sauco sometidos á los efectos de la corriente.

—Pero, Gregor—objetó Rosario,—no me negará usted que ese traje andrajoso.....

Hablando así le remiraba, y notaba lo mugriento de la corbata, la absoluta falta de botones del chaleco, lo destrozado del pantalón, y el lastimoso estado de las altas botas, pareciéndole que se reían al borde de la suela, y que las arrugas no eran arrugas ya, sino cortes transversales.

—¿Miras mi facha?—exclamó regocijadamente el bohemio.—¡Mírala, hija, que tiene que ver! En las estaciones te aseguro que he pasado ratos deliciosos. Aquí, donde todo se vuelve elegancia, última moda y lujo,—un lujo exagerado y ridículo, de *cocottes*;—aquí, donde las mujeres se pasean por el andén con doscientos francos de plumas en los sombreros de paja y mil de encajes en el

vestido de batista, me han mirado como se mira á un ser caído de otro planeta, y he oído carcajadas detrás de los abanicos..... ¡Si te dijese que el cobrador quería echarme del tren, nada más que por mi pergeño! ¡Empeñado en que yo había robado el billete de primera! Porque vine en primera. ¿Qué te figurabas tú? Ya que tenía con qué..... Y al bajarme, en Mónaco, me quedaban ocho francos; pero los dí de limosna á la mujer de un pescador..... Así es que tuve que venir á pie. ¡Hace calor, hija!

—Gregor, es tiempo perdido decirle á usted nada..... ¡Si ha de ser usted lo mismo siempre....!

—Lo mismo..... Yo no nací para veleta.....—añadió el bohemio, recargando el *yo*.—Y tú, paloma, ¿qué tal? ¿cómo lo pasas?

—Bien, Gregorio..... muy bien.....

—Pues te encuentro desmejoradilla, ¡vive Dios! ¿Y Lipe; puede saberse qué hace Lipe? Tengo más ganas de verle que de beber un grog cargado de ron.....

—Beberá usted el grog antes.... En este momento, Felipe despacha con Miraya, y ha mandado que no le interrumpan.....

Yalomitsa se echó atrás. Sus ojos lucieron con salvaje inquietud y con indescriptible fiereza irónica.

—¿Y va conmigo esa orden? ¿Conmigo, con Gregorio Yalomitsa, que le ha tenido en brazos, que he sido el amigo y el confidente de su madre? ¡Centellas! ¡Sari, le calumnias! Ahora mismo he de abrazar á Felipe, y ahora mismo me vas á llevar á donde esté..... ¡Después de los sacrificios que hago por venir! ¡Pues no faltaba otra cosa!

Y arrastrando á Rosario, antes que dejándose conducir por ella, Yalomitsa penetró en el despacho como una bomba.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Se concluirá.

EL PARTIDO SOCIALISTA EN ESPAÑA

Hay en nuestro país muchas personas instruídas que, reconociendo que el Socialismo tiene razón de ser y alcanza gran desarrollo en otras naciones, niegan que en España pueda llegar á tener arraigo y consideran, por tanto, de todo punto estéril la propaganda que hacen sus partidarios.

Solamente siendo poco observadores ó estando muy aferrados á ciertos prejuicios, puede emitirse tan equivocada opinión respecto al país en que vivimos.

Lo que principalmente da vida al Socialismo es la producción burguesa, ó, precisándolo más todavía, una de las fases superiores de esa producción, la concentración de los capitales. ¿Hay algún país de Europa que no haya entrado en esa fase? Creemos que no, y si alguno hay, ese seguramente no es el nuestro.

Ciertamente no podemos compararnos con ninguna de las naciones de gran desarrollo industrial, pero, aunque á paso corto, vamos por el mismo camino que van ellas. Concentración capitalista hay en Vizcaya, Andalucía y Cataluña, y, por más que la rutina y la imprevisión constituyan los rasgos dis-

tintivos de la burguesía española, aquélla se hará de día en día más intensa en dichas regiones y se irá extendiendo á todas las demás que forman nuestro pueblo.

Hay, pues, en España condiciones bastantes, atmósfera suficiente para que el Socialismo viva y prospere; lo que no hay todavía es campo bastante bien preparado para que los progresos del Socialismo se aproximen á los que hace en Alemania, Francia, Bélgica, Austria, Italia y otros países.

Esto, mejor que con razonamientos, podremos demostrarlo con hechos, haciendo una breve historia del partido socialista español; y como no nos duele el que aparezca pequeño, aunque otra cosa deseáramos, al lado de los partidos socialistas de los otros países, empezaremos por exponer algunos datos que permitan apreciar los poderosos elementos de que aquéllos disponen.

Partido socialista alemán.—Tuvo en las últimas elecciones 1.876.000 votos; en el Parlamento está representado por 48 diputados; tiene también representación en algunas Dietas y en varios Municipios y cuenta con 41 periódicos diarios y 123 semanales.

Partido socialista francés.—Tuvo en las últimas elecciones 1.400.000 votos; le representan en la Cámara de Diputados 45 individuos; es dueño por completo de Municipios como Marsella, Lila, Roubaix, Montluçon, Ivry, Commentry, Narbona y otros; tiene mayoría en los de Roanne, Vierzon, Calais, Fourmies, Perpignan, Cette, Tolon y muchos otros, entre los que se cuentan bastantes de poblaciones rurales; minorías en centenares de Ayuntamientos y algunos consejeros generales. La Prensa del partido pasa de 80 periódicos, entre diarios y semanales.

Partido socialista austriaco.—Ha tenido en las recientes elecciones, en que por primera vez ha ido á la lucha electoral, 700.000 votos, de los cuales solamente á Viena corresponden 90.000. Los diputados elegidos son 14. Su Prensa cuenta más de 80 periódicos, entre diarios, políticos y profesionales.

Partido socialista belga.—Ha obtenido en la lucha electoral 461.000 votos, eligiendo 29 diputados. Tiene en el Senado 2 representantes, mayoría en 78 Municipios y minorías en 210. Componen su Prensa 5 periódicos diarios y un gran número de semanarios políticos y profesionales. Sus Casas del Pueblo ó Cooperativas, donde se paga á los obreros salarios más crecidos que en las fábricas y talleres patronales y obtienen los afiliados no pocos beneficios, dejan á la caja del partido importantes sumas para la propaganda.

Partido socialista italiano.—En las elecciones legislativas que acaban de verificarse ha obtenido 135.000 votos, sacando triunfantes 15 candidatos. Tiene representación en muchos Municipios y defienden sus ideas más de 30 periódicos, 1 de ellos diario.

Partido socialista danés.—En las elecciones últimas, verificadas en 1893, alcanzó 25.000 sufragios. Tiene en la Cámara de diputados 9 representantes, 2 en el Senado y 94 en los Municipios. Su Prensa la forman 6 periódicos diarios y 3 semanales.

Por ser de menos importancia, no damos las cifras relativas á los partidos socialistas suizo, inglés, servio, rumano, búlgaro, portugués, argentino y norteamericano.

Veamos ahora si la existencia y el desarrollo del partido socialista español acusa lo que hemos dicho más arriba.

Aunque se fundó en Madrid en 1878 por un puñado de trabajadores, puede decirse que no fué conocido ni dió verdaderas señales de vida hasta 1886. A los comienzos de este año hizose una excursión de propaganda por la provincia de Barcelona y vió la luz *El Socialista*. Ambas cosas fueron el resultado de repetidos esfuerzos pecuniarios del puñado de socialistas que había entonces.

El programa que adoptaron los fundadores del partido fué, en su esencia, el mismo que tenían y tienen los partidos socialistas de las otras naciones.

Parte primera ó fundamental: *Posesión del Poder político*

por la clase trabajadora y transformación de la propiedad de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social ó común.

Parte segunda ó programa mínimo: *Una serie de medidas políticas, en las que se hallan comprendidos los derechos individuales, y otra serie de medidas de carácter económico.*

La misma táctica empleada por la generalidad de los socialistas de otros países fué la que acordaron observar los fundadores del partido socialista en España; ó lo que es igual, vivir completamente separados de todos los partidos burgueses y ejercitar la acción política, como partido de clase, todo cuanto fuera posible.

Ese programa y esa táctica fueron defendidos y propagados en los *meetings* que pudieron celebrar y desde las columnas del semanario *El Socialista*. Aunque muy poco á poco, el partido progresó, sin sufrir nunca el menor retroceso. Su primer órgano en la Prensa ha pasado algunos apuros, pero ni una sola semana ha dejado de publicarse.

Cuatro Congresos ha celebrado el partido socialista español. El primero se efectuó en Barcelona en 1888. En él, además de ratificarse el programa, salvo leves modificaciones, y la táctica ya adoptados, hízose una Organización general. Según ésta, el partido se compondría de Agrupaciones Locales, y éstas se formarían por los individuos que estuviesen conformes con las aspiraciones de aquél. Cada individuo, siempre que no estuviera enfermo ó careciese de trabajo, abonaría una cuota, que sería determinada por su respectiva Agrupación. Para representar al partido, hacer respetar su programa, exigir el cumplimiento de la Organización general y de las resoluciones de los Congresos y procurar el desenvolvimiento del mismo, habría un Comité Nacional. Dicho Comité residiría en Madrid y percibiría para atender á sus necesidades una pequeña cuota mensual de cada afiliado que trabajara.

También se acordó en este Congreso que el partido fomentara las Sociedades de resistencia y apoyase con todas sus fuerzas las luchas que mantuviesen los obreros con los patronos.

Cuando se efectuó este Congreso componían el partido 16 Agrupaciones.

El segundo Congreso se celebró en la capital de Vizcaya. La principal cuestión tratada en él fué la electoral, recayendo el acuerdo de que el partido tomase parte en las primeras elecciones legislativas que se verificasen, y en las sucesivas resolviese con arreglo á los medios de que dispusiera y á las circunstancias.

De acuerdo con la táctica mantenida por el partido desde su fundación, se decidió no admitir coalición ni alianza electoral con los partidos burgueses.

Al celebrarse el Congreso de Bilbao, el partido socialista estaba formado por 23 Agrupaciones.

El tercer Congreso se verificó en Valencia. Se trató en él también la cuestión electoral, resolviéndose que en las elecciones legislativas presentase candidatos el partido en todas las localidades donde contase con elementos organizados, y en las elecciones municipales y provinciales acudieran solamente á la lucha las agrupaciones que tuviesen probabilidades de alcanzar un triunfo material ó moral.

El acuerdo de que en las elecciones legislativas presentase el partido candidatos en todas las localidades donde hubiera elementos socialistas organizados, obedeció á la idea de poder sumar todas sus fuerzas. Ese mismo Congreso aprobó un programa municipal, redactado y presentado por el Comité Nacional del partido. Contiene dicho programa las reformas de carácter municipal que más interesan á los trabajadores.

Al verificarse el Congreso de Valencia constituían el partido 37 Agrupaciones.

El cuarto Congreso se efectuó en Madrid. Su principal trabajo consistió en reformar la Organización general del partido. Por la aprobada en el Congreso de Barcelona, sólo podían pertenecer á aquél las Agrupaciones formadas por individuos que aceptasen el programa del mismo y sus acuerdos, pero no las Sociedades de oficio. Habiendo ganado la propaganda so-

cialista á muchos obreros asociados, fueron apareciendo Sociedades compuestas totalmente de individuos conformes con las aspiraciones del partido; lo que obligó al Congreso de Madrid á reformar la Organización general, dando entrada en ella á dichas Sociedades.

Cuando se verificó este Congreso, tenía el partido 45 Agrupaciones.

El año próximo se celebrará el quinto Congreso, que acusará, seguramente, un importante aumento en las fuerzas del partido socialista, pues al presente cuenta ya, á más de las adhesiones personales de individuos que residen en poblaciones donde no hay todavía organización, 50 Agrupaciones, de las cuales 4 están constituídas por trabajadores del campo y otras 4 por obreros de las minas.

La disciplina en el partido socialista es severa. Los que faltan intencionadamente al programa, no cumplen sus acuerdos, votan á los candidatos burgueses sabiendo lo que hacen, ó cometen acciones deshonorosas, son excluidos de él.

Partido defensor de los intereses proletarios, no se concreta solamente á difundir los ideales que sustenta y á ejercitar la acción política, sino que procura con el mayor interés asociar á los obreros para que mejoren las condiciones del trabajo. Esto explica que la principal organización obrera española de carácter resistente ó que emplea la huelga contra los patronos que no aceptan las peticiones de sus trabajadores ó quieren imponerles condiciones durísimas, la hayan creado los socialistas y los socialistas la dirijan.

A la Unión General de Trabajadores—que es la organización á que nos referimos—pertenecen la Federación de los obreros preparadores, hiladores y tejedores mecánicos, la Federación Tipográfica y la mayor parte de las Sociedades obreras de España. El número de individuos que hay en ella no baja de 6.000. Esta organización se fundó en 1888, ha sostenido diversas huelgas, entre ellas una importante, la de «La Industria Malagueña»; ha celebrado cinco Congresos y ha es-

tado representada por un delegado propio en los Congresos obreros internacionales de Zurich y Londres.

Los individuos del partido socialista no han incitado jamás á la huelga á los trabajadores de ningún oficio, y más de una vez las han impedido con sus consejos; pero cuando han surgido, ya por provocación de los patronos, ó por querer los obreros conquistar alguna mejora, se han puesto inmediatamente al lado de los huelguistas para auxiliarles en todo cuanto han podido. Si las autoridades, como casi siempre ha pasado, han cometido arbitrariedades y atropellos con los obreros que defendían su dignidad ó su salario mediante la huelga, los socialistas no han vacilado un instante en protestar contra la conducta de aquéllas, y en procurar que hicieran lo mismo los demás trabajadores. Esta actitud, en armonía con las ideas y los intereses que defienden, ha costado á muchos socialistas visitar la cárcel y aun ser condenados á meses de prisión.

La ayuda pecuniaria del partido socialista no ha faltado tampoco á los obreros que han luchado contra los patronos.

En 1890 hubo, entre otras huelgas de menor importancia, una de tejedores en Navarcles, otra de obreros del mismo oficio en Manresa, otra, de tejedores también, en «La Industria Malagueña» y otra de mineros en Vizcaya. Para todas ellas abrió suscripción *El Socialista*, reuniendo para los primeros más de 700 pesetas; para los tejedores de Manresa y para los de Málaga 1.432, y para los mineros de Vizcaya más de 1.000.

En 1892, los mineros de la misma región tuvieron otra huelga, seguida, como la anterior, de prisiones. *El Socialista* recaudó para auxiliar á dichos trabajadores más de 1.500 pesetas.

En 1894, los representantes de «La Industria Malagueña», propiedad de la poderosa casa de Larios, quisieron obligar á los operarios á disolver la Sociedad que, para la defensa de sus intereses, habían creado algunos años antes. Los obreros se negaron á ello. Para obligarles á ceder, los fabricantes cerra-

ron la fábrica, y por consecuencia de tal actitud surgió una de las huelgas más importantes que se han conocido en España,—huelga que duró cerca de tres meses, no obstante haber realizado las autoridades todo género de abusos y tropelías para concluir pronto con ella, y que, si no fué ganada por los trabajadores, sirvió al menos para producir una magnífica explosión de solidaridad entre todos los obreros organizados de España, para afirmar la solidaridad internacional de los asalariados, y para demostrar á la poderosa casa malagueña que los que en un tiempo se sometían sin chistar á cuantas órdenes dictaba, no lo hacían ya sin medir sus fuerzas con ella y sin resistir todo lo posible.

Los huelguistas, entre mujeres y hombres, llegaban á 4.000 y tenían en caja, al surgir la huelga, más de 10.000 pesetas.

Perteneciendo su Sociedad á la Unión General de Trabajadores, las colectividades que formaban ésta les prestaron decidido apoyo. Lo enviado por ellas directamente á los huelguistas pasó de 6.000 pesetas.

El partido socialista apoyó con la mayor resolución á dichos trabajadores y agitó todo lo que pudo á la masa obrera española para que auxiliase á quienes defendían contra unos millonarios el derecho de asociación.

Apenas declarada la huelga, abrió una suscripción *El Socialista* á favor de los referidos obreros. Cuando las autoridades de Málaga hicieron las primeras prisiones y los huelguistas empezaron á irritarse, el Comité Nacional del partido socialista acordó enviar á Málaga un delegado de su seno para recomendar á aquéllos la calma y aconsejarles lo que les pudiera beneficiar. Antes de salir ese delegado de Madrid, se consultó á la Junta Directiva de los tejedores si consideraba benéfica para la lucha que sostenía la presencia en Málaga de un miembro del antedicho Comité. La respuesta fué afirmativa.

Preso y encausado el representante de éste al poco tiempo de encontrarse en Málaga so pretexto de haber injuriado al

gobernador, el Comité Nacional del partido socialista envió otro de sus miembros, que estuvo al lado de los huelguistas mientras el primero no pudo prestarles su cooperación.

Lo recaudado por *El Socialista* para auxiliar á los huelguistas malagueños ascendió á 15.011,50 pesetas. Además, los individuos del partido costearon los gastos que ocasionó el envío de los dos delegados, y un año después atendían al sostenimiento de uno de esos dos compañeros, que cumplía en la cárcel de Málaga cuatro meses de arresto, impuestos por los Tribunales con motivo de la citada huelga.

Para auxiliar en esta contienda á los obreros de «La Industria» enviaron recursos los trabajadores de Portugal, Italia, Austria, Alemania é Inglaterra.

El partido socialista español no se ha limitado á prestar ayuda á los obreros españoles, sino que, como partido de carácter internacional, ha hecho lo propio con los trabajadores de los otros países.

En 1892 recaudó *El Socialista* más de 400 pesetas para los tipógrafos alemanes, que mantuvieron una huelga general.

En 1893, el mismo órgano del partido socialista recaudó para los trabajadores de Sicilia, víctimas de bárbara persecución con motivo de los disturbios causados allí por la miseria y el hambre, cerca de 1.000 pesetas.

Y este mismo año ha recaudado el citado periódico, para los trabajadores en huelga del puerto de Hamburgo, más de 400 pesetas.

El total de lo reunido por *El Socialista*, hoy órgano central del partido de su nombre, para ayudar á los trabajadores de España y de fuera de España en sus luchas para mejorar su suerte, asciende, en números redondos, á 25.000 pesetas.

En estos instantes tiene abierta una suscripción á favor de las tejedoras de Manresa, que se niegan á aceptar un trabajo muy superior á sus fuerzas.

La cantidad total reunida por *El Socialista* no representa todo lo recaudado por el partido de que este semanario es ór-

gano para auxiliar á los trabajadores en sus reclamaciones, pues, aunque bastante menos, los otros periódicos con que aquél cuenta han reunido cantidades con igual objeto.

A miles de pesetas asciende también lo gastado por el partido socialista en hojas, manifiestos y reuniones de propaganda. El número de éstas ha sido relativamente crecido, y las poblaciones donde más se han efectuado son: Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia, Málaga, Mataró, Linares, El Ferrol, Oviedo, Gijón, Burgos, Palma de Mallorca, Santander, Játiba y la zona minera de Vizcaya.

Por las malas condiciones económicas de nuestro país y también por la ignorancia obrera, no ha sido posible á los socialistas españoles acudir aún á la cooperación de consumo, tanto para beneficiar á los trabajadores, como para obtener ellos recursos con que extender la propaganda de sus ideas y fortalecer su organización. Pero lo que no han hecho hasta aquí, por tropezar con muchas dificultades, lo harán más adelante. Esa obra la ha comenzado ya la Agrupación socialista de Mataró montando una modesta panadería, que produce excelentes resultados.

En el terreno electoral, el partido socialista no ha obtenido señalados triunfos, hecho que tiene su explicación, no solamente en ser España el país donde los Gobiernos cometen más abusos para sacar de las urnas una inmensa mayoría adicta á su política, y donde la compra de votos y toda clase de sobornos se realizan en mayores proporciones, sino también en que no se ha enseñado á los trabajadores á ejercitar el derecho electoral. Sin embargo, las elecciones legislativas en que ha tomado parte le han servido para difundir sus ideas y adiestrar en esa lucha á buen número de obreros, y las elecciones municipales, á la vez que para eso también, para llevar á algunos Municipios individuos que le representen y que defiendan en ellos los intereses de la clase proletaria.

En las elecciones legislativas de 1891, los candidatos presentados por el partido socialista obtuvieron 5.000 votos.

En las de 1893, reunieron 7.000.

En las últimas, verificadas el año anterior, alcanzaron 14.000.

En las elecciones municipales de 1891, los socialistas bilbaínos acudieron á las urnas. Como los partidos burgueses no les concedían importancia, descuidaron la elección, y cuando se hizo el escrutinio se encontraron desagradablemente sorprendidos con el triunfo de cuatro socialistas. Apelando á fútiles pretextos, se anuló la elección de tres de los elegidos: sólo uno entró en el Ayuntamiento.

En las elecciones de 1893 volvieron los socialistas de Bilbao á la lucha; pero más prevenidos los burgueses que en las anteriores, les disputaron los puestos mediante la coacción y el soborno, y ningún candidato socialista logró el triunfo. Sin embargo, obtuvieron más votos que en 1891.

En estas mismas elecciones presentaron candidatos los socialistas de dos ó tres localidades más, pero logrando tan sólo triunfos morales.

En las elecciones de 1895 acudieron á las urnas los socialistas de Bilbao, Mataró, El Ferrol y dos ó tres puntos más. En Bilbao, á pesar del dinero repartido, triunfó un candidato socialista en dos distritos, en Mataró resultó elegido otro y en El Ferrol venció otro también con mayor número de votos que los que alcanzaron en el mismo distrito los otros candidatos vencedores.

Hay, pues, al presente tres Municipios con representación socialista, que seguramente aumentará en las elecciones que se verificarán dentro de unos días.

Esos representantes socialistas han propuesto, y en algunos casos conseguido, que se voten por dichos Ayuntamientos medidas favorables á los trabajadores.

Si ya le ha sido posible al partido socialista español forzar las puertas de algunos Municipios, no es de creer que tarde mucho en forzar las del Parlamento. Que propague un poco más sus ideas, que aumente algo la potencia de su organiza-

ción, y logrará que nuestro país deje de figurar entre los pocos que no tienen en su Parlamento minoría socialista.

Los periódicos que defienden las ideas socialistas en España son ocho: seis semanales, uno que aparece quincenalmente, y una revista decenal. Se publican: *El Socialista* y *La Ilustración Popular* (revista), en Madrid; *El Grito del Pueblo*, en Alicante; *La Lucha de Clases*, en Bilbao; *La Voz del Obrero*, en El Ferrol; *La República Social*, en Mataró; *El Defensor del Trabajo*, en Linares, y *La Aurora Social* (quincenal), en Gijón.

Cuenta, además, dos bibliotecas: la del órgano central del partido, y la «Biblioteca Socialista», las cuales publican folletos y obras de los principales socialistas de todos los países.

El partido socialista español mantiene frecuentes y cordiales relaciones con los partidos socialistas de las otras naciones, y marcha con ellos de perfecto acuerdo, á pesar de haber afirmado frecuentemente lo contrario cierto partido burgués.

La mejor respuesta dada por los socialistas españoles á esa afirmación ha sido el tomar parte en los cuatro Congresos que el Socialismo internacional ha efectuado desde el año 1889 acá. En esos Congresos el partido socialista español ha estado representado por un delegado propio en los de París, Bruselas y Zurich, y por tres, propios también, en el verificado en Londres el año pasado. En estos Congresos las cuestiones principales han sido votadas por unanimidad.

No solamente los socialistas españoles están de acuerdo con sus correligionarios de los demás pueblos, sino que esos mismos correligionarios, conocedores de las dificultades con que aquí se lucha, prestan atención al movimiento socialista de España y le alientan y ayudan. En 1893, la Democracia socialista alemana envió al Comité Nacional del partido socialista español 500 marcos con destino á gastos electorales.

Quien ha organizado en nuestro país la Manifestación del 1.º de Mayo ha sido el partido socialista. Tiene esa obligación por haber votado dicha revista obrera en unión de los demás partidos socialistas en el Congreso internacional de París, y

cúmplala con la mayor fidelidad, viéndose secundado en tan grata tarea por todas las Sociedades obreras que quieren mejorar el estado de la clase trabajadora.

Habiendo intentado los anarquistas desnaturalizar el carácter y objeto de la Manifestación en los primeros años, el partido socialista les salió al paso, descubrió los propósitos descabellados que aquéllos abrigaban, y logró que los incautos que los seguían se apartasen de ellos. Desde entonces, la Manifestación obrera celébrase en nuestro país con la solemnidad y el orden que sus autores se propusieron y que á los intereses de los trabajadores conviene. Este carácter serio y tranquilo ha sido mal interpretado por la mayor parte de la Prensa, que lo ha tomado como signo de decadencia de la movilización obrera. El tiempo, que ha rectificado otros muchos errores respecto al Socialismo, se encargará de rectificar también ese.

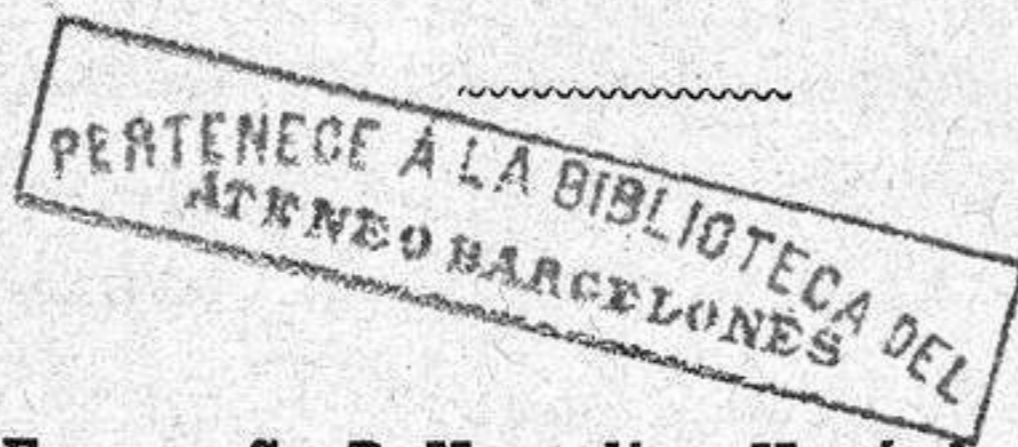
Si el partido socialista español, fiel á su táctica, ha combatido á las fracciones republicanas, por representar éstas un equívoco para los trabajadores, más ha combatido todavía á los anarquistas (lo mismo á los teóricos que á los partidarios de la llamada propaganda por el hecho). Le ha obligado á conducirse así, más aún que el discrepar de ciertas ideas de esos dos grupos, los erróneos procedimientos que ambos defendían: la abstención de la lucha política el uno, y el sistema del terror el otro. Nada puede dañar más á los intereses de la clase obrera que la adopción de cualquiera de esos dos procedimientos. Esta campaña del partido socialista ha valido al mismo el odio de los anarquistas fanáticos, que más de una vez no han reparado en unirse á los republicanos para atacar á los que predicamos que la clase trabajadora debe constituirse en partido político distinto y opuesto á todos los partidos burgueses. El partido socialista, tanto porque le importa no aparecer confundido con los elementos anarquistas, como por haber logrado que muchos obreros salieran del error en que estaban, hállase satisfecho de la conducta que ha observado con aquéllos.

No ha conseguido hasta ahora el partido socialista influir en los asuntos que más preocupan al país, ni menos aún obligar á los representantes en el Poder de la clase privilegiada á que fijen su atención en las cuestiones que más afectan á los trabajadores; pero no por eso ha dejado de hacer labor útil, pues á más de dar educación política á muchos obreros, de hacerles ver que les es de suma necesidad ejercitar todos los derechos políticos, de despertar su afición al estudio de todo cuanto con su condición se relaciona, ha creado un núcleo de fuerzas llamado á aumentar pronto en proporción considerable.

Compónese hoy el partido socialista español casi totalmente de obreros manuales; los obreros intelectuales que hay en él, alguno de superiores facultades, apenas pueden aportar al mismo, por la situación especial en que actualmente se encuentran, su actividad y su saber; pero como esa situación no ha de durar siempre, y como es inevitable que acudan pronto á las filas socialistas los hombres de inteligencia que aman la verdad y la justicia, y los proletarios de levita á quien el presente régimen social niega, en el mismo ó mayor grado que al albañil ó al minero, medios para vivir, el día que eso ocurra el partido socialista español progresará rápidamente y pondrá á la clase dominante en el caso de mejorar la condición de los asalariados y de facilitar con esa mejora la obra de paz y de ventura que á ellos toca realizar.

P. IGLESIAS.

ALGUNAS OBSERVACIONES
SOBRE EL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA



Al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ilustre amigo y admirado maestro: Cuando, con la avidez que todo escrito de usted despierta en mi débil inteligencia, leí su admirable carta, titulada «Una nueva conjetura sobre el *Quijote* de Avellaneda», asaltóme de improviso, tan enérgicamente como suelen los estímulos intelectuales, vivísimo deseo de exponer á usted con sincera modestia, pero con grande curiosidad de conocer su inapelable fallo, todas mis suposiciones, conjeturas, dudas é intentos sobre asunto tan de mi particular interés, y tan relacionado con otros que son objeto de mi constante estudio desde hace más de siete años.

Pensando en ello, y recordando que también ese trabajo mío (1) ha de someterse pronto á la suprema autoridad de usted, parecióme que, ya que en ese Estudio ha de ser usted mi juez y maestro, no sería tan grave imprudencia solicitar igual

(1) *Estudio biográfico y crítico de Fr. Gabriel Téllez.*

honra para unas meras observaciones, y cuando lo fuese y recayera sobre mí la culpa de molestar á usted y de obligarle, acaso, á corregir mis errores, aún me atrevería á holgarme de mi culpa si con ella daba ocasión á nuevo escrito de usted, que sería nueva página de oro para nuestra historia literaria.

Además, desde que tengo la honra y la satisfacción suprema de oír las sublimes lecciones de usted, sobre nuestros grandes polígrafos, paréceme como que ese parentesco y comunión espiritual que se establece entre el maestro y el discípulo, ese prestigio de la inteligencia que enseña sobre la inteligencia que aprende, tan semejante á la atracción de fuente cristalina para los labios del sediento, servirá, si no de descargo, á lo menos de disculpa á esta natural tendencia de interrogar á quien todo lo sabe, tan propia en quien lo ignora todo.

Y, finalmente, debo hacer constar que, si me atrevo á escribir sobre asunto por usted iniciado, es en la seguridad de que la opinión que en él apunta es sólo una conjetura, y no un criterio definitivo, y en la seguridad también del desinterés con que usted desea el esclarecimiento de este punto, de verdadera importancia para la historia literaria—por su íntima relación con la primera novela del mundo—y en el cual ha marcado usted varias atinadísimas direcciones que han de servirme de guía, y que, según mi humilde criterio, son caminos de felices descubrimientos. Así, si algún éxito se lograse en esta investigación, á usted cabría la doble gloria de la iniciativa y del acierto.

Expuesto por usted tan magistralmente el asunto que motiva estas modestas observaciones, que no es otro sino esclarecer el origen del *Quijote* de Avellaneda y resolver el enigma del nombre de su autor, y apuntadas asimismo en su carta las principales soluciones intentadas por la crítica, no he de insistir sobre esto sino lo necesario para trazar el plan de mi breve estudio.

«Nada de lo que se refiere al *Quijote* puede ser indiferente

á ningún español—escribe usted en su carta con incontestable verdad—y pocas cosas se refieren á él tan de cerca como la tentativa audaz del que intentó suplantar á Cervantes y arrebatarle su gloria.»

Y en este breve párrafo de usted se contiene, juntamente con la causa del interés que inspira á la crítica el descubrimiento del verdadero autor del pseudo *Quijote*, la más cumplida disculpa al persistente empeño con que todos los cervantistas, buenos ó malos, han intentado probar sus fuerzas en el esclarecimiento de este enigma.

Con firme y seguro paso penetra la serena crítica de usted por la intrincada selva de inducciones y suposiciones, en su mayor parte gratuitas, que obstruyen desde antiguo el camino de estas investigaciones, rechazando, como quien es, lo que hay en ellas de falso é infundado, para ir progresivamente recogiendo y estrechando el círculo de las probabilidades, hasta reducirlo, como conviene, á las más breves y racionales proporciones.

Expone usted, primeramente, el empeño de Pellicer y sus secuaces en atribuir el pseudo *Quijote* á un fraile dominico, empeño que fué causa de que sucesivamente se adjudicase la paternidad de la obra á cuatro dominicanos distintos (Fr. Luis de Aliaga, Fr. Andrés Pérez, Fr. Alonso Fernández y el doctor Juan Blanco de Paz), de los cuales, el que mayores y más respetables votos alcanzó fué el inquisidor general y confesor de Felipe III, Fr. Luis de Aliaga, grande favorecedor, por cierto, de mi egregio amigo Fr. Gabriel Téllez.

Reduciendo usted, como dice, á *forma descarnada* los argumentos en que se apoya esta suposición, halla que no son sino los tres siguientes:

- 1.º El hecho de ser el P. Aliaga aragonés, según era ó parecía el fingido Avellaneda.
- 2.º La circunstancia de ser dominicano, como han querido los críticos que fuera el émulo de Cervantes.
- 3.º La suposición fundada en las tan zarandeadas décimas

de Villamediana, de que á Fr. Luis se le aplicaba el apodo de *Sancho Panza* en 1621.

La primera hipótesis, la de que Avellaneda fuese aragonés, es tan aventurada, como usted observa y demuestra con el examen de su estilo, si bien en éste se advierten desigualdades é incorrecciones muy dignas de nota.

La segunda, que se basa en el hecho de ser dominico Aliaga, no es del todo infundada, si se atiende á las respectivas referencias y encomios á la Orden de predicadores y exhortaciones á la devoción del Rosario que contiene el libro, aunque todo ello no baste á demostrar que su autor perteneciese á dicha Orden.

Y la tercera, la alusión de Villamediana, pudiera ser más significativa, si se admitiese que el apodo de *Sancho Panza* se aplicó también á Aliaga, aunque por extensión y sólo en un sentido; ya que á mi parecer existió una personalidad que tenía muchos más puntos de referencia—si bien en la proporción en que las cualidades se asemejan á sus defectos correspondientes—con la inmortal caricatura cervantesca.

De modo, que en cada una de las suposiciones antes citadas hay una vislumbre de verdad, la cual se desvanece y apaga tan pronto como se atribuye el falso *Quijote* á Fr. Luis—tan diverso físicamente, y en otros varios conceptos del *Sancho* cervantino—pero cobra nuevo vigor y claridad si suponemos que el P. Aliaga no fué del todo ajeno al libro ni á su autor.

Pero no insistiré ahora sobre este punto, rechazando, como usted, la suposición de que Fr. Alonso Fernández fuese el autor del falso *Quijote*.

Con mucho mayor fundamento pudiera atribuírsele á

«..... el autor de *La Pícará Justina*,
capellán lego del contrario bando»,

como le declara Cervantes en su *Viaje al Parnaso*, puesto que la lucha de escuelas ó de partidos poéticos era evidente entre

el autor del *Quijote* legítimo y los defensores de Lope, y puesto que el mismo Cervantes le declara sin rebozo afiliado al partido de sus émulos.

Pero siendo tan diversos el estilo de *La Pícarra Justina* y el de la novela tordesillesca, no hay para qué mezclar—á lo menos por ahora—el nombre de Fr. Andrés Pérez con la presente indagación.

Atribuir el *Quijote* de Tordesillas á una venganza de Blanco de Paz, es alejarse totalmente del verdadero punto de partida de esta cuestión y sacarla de sus naturales términos de lucha y antagonismo literarios, para perderse en tenebrosas invenciones trágicas ó en ingeniosas cavilaciones, no sustentadas sino en pueriles y arbitrarios anagramas, como por exceso de sutileza aconteció á mi llorado amigo y bondadoso prologuista D. Nicolás Díaz de Benjumea.

Confundir la turbia y mal oliente, aunque chistosa y facilísima, prosa de Avellaneda con la dicción pulquérrima, el sentido filosófico y la factura clásica del Rector de Villahermosa, equivale á desconocer totalmente el valor del estilo literario y hasta los más determinantes caracteres de la personalidad humana.

Descartados, pues, los cuatro dominicanos y Bartolomé Leonardo de Argensola, y descartado sin más examen el terenciano grave y casi perfecto D. Juan Ruiz de Alarcón, queda uno sólo de cuantos la crítica ha señalado hasta ahora como probables autores del pseudo *Quijote*: Lope de Vega; pero á éste menos que á ninguno puede atribuirse la obra.

No porque Lope, que jamás anduvo corto en desquites y en represalias, no fuese capaz de tamaña y aun de mayor venganza contra sus émulos, que, comparado con su orgullo ofendido, aún me parece pequeño desahogo el del *Quijote* de Tordesillas, sino por las tres poderosas razones que usted alega:

1.^a Que el estilo de Avellaneda no puede confundirse con el de Lope, en ninguna de sus diversas maneras.

2.^a Que si Lope hubiera escrito aquella novela, se hallaría

algún indicio de ello en su íntima correspondencia con el duque de Sessa (desde 1605 á 1633).

3.^a Que á ser de Lope, ó protegido por él, el libro se hubiera vendido como pan bendito, y no fué reimpreso ni una vez en aquel siglo.

Y además de todas estas razones, porque leído el libro con atención, no queda probabilidad, ni aun remota, de poder ahijárselo á Lope ni á ninguno que tratase de defenderle con verdadero calor y empeño.

Y aquí comienzan las observaciones que yo tenía apuntadas sobre el *Quijote* de Avellaneda, y que se relacionan con un estudio más completo que, con el título *El sentido del Quijote*, preparo para LA ESPAÑA MODERNA.

Pero antes de exponerlas, tan humildemente como cumple á mi ignorancia, y más ahora por ser usted á quien me dirijo, tócame consignar que el camino de las justas de Zaragoza, emprendido por Pellicer y muy sabiamente seguido por usted, en busca del émulo de Cervantes, es ciertamente el más directo y seguro para encontrarle.

Otro de los asuntos más relacionados con la génesis del falso *Quijote*, es el muy delicado y aún no bastantemente esclarecido de las relaciones entre Lope y Cervantes.

Relaciones harto difíciles, ó mejor dicho, enemistad declarada, cuyo proceso no he de seguir después de haberlo usted historiado en su carta.

Séame permitido, sin embargo, enumerar cronológicamente los documentos por usted alegados, para trazar sumariamente la marcha de aquellas relaciones, de donde partió la total división del Parnaso en dos opuestos campos, capitaneado el uno por Lope, como creador (aunque no siempre apolo-gista) de nuestro teatro, y el otro por Miguel de Cervantes, padre de la novela é impugnador de la dramática nacional.

Tan íntimamente relacionadas están estas luchas de escuelas y partidos literarios con la cuestión que estudiamos, como

que así el *Quijote* de Avellaneda como *El viaje al Parnaso* eran los vivos fogonazos y las agudas armas arrojadizas que del uno al otro campo se lanzaban los valientes adversarios en aquella brava explosión de sátiras parnasianas que anublaron el aire en 1614.

He aquí la historia que usted traza de aquella enemistad:

1604. Cervantes, en la primera parte del *Quijote*, califica de *conocidos disparates* las comedias de Lope; y en los versos preliminares de su gran novela se burla muy á su sabor de los motes, empresas y blasones que Lope estampó en su *Peregrino*, llegando hasta herir las costumbres y la honra del gran dramático.

1604. Lope, que conoció inédita la parte primera del *Quijote*, se vengó de ella antes de que saliera á luz, escribiendo en su famosa carta del 14 de Agosto que no había ningún poeta *tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabase á Don Quijote*, y añadiendo en la misma epístola que sus comedias eran *odiosas á Cervantes*.

1615. Cervantes, en el prólogo á la segunda parte del *Quijote*, aludió á Lope, encomiando con acerba ironía su *ocupación continua* y virtuosa, justamente en los días en que eran escándalo de la corte sus sacrílegos amores con doña Marta.

1612. Leyó Lope en la Academia de Saldaña, valiéndose de unos anteojos que le prestó Cervantes, de los cuales decía el primero que *parecían huevos estrellados mal hechos*; y aunque F. Guerra presenta este rasgo como prueba de buenas relaciones entre ambos ingenios, no es prueba concluyente ni va exenta de censura la referencia de Lope.

Encomió éste á Cervantes en su comedia *El premio del bien hablar*.

1621. Le elogió, por cierto con tibieza, que ahora nos sueña á censura, en *La Filomena*, diciendo que «*no le faltó gracia y estilo en sus novelas*».

Estas y los cumplimientos oficiales de *El laurel de Apolo*, son las referencias de Lope á Cervantes, que usted cita.

Y ciertamente que el elogio contenido en *La Filomena*, más parece agravio; porque decir del padre de nuestra novela *que no le faltó gracia y estilo* en las suyas, antes suena á destracción que á encomio, y más si se tiene en cuenta lo que añade respecto á las novelas: «Confieso que son libros de grande entretenimiento y que *podían ser ejemplares*—así llamó Cervantes á las suyas,—pero habían de escribirlas hombres científicos ó, por lo menos, grandes cortesanos, gente que hallase en los desengaños notables sentencias y aforismos».

Y como Lope no tenía á Cervantes ni por hombre científico ni por grande cortesano; y como Cervantes se había burlado no poco de los aforismos y sentencias que tanto encomia Lope, así como de las citas que éste hacía de los filósofos, la censura es evidente.

Pero aún hay otra prueba de que la enemistad de Lope no perdonó á Cervantes, ni aún después de muerto, y es el siguiente pasaje de su comedia *Amar sin saber á quién*, en que Leonarda riñe á su criada por su afición al *Romancero*.

LEONARDA. Después que das en leer,
Inés, en el Romancero,
Lo que á aquel pobre escudero
Te podría suceder.

INÉS. *Don Quijote de la Mancha*
(Perdone Dios á Cervantes)
Es de los extravagantes
Que la corónica ensancha.
Yo leo en los *Romanceros*
Y se me pega esta seta,
Tanto que de ser discreta
Tengo muy buenos aceros.

Cervantes, Avellaneda y otros se habían burlado de Lope, ridiculizándole injustamente, porque tomaba para sus comedias los asuntos, los títulos, y aun el habla de los viejos romances, y aquí Lope se desquita zahiriendo á Cervantes y elogiando los *Romanceros*.

Transcribo ese pasaje, en prueba de que la enemistad entre Cervantes y Lope duró hasta más allá de la muerte del primero, y tuvo singularmente carácter de lucha de escuela, y á veces carácter de lucha literaria entre dos grandes personalidades que se hacían sombra, porque Cervantes no perdonó jamás á Lope el haberse *alzado con la monarquía cómica*, eclipsando totalmente su estrella dramática, hasta el punto que él mismo declaró en el prólogo á sus ocho comedias y entremeses, *nunca representados*, ni Lope llegó á perdonar á Cervantes la injusticia con que juzgaba su gloriosa dramática.

Algunos pasajes de *El viaje al Parnaso* y las muchas é intencionadas alusiones en que abundan las *Novelas ejemplares*, los *Entremeses*, la segunda parte del *Quijote* y el *Pérsiles*, evidenciarán hasta qué punto fué Lope el blanco de las sátiras cervantinas.

Reservando para el citado estudio el examen de esas sátiras, diré que desde el primer capítulo ó canto del *Viaje al Parnaso*, se manifiesta tan á las claras la hostilidad de Cervantes contra Lope y su teatro, que no ha menester encarecimiento. Despídese el poeta de la corte antes de emprender el imaginario viaje, y dice:

«Adiós teatros públicos honrados
Por la *ignorancia* que ensalzada veo
En *cien mil disparates recitados.....*»

Lo cual era ratificar en 1614 lo dicho en 1605: que las comedias en boga, las ensalzadas, las aplaudidas, las de Lope, eran *conocidos disparates*.

Y hasta la forma en que cita al gran poeta, tiene mucho más de satírica que de encomiástica, pues, como si se tratara de chaparrón ó granizo, comienza:

«Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
Poeta insigne á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega.

Estos versos son el encomio oficial con su punta de ironía, pero los que siguen evidencian el sentir de Cervantes:

«Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre
En recitar sus versos muy melosa,
Este muerto de sed, aquél de hambre.
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:
«¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!»

Y esto fué todo lo que se le ocurrió después de nombrar á Lope. ¡Y es, por desgracia, hartó elocuente!

No lo es menos la circunstancia de disparar tres tercetos contra las comedias endiabladas, justamente á continuación de otro encomiástico de Almendáriz, declarado enemigo de Lope, que escribe en su citada carta: «Cosa para mi *tan odiosa como mis librillos á Almendáriz* y mis comedias á Cervantes».

El cual dice de las comedias, después de elogiar á Almendáriz:

«Mas no ganaron mucho en esta feria,
Porque es discreto el vulgo de la corte.....»

Y no parece sino que llama *discreto* al vulgo por el sólo placer de contradecir á Lope, que le había llamado *necio*.

Mucho más pudiera citar, pero baste lo dicho para evidenciar la enemistad entre Lope y Cervantes; enemistad que, más que de oposición de escuela, nacía de antagonismo personal, puesto que Cervantes, que acusaba á Lope de no guardar los preceptos clásicos en sus comedias, los guardó mucho menos en las suyas: y cosas todas ellas de las cuales usted está mucho mejor enterado que yo, pero que en el presente caso enumero con el propósito de que sirvan de base á mi estudio.

Porque, en efecto, el antagonismo de Lope y Cervantes fué la causa primera y fundamental de aquellas divisiones literarias que tuvieron por naturales efectos, en 1614, *El viaje*

al Parnaso y el *Quijote* de Avellaneda, á cuyo examen é historia trataré de ceñirme en adelante.

Tomando, pues, por punto de partida los tres á que usted concede mayor importancia en su carta:

- 1.º La enemistad entre Lope y Cervantes;
- 2.º Las justas zaragozanas;
- 3.º Los versos que anteceden á la primera parte del *Quijote*.

Diré que el primero es como la fuente y raíz de donde parten y se originan los otros, y que á todos éstos, y además á los versos ingeridos en el postrer capítulo de la primera parte del *Quijote*, concedo singular importancia en mi estudio.

Trataré de esbozar ahora mis anunciadas observaciones.

Para evitar nueva redacción transcribiré los apuntes que me sugirió la lectura del libro de Avellaneda, adaptándolos á la forma de esta carta y tratando de relacionarlos con la de usted.

1.ª Adviértese desde luego que el *Quijote* de Tordesillas está escrito por un discípulo y allegado de Lope, á quien dolieron las injustas censuras de Cervantes al teatro del Fénix.

2.ª Pero se nota clara y distintamente al propio tiempo, que el libro no es defensa ni apología de Lope, que no hay en todas sus páginas un rasgo de sentida indignación contra su apasionado censor, ni un arranque de entusiasmo tal como debía sentirle quien admirase de veras á Lope, poeta sin ejemplo ni rival, quien se jactase de imitarle, y quien saliera á defenderle contra *mil detracciones*.

3.ª Más aún: por toda la obra circula, aunque mansa y como furtiva, una marcadísima corriente satírica contra Lope, corriente que á veces se hace harto visible y se manifiesta en alusiones tan claras y evidentes que no dejan lugar á duda de que quien escribió el libro tenía por objeto, tanto el contradecir á Cervantes, como el zaherir á Lope (y este propósito ya lo declara Avellaneda en su prólogo, aunque del modo velado que diré).

4.ª Nótase desde luego, que el autor no es aragonés y fá-

cilmente se descubre que es castellano y de la mejor cepa de hablistas, aunque él trate de humillar el estilo, y hasta me atrevería á asegurar que era escritor madrileño, si bien por haber hilvanado el libro aprisa y acaso con ayuda de vecino, se advierten en él algunos descuidos, provincialismos y vulgarismos muy dignos de observación.

5.^a Adviértese que su autor (porque el verdadero autor, aunque alguien le prestase leve colaboración, es uno solo) está muy enterado en todas las rencillas, escarceos, sátiras y chismes literarios del Parnaso y Academias de Madrid, tanto que trasciende todavía el libro á aquellos *lindos agrios* que dijo Lope, y fueron causa de la clausura de la Academia Selvaje, á la cual alude, notándose sobre todo las referencias y pullas á Góngora, que fué, por cierto, causa de la enemistad entre Lope y el falso Avellaneda.

De todo lo cual se infiere claramente, que el incógnito novelista era un discípulo de Lope, á quien justamente le dolió ver denigrado el arte que él seguía y profesaba; pero que al defender la escuela no defendió juntamente al maestro, por hallarse á la sazón enojado con él.

Ahora bien: como yo encuentre un discípulo de Lope, que fuese declarado antagonista de Cervantes, y el más valiente defensor de la dramática nacional, y que al propio tiempo se hallase enemistado con su maestro, nadie me negará que estaré muy cerca de encontrar la verdad.

Y si descubro en las obras de este mi probable Avellaneda las mismas tendencias que revela su *Quijote*, es decir:

1.^a Decidido antagonismo con Cervantes, por ser éste declarado impugnador del teatro, de que mi presunto Avellaneda era defensor valentísimo;

2.^a Visible enojo contra Lope, á quien abiertamente zahiere y satiriza;

3.^a Marcada hostilidad contra Góngora, á quien embozada pero repetidamente alude en su discutida novela; si tales tendencias descubro en las obras del que tengo por autor del

falso *Quijote*, hallaré doble motivo para ratificarme en mis presunciones.

Y si hallo, además, la causa del enojo entre Lope y el discípulo suyo á quien me refiero, y encuentro por añadidura que el *Quijote* de Tordesillas refleja y transparenta dicho enojo y su causa, creo que entonces tendré derecho á que mi hipótesis comience á adquirir cuerpo de verdad.

Pero si, á mayor abundamiento, logro evidenciar que el Sancho del *Quijote* legítimo, Avellaneda y mi candidato, son una misma persona, opuesta á Cervantes y enemistada con él quizá no solamente por asuntos literarios; si evidencio juntamente que esta persona tenía con Sancho mucha mayor semejanza física que Aliaga, y que entre ella y Sancho existe, así en lo físico como en lo moral, la misma relación que entre el original y su caricatura; y si para mayor certidumbre hallo que mi presunto original de Sancho se da por aludido de que se le represente en él, y contesta y graceja y se ríe de su caricatura, complaciéndose en exagerarla; si pruebo que todo esto estaba muy dentro de su temperamento y de su carácter; y si por ventura acierto á señalar entre el estilo de Avellaneda y el de mi candidato tales afinidades, concordancias y coincidencias que no dejen lugar á duda sobre la identidad de las personas que trato de identificar; si pruebo que mi candidato es el aludido en las *Sentencias* de las justas zaragozanas, y en cuanto á estas justas se refiere en ambos *Quijotes*, demostrando además que estuvo por aquella época en Aragón, y que de ello hay memoria (harto significativa, por cierto, en sus obras); y si, finalmente, descifro los *sinónimos voluntarios* de Cervantes, de que se queja Avellaneda, y pongo de manifiesto los motivos de enojo que existían entre ambos; si pruebo que el que tengo por Avellaneda se da por aludido de las pullas que le arroja el *Manco sano*, y las recoge y se las devuelve en sus obras, creo que habré demostrado quién fué el autor del falso *Quijote*, y por qué se hallaba enemistado con Cervantes y enojado con Lope.

E. M.—*Mayo* 1897.

Tócame, ante todo, probar la primera de mis afirmaciones: que Avellaneda era discípulo de Lope. Y para proceder con orden, empezaré por exponer los documentos en que se funda.

1.º La dedicatoria con que Avellaneda dirige al Alcalde y Regidores, etc., de Argamasilla, su libro, y el celo con que lo escribió *contra mil detracciones*.

2.º El prólogo, donde su autor declara:

I. Que la causa que le mueve á escribir aquel libro es singularmente su enojo contra Cervantes, el cual dice haberle *ofendido á él y particularmente á Lope*. De donde podemos deducir que Avellaneda era autor dramático de los de la escuela de Lope.

II. Que las novelas de Cervantes eran *más satíricas que ejemplares*. De donde puede inferirse, ó á lo menos suponerse sin violencia, que estas novelas molestaron también á Avellaneda, y acaso que estas fueron las que le molestaron más porque la novela tordesillesca salió casi pisando los talones á las *Ejemplares* de Cervantes y muy lejos de la primera parte del *Quijote*.

III. Con las *Novelas*, y con la primera parte del *Quijote* se encara singularmente Avellaneda, diciendo en su prólogo de la última, que por haberse escrito entre los hierros de una cárcel, no pudo menos de salir «quejosa, *murmuradora*, impaciente y *colérica*, cual lo están los encarcelados». Luego de la primera parte del *Quijote* y de las *Novelas Ejemplares*, se queja singularmente Avellaneda, y puesto que trata de *murmuradora* á dicha primera parte, no será violento inferir que en ella se vió él murmurado ó denigrado.

IV. Acusa Avellaneda á Cervantes de ofender á los demás y de hacer *sinónimos voluntarios*, y esto de los *sinónimos*, unido al calificativo de *murmuradora* que da á la parte primera del *Quijote*, nos evidencia que Avellaneda no se quejaba sólo del apodo de *Sancho Panza*, como hasta ahora se ha supuesto, sino que se daba por ofendido de algo más grave, y este algo era, sin duda, como de sus mismas palabras se deduce, una *murmuración ofensiva*, disimulada en forma de *sinónimos vo-*

luntarios, es decir, de palabras de doble sentido, empleadas según el modo cervantino, modo del cual nos da su autor breve pero significativa receta en el *Persiles*.

V. Y por último, Avellaneda llama á Cervantes viejo, descontentadizo y envidioso, y le echa en cara su prisión en Sevilla y su manquedad.

Con tales insultos — que no trato de disculpar, pero que acaso no fueron inmotivados — evidencia Avellaneda cuánto era su enojo contra Cervantes, y como enojo tal, como para manifestarse tan duramente no es lógico suponer que naciera de causa tan baladí como la que se le atribuye (el haberle dado el mote de *Sancho*), de la crudeza y violencia de estas represalias, se deduce en buena justicia: ó que Avellaneda era un hombre atrabiliario y feroz, hasta el punto de pagar con las más crueles injurias una burla inocente, ó que, por el contrario, Cervantes había ofendido tan gravemente á Avellaneda, que llegó á sacarle de tino y prudencia.

Sobre este último punto creo oportuno consignar que nuestra crítica, hasta hace poco, más declamatoria que estudiosa y observadora, falló de plano en esta causa, sin pararse á examinarla ni aun de lejos; y se contentó con vaciar sobre Avellaneda todo el vocabulario de las injurias, llamándole *ruin plagiario, envidioso émulo, reptil miserable*, con otras lindezas tales y tan suaves, caritativas y misericordiosas.

No se me recuerden los insultos de Avellaneda á Cervantes, que ni los olvido ni los disculpo; pero insisto en creer que la misma dureza de esas represalias supone de parte de Cervantes, provocación más violenta que sus juicios sobre la dramática de Lope y el haber apodado *Sancho* al falso Avellaneda, y el enojo de éste y sus propias palabras parecen indicarlo claramente. Así, para averiguar si sus quejas eran ó no fundadas, averiguar se debía, ante todo, si Cervantes acostumbraba hacer los *sinónimos voluntarios* de que se duele el de Tordesillas, y si solía zaherir á sus émulos con veladas alusiones y con disimulados sarcasmos.

Repito que no trato de exculpar á Avellaneda; pero tampoco creo que ni la justicia ni la historia literaria ganen nada en que se le condene sin oírle, y en que se oscurezca este punto en vez de tratar de esclarecerlo.

3.º El tercer documento que debo examinar en este litigio en demanda de datos sobre la condición y carácter de Avellaneda, es la novela misma, de cuyo estilo hago las siguientes deducciones:

I. Que no era su autor ese rabioso y destemplado émulo, díscolo, feroz é ignorante que nos han presentado hasta ahora los críticos, puesto que la nota dominante en todo el libro es la alegría. Una alegría naturalista, suelta, franca, chispeante, á veces sucia y mal oliente, y por lo mismo, tan contagiosa y tan promovedora de la risa, como todos los chistes *batanescos*, ya que, como usted dice con tanta gracia, este libro *todo es batanes*.

Pero fuerza es confesar que este género chistoso y regocijado, aunque harto *escatológico*—según usted observa—no supone ciertamente un carácter duro, hosco, atrabiliario y malévoló, sino antes un temperamento expansivo, alegre, naturalista y juguetón, que nos hace involuntariamente pensar en nuestros dos escritores más satíricos y chistosos, y por cierto más *escatológicos* á las veces: D. Francisco de Quevedo y Tirso de Molina.

II. Del estilo del libro se advierte asimismo que su autor, aunque dice para mejor encubrirse, no que es natural de Aragón, sino que descende de aquel reino, no es ciertamente aragonés, puesto que los que cita Pellicer como aragonesismos de Avellaneda, ni son constantes ni invariables en su prosa, sino que aparecen en ella á trechos, como ingeridos voluntariamente, ó más bien como rasgos de otra pluma, ni puede afirmarse que sean declarados aragonesismos, sino que, como usted afirma, *son más bien solecismos y descuidos de dicción que verdaderos provincialismos*.

Pero aun admitiendo que sean las dos cosas, es decir, pro-

vincialismos y descuidos de dicción, ambos serán naturales efectos, así de la prisa con que se borrajeó el libro, como del hecho, á mi parecer muy probable, de haber tenido Avellaneda en aquella empresa, como Sansón Carrasco en su desafío con Don Quijote, un Tomé Cecial, es decir, un escudero, un auxiliar, un colaborador, aragonés por cierto.

Y así del hecho de esta colaboración, como de los descuidos gramaticales que por causa de ella ó de la prisa con que se redactó se advierten en la novela de Tordesillas, extraigo yo nuevos testimonios en prueba de mi hipótesis sobre el falso Avellaneda, puesto que hallo que á lo de la colaboración—que pudo tener más de una causa—alude él emblemática, pero muy claramente, en cierta obra suya, y veo que de los defectos gramaticales repréndele Cervantes repetidas veces en el *Quijote*, y que á mayor abundamiento, mi presunto Avellaneda contesta donosa y determinadamente á tales reprensiones.

Pero salvos esos descuidos, que pueden ser tanto efecto de la precipitación, como rasgos de ajena pluma, y—admitido que Avellaneda fuese autor dramático—muestras de la natural inseguridad que en el manejo de la prosa habría de hallar quien tuviese por diaria costumbre escribir en verso y tan deprisa como entonces reclamaba el teatro—si ya es que aquella inseguridad no tuviese otras causas de que pienso hacerme cargo adelante—salvos esos descuidos, quien detenidamente estudie el libro, fácilmente advertirá que su autor, el que lleva en él la voz cantante, era castellano y de la mejor casta de hablistas, puesto que, según usted nota, su estilo está casi exento de los resabios culteranos y conceptistas de su tiempo, y su *decir es terso, fácil, llano y transparente siempre*.

Es más: examinando despacio su estilo y aun ciertos modismos y pormenores característicos, me atrevería á asegurar que el falso Avellaneda era madrileño, ó por lo menos desde largos años vecino de la corte; y en lo que, á mi parecer, no cabe duda, es en que pertenecía al Pindo madrileño, frecuentaba las Academias y mentideros y sabía hasta los más menudos

pormenores de las rencillas, chismes, sátiras y epigramas que corrían entre ingenios y maldicientes.

III. Que era autor dramático parece delatarlo su propio estilo, aquella *innegable fuerza cómica* que usted le reconoce, y aquella misma tendencia suya á exagerar, abultar y subrayar tipos y situaciones, tendencia sintética y plastificadora tan propia del dramático, como del novelista lo son el hondo análisis, la descripción copiosa, la riqueza de observación y las suavidades, morbideces y veladuras, con todos los demás refinamientos propios de la prosa narrativa.

Indícalo, además, la circunstancia harto significativa de decir en su *prólogo* que *casi es comedia toda la historia de don Quijote*; y afirmar asimismo que las más de las novelas de Cervantes eran *comedias en prosa*, afirmación que, á mi parecer, ó no tiene sentido, ó significa el deseo de rebajar el mérito de las novelas cervantinas, diciendo que no eran sino comedias, faltas de las galas y bellezas de la poesía.

Censura que, hecha así por comparación, lleva implícito el elogio y concede la preferencia á la comedia en verso—como eran entonces todas—y, por lo tanto, evidencia y delata al autor dramático.

Evidencia que plenamente se confirma con la respuesta que dió Cervantes—en cierto pasaje del *Quijote*, que adelante mencionaré—á este injusto parecer de Avellaneda acerca de sus novelas.

IV. Pero, notándose todo lo dicho en el libro que examino, se advierte desde luego en él una contradicción flagrante entre el propósito de defender á Lope y el modo de realizar este propósito, puesto que no sólo no le defiende, sino que por todas sus páginas circula, aunque mansa y medio encubierta, una marcadísima tendencia satírica contra él.

Trataré de explicarme, y para conseguirlo, procederé por partes.

Así, prescindiendo ahora de que el libro sea ó no satírico para con Lope y su teatro, diré que desde luego advertirá

el menos lince que si su autor se propuso principal y *particularmente*, como indica en el prólogo, defender á Lope y su dramática de la injusta censura de Cervantes, no puso en lograr su empeño ni todo el ingenio y habilidad que de él prometen las páginas de su novela, ni el calor y entusiasmo que supone el hecho de salir á romper lanzas por su maestro.

Porque para no hacer de Lope mayor defensa que aquella tan débil y tibia que se esboza en el prólogo y alguna que otra vaga cita—acaso por la intención más satírica que encomiástica—no valía la pena de levantar banderas por él.

Y, sin embargo, el que las levantó militaba, á mi parecer, debajo de ellas, era de su legión y su discípulo, y se dolía en lo íntimo del alma de ver tachadas por Cervantes de *conocidos disparates y ejemplos de necedades*, las comedias que entonces se representaban, que no eran sino las de Lope y su escuela.

Y aquí se me dirá que si Avellaneda era discípulo de Lope, y se dolía de ver menospreciado su teatro, ¿cómo no lo defendió? ¿Y cómo—lo que es peor aún—aprovechó aquella coyuntura para satirizar á su maestro?

Y yo contestaré: primero, que esa contradicción aparente ó real no es obra mía, ni de mi invención, sino que en el libro está y de él brota y transpira por todos los poros de su estilo; y después, que esa misma contradicción viene á convertirse en nueva prueba en apoyo de mi hipótesis acerca del fingido Avellaneda.

Porque basta suponer que éste fuese un discípulo de Lope gravemente enemistado por entonces con su maestro, para dar cumplida solución á estas dudas, y aun á todo el problema planteado.

Porque admitido que Avellaneda fuese discípulo é imitador de Lope, claro es que había de dolerle el agravio inferido al arte que él seguía y profesaba; y hallándose enojado con su maestro, evidente es asimismo que no sólo no estaría dispuesto á incensarle y apologizarle—como en otras ocasiones hizo

—sino que si, como presumo, se hallaba herido en lo más vivo de su amor propio y aun de su dignidad, natural y humano era que aprovechase aquella ocasión de desahogar su justo enojo, aunque fuese adoptando la forma cómica y burlesca que adoptó.

Pero antes de declarar quién fuese este discípulo y cuál era su situación para con su maestro y para con Cervantes, y cuántos puntos de contacto, de semejanza, de identidad le encuentro con el fingido Avellaneda, me detendré á dejar asegurada la racionalidad de esta hipótesis.

Y el mejor modo de acreditarla, me parece que será el demostrar que no existe otra ninguna que mejor explique la contradicción innegable que ofrece el autor del falso *Quijote*, arrojándose á escribirlo *contra mil detracciones* y en defensa de Lope y su teatro, y no intentando siquiera tal defensa, sino antes gozándose en lanzar no pocos saetazos al Fénix, á propósito de doña Marta, de las aguas y *nieves* á que se exponían los enamorados (con alusión al apellido de aquella señora. *Nevares*) de Jerónima de Burgos, huéspeda de Lope en Segovia en 1613 (la reina *Segovia* que decía Sancho); de San Martín, el amigo de Jerónima; de los vayas que daban de noche á algunos muy discretos y agudos, y de otras cosas que tan bien concuerdan con los sucesos de Lope y con sus cartas al duque de Sessa.

Toda contradicción desaparece tan pronto como se admite la hipótesis de ser un discípulo de Lope, enojado á la sazón con su maestro, el autor de la discutida novela.

Y si á mayor abundamiento declarásemos que este discípulo del Fénix fué el más esforzado paladín de su dramática, el que con mayor conciencia y calor la mantuvo; si admitimos que fué no menos que Tirso de Molina, aquél que, en defensa del drama nacional *trituro la doctrina de las unidades*, realizando *la más valiente y nerviosa apología de la antigua escena*, como usted tan hermosamente ha dicho, entonces la verosimilitud de mi hipótesis subirá de punto, porque en verdad que

no tuvo la *comedia nueva* caudillo más valiente y decidido que el que en aquellos mismos días de 1614, en que salió á luz el *Quijote* de Tordesillas, tan bravamente la defendía de los ataques de Cervantes y los de su bando.}

Y puesto que Tirso era—como sus obras acreditan—el más valiente y el más batallador corifeo del partido de Lope, claro está que necesariamente había de ser el más declarado y formidable enemigo de Cervantes; y siéndolo, ¿qué mucho que le hubiese *disparado aquella novela*, como dijo el *Manco sano*, refiriéndose al autor de *La Pícará Justina*?

Y al llegar á este punto, paréceme oír el clamoreo con que cervantistas y tirsianos acogerán semejante suposición, que á unos y otros parecerá grave desacato y despropósito insostenible.

Halágame, sin embargo, la esperanza de poder sustentarla con razones de índole moral y confirmarla con numerosas pruebas literarias.

Las dos más importantes objeciones que los críticos opondrán á mi hipótesis serán de la misma especie, puesto que consistirán en hallar ofensivo para Téllez el papel de Avellaneda y el género de venganza por él empleado, y tener asimismo por indigno de su pluma el estilo, á veces tan por extremo naturalista y mal oliente, de su *Quijote*.

De ellas, así como del cargo más grave que usted dirige á la novela de Tordesillas, espero yo defender á Tirso. Pero antes me cumple acreditar que el libro es suyo; y al paso que intento probarlo y hago, aunque ligeramente, su historia y análisis, iré recogiendo por el camino copiosas pruebas, que espero que han de serlo muy elocuentes, en descargo y hasta en justificación de su autor.

Que aunque no trato de absolverle, ni le defiendo siquiera de los graves insultos que dirigió á Cervantes, puesto que hasta ahora se le haya condenado sin oírle, creo llegada la hora de que se le conozca antes de juzgarle.

Y se le ha condenado sin oírle, primero, porque no se sos-

pechaba que Avellaneda fuese Tirso, y segundo porque de aquella viva y alteradísima disputa que Cervantes y Tirso (ya con su nombre, ya con otro supuesto) mantuvieron, no ha llegado á nosotros á través de los siglos más que una de las voces: la voz robusta, vibrante y juvenil del sanguíneo y franco y espontáneo Téllez, que con el desatado torrente de sus enojos, de sus risas ó de sus donaires, de todo punto dominaba y encubría los acentos débiles, suaves y semi-italianos de la voz apagada y melodiosa del anciano Cervantes, tan dueño de sí mismo y tan maestro en sutil ironía y consumada disimulación.

Ya que él mismo dice, refiriéndose á su modo de tratar á los poetas de su tiempo:

—«Yo socarrón, yo poetón ya viejo,
Volviles á lo tierno las saludes,
 Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.
 No dudes, ¡oh lector caro, no dudes,
Sino que suele el disimulo, á veces,
Servir de aumento á las demás virtudes!»

Y por si incurriese de nuevo en las iras de los fanáticos de Cervantes—entre los cuales tengo la honra de contarme,—les advertiré que la admiración y el entusiasmo no excluyen la verdad ni la justicia; y que así como toda la admiración del mundo no alcanzaría á borrar la correspondencia de Lope al duque de Sessa, tampoco bastaría á negar que Cervantes fuese consumado maestro, así en el hacer *sinónimos voluntarios* como en todas las artes del disimulo, que aunque éstas no hubieran sido moda y tendencia de su tiempo, y aunque á ellas no le hubiese inclinado naturalmente su propio temperamento, su vida entera, pasada bajo la disciplina militar ó en cautiverios, prisiones, servidumbres ó dependencia forzosa de gentes que intelectualmente le eran muy inferiores, hubiese bastado á graduarle de doctor en aquellas artes.

Y por haberlo sido, y por haber cubierto su aljaba satírica

de bellas y retóricas flores, no se han advertido hasta ahora los tiros que disparaba á sus contrarios—si bien desde hace tres siglos la creencia de que el *Quijote* contiene ocultas censuras es unánime,—y oyéndose en cambio las quejas, las amenazas ó los denuestos de sus adversarios, hase supuesto, con aparente razón, que en los unos todo fué injusticia y destemplanza, y en el otro todo inculpabilidad y mansedumbre. Téngase en cuenta que sólo hablo de los escarceos literarios, aunque éstos, á veces, tomasen subido color de sátira personal.

Tal ha sido, hasta ahora, la contienda entre Cervantes y Tirso.

Contienda interesantísima, que trataré de seguir paso á paso en la biografía del segundo, tocándola ahora ligeramente.

Necesario será buscar el reverso de aquellos sinónimos cervantinos, que eran palabras á dos haces, como monedas, y cuando se lo hallemos podremos juzgar de si Avellaneda tuvo ó no motivo para ofenderse de aquel habilísimo equivoquismo.

Cierro aquí esta que parece digresión y es juntamente descargo previo de mi defendido, y planteamiento de la cuestión satírica entre Tirso y Cervantes, estudio, á mi parecer, nuevo y de excepcional importancia para la historia literaria, y vuelvo á tomar el hilo de mis consideraciones.

Prometí en el programa ó plan que me he trazado, hallar un discípulo de Lope que fuese antagonista de Cervantes en la contienda sobre el teatro nacional, y que se hallase enemistado con su maestro en 1614. El discípulo ya lo encontré, y es tal, por todas sus condiciones, que ni soñado vendría mejor para el caso; fáltame ahora presentar pruebas evidentes de su antagonismo con Cervantes y de su accidental enojo con Lope.

Pero como son tantas y tan variadas las pruebas que poseo, los datos que hallo, las consideraciones que me asaltan, las coincidencias que me atraen, las curiosidades que me solicitan,

perdonará usted si faltase orden donde sobra la materia, escasea el espacio y urge el tiempo.

Así, mis consideraciones irán ahora en telegrama, de puro breves y concisas; y las citas que haga, en los mismos huesos, de puro enjutas y descarnadas.

Que Tirso era antagonista de Cervantes en la cuestión del teatro, ya lo prueba el hecho de ser discípulo de Lope, y discípulo tal, que podía poner cátedra, como la puso después, llevándose la borla de la preceptiva dramática.

Pero Tirso se arrojó á más que á seguir á Lope, enfrente de Cervantes; se arrojó á defender desde sus primeros pasos el drama nacional y la escuela de Lope, jactándose de que de los dos bandos que disputaban sobre el teatro, él seguía el de los discretos, que era como notar de lo contrario á Cervantes, que acaudillaba el bando opuesto.

Tal afirmación es evidente en la escena XIV del acto II de *El vergonzoso en Palacio*, donde, por boca de *Doña Serafina*, hace Tirso aquella entusiasta apología de la comedia, que concluye afirmando que es:

«Manjar de diversos precios,
Que mata de hambre á los necios

(y esto cuando Cervantes se quejaba de que no se representaban sus obras.)

Y satisface á los sabios.
Mira lo que quieres ser
De aquestos *dos bandos*.

Y contesta Tirso, por boca de *Doña Juana*:

..... Digo
Que *el de los discretos sigo.*»

Conocido el antagonismo dramático entre Cervantes y la escuela de Lope, decir Tirso que de los dos bandos que dispu-

taban por el teatro (ó que se disputaban el teatro), él seguía el de los discretos, valía tanto como recoger el guante arrojado por el autor del *Quijote* y colocarse enfrente de él.

Muchas más pruebas y numerosas citas pudiera alegar para demostrar esta oposición literaria entre *El fraile de la Merced* y *El Manco de Lepanto*; pudiera también insinuar que acaso la enemistad entre ambos no era nueva ni únicamente literaria; pero con lo apuntado creo que basta á demostrar mi propósito, ya que dejo probada en principio—aunque espero confirmarlo con más copiosos é importantes testimonios—la primera parte de mi programa; es decir, que Tirso era el discípulo de Lope, antagonista de Cervantes en la disputa sobre el teatro.

Fáltame ahora demostrar que Tirso estaba enemistado con Lope en 1614, y probar además que no sólo era el aludido con el apodo de *Sancho Panza* en las *Sentencias* de las justas de Zaragoza, sino que era el modelo del Sancho de Cervantes en las dos partes de su *Quijote*, y que de serlo se dió él por aludido en varias comedias suyas. Evidenciaré, además, que en una de sus farsas se queja Téllez de que Cervantes llevase á sus novelas los sucesos reales de su tiempo, declarando en otra que en las novelas de aquellos días se *infamaba la verdad*, y doliéndose, por lo tanto, con tales quejas de lo mismo de que se dolía Avellaneda.

Y una vez probado todo esto, la enemistad de Tirso y Lope, el hecho de ser el primero el original del Sancho de Cervantes y el de quejarse Téllez de las *Novelas Ejemplares*, trataré de evidenciar cómo influyeron y se manifestaron estos dobles enojos de Tirso en el libro de Avellaneda, emprendiendo entonces resueltamente y sin rodeos la identificación entre Sancho y Tirso y la de ambos con el novelador de Tordesillas.

Bien quisiera yo declarar aquí la causa del justo enojo que por entonces separaba á Tirso de su maestro; pero debiendo por muchos y poderosos motivos reservarla para mi biografía de Fr. Gabriel, me contentaré con evidenciar los efectos de

aquella causa; es decir, las muchas y significativas sátiras que Tirso disparó á Lope en todas sus comedias de entonces (*Marta la Piadosa, El amor médico, Amar por señas, Quien no cae no se levanta, Antona García, Amar por arte mayor, etc.*); pero de todas estas sátiras haré breve mención al compararlas con las que Avellaneda disparaba al mismo blanco desde su *Quijote*.

Básteme indicar aquí que el nombre de D. Luis de Góngora se hallaba muy enlazado con el origen de esta enemistad de Lope y Téllez, y que también de esto hallaremos marcadas señales en el libro de Tordesillas.

Y ciñéndome ahora á lo más sustancial de mi investigación, recordaré que, como dejo apuntado, las *Sentencias* de las justas de Zaragoza y los versos de la primera parte del *Quijote*, son dos elementos fundamentales, y han de ser los dos puntos de partida de esta disquisición, ya que, como usted ha sospechado con grande acierto, son los dos caminos más seguros para encontrar al encubierto Avellaneda.

Consignado por usted el hallazgo del Códice que describe y extracta Pellicer en su biografía de Cervantes, me limitaré á copiar los versos de las *Sentencias* que usted cita, por ser los que importan á nuestro objeto.

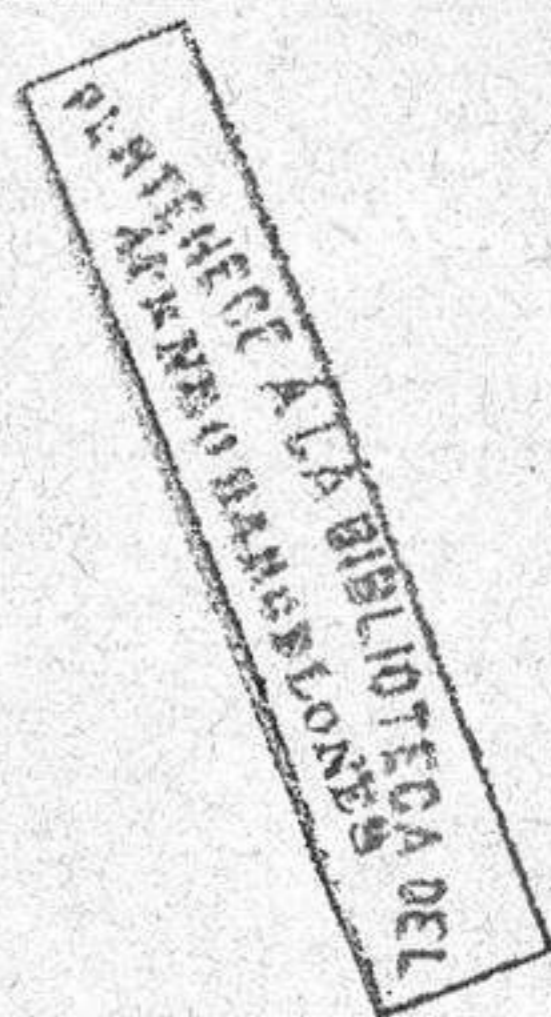
Relativos al primer certámen son estos:

A Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento
Caballero en Rocinante.

Pellicer sospechaba atinadamente que este poeta á quien se llama aquí *Sancho Panza*, omitiendo su verdadero nombre, era el fingido Alonso Fernández.

Entre las sentencias del segundo certamen, se hallan estos versos, tan malos como interesantes para nuestro estudio:

Al blanco de la ganancia
 Dice con poca elocuencia
 Que la ignorancia se encubre
 Sancho Panza, y él descubre
 La fuerza de su ignorancia;
 Y pues afirma de veras
 Sus inventadas quimeras,
 En galeras tome puerto,
 Que tras azotes es cierto
 Se siguen siempre galeras.



Relacionando estos últimos versos con el suceso del azotado que se refiere en el cap. VIII del *Quijote*, de Avellaneda, insiste Pellicer en sospechar que el aludido en esta sátira es el autor del falso *Quijote*, á cuyo propósito observa usted: «y tal alusión en Zaragoza y en el mismo año de la publicación del libro, da mucho peso á la inducción de Pellicer y mueve á sospechar que el poeta aragonés designado con el nombre de *Sancho Panza*, sea efectivamente el temerario rival de Cervantes».

Ahora bien; hallándose usted tan inclinado á creer que el poeta aludido en las *Sentencias* sea el supuesto Avellaneda, y tan dudoso de que éste fuese aragonés, según demuestra el siguiente párrafo de su carta: «Como se ve, los indicios gramaticales no pueden ser más débiles, y si no hubiese otros para tener por aragonés á Avellaneda, *no sería yo ciertamente quien se atreviese á afirmar su patria*. La afirmo bajo la fe de Cervantes, que me parece imposible que la ignorase, á pesar de la forma un tanto dubitativa en que se expresa.»

Forma dubitativa muy elocuente, si se observa que siempre que Cervantes se refiere á la patria de Avellaneda lo hace gracejando, puesto que ora le llama *aragonés*, ora dice que lo parece *en el lenguaje*; ya indica que es *vecino*; ya que es *natural de Tordesillas*, ó ya en fin, que *es aragonés y se dice natural de Tordesillas*; todo lo cual, á mi parecer, no era sino pura burla y modo de dar *vaya* al autor del falso *Quijote*, cuando

no fuese medio de significar que era y no era de Aragón, es decir, que un aragonés tenía parte en el libro (1).

Peró volviendo á mi razonamiento, diré que hallándose usted muy inclinado á creer que el aludido en las *Sentencias* zaragozanas es Avellaneda, y muy dudoso de que éste fuese aragonés, tan pronto como á la inducción de Pellicer vengan á sumarse otras que, á mi juicio, sobre no estar peor fundadas, concuerdan visiblemente con ella y todas entre sí, y convergen con singular conformidad hacia el mismo punto, yendo á fundirse é incorporarse todas con la misma personalidad en quien tantos términos de relación íbamos hallando con Avellaneda, no dudará usted de que ésta sea la que mayores condiciones tiene para serlo.

Y á fin de evidenciarlo apuntaré, aunque ligeramente, todas las afinidades que Tirso de Molina reunía en 1614 con el fingido Avellaneda, con el aludido en las justas, y con el Sancho cervantino; apuntando además las pruebas que contienen sus obras de su desavenencia con Lope y de su antagonismo con Cervantes, compulsando de paso las alusiones del *Quijote* legítimo con las respuestas que les daba Tirso en sus comedias; cotejando asimismo las ideas y sátiras esparcidas en éstas con las que abundan en el falso *Quijote*; estudiando aquella forma característica y personal con que Tirso contestaba á las sátiras y caricaturas que de él hacían sus émulos, gozándose en extremarlas y abultarlas de propósito, hasta lo grotesco; procedimiento que es el mismo adoptado por Avellaneda y la mejor defensa que puede hacerse de su libro, ya que éste no es ni

(1) En el prólogo á la segunda parte del *Quijote* dice Cervantes de su émulo: que *encubre su nombre y finge su patria*; en el cap. LIX, que *en el lenguaje es aragonés porque tal vez escribe sin artículos*; y en el mismo capítulo le llama *autor aragonés*; en el LXII, le nombra como á *un tal vecino de Tordesillas*; en el LXX, le designa como *aragonés que él dice ser natural de Tordesillas*, y en el LXXII, le llama *un tal Avellaneda, natural de Tordesillas*.

ha de considerarse como novela comparable con el *Quijote*, por ningún título, sino como un *vejamen* de los que acostumbraban á darse los ingenios de entonces; como un desahogo, trazado de prisa y *contra mil detracciones*, que no en defensa de Lope, sino en la suya propia, borrajeó su autor, en quien no era bajo instinto, sino socarrona ironía y personal desquite la tendencia á exagerar hasta el más extremado naturalismo, hasta Rabelais y hasta Zola, los tipos inmortales de Cervantes.

Para mayor orden y claridad en mi examen iré apuntando las pruebas ó demostraciones que pueden sumarse á la racional hipótesis de Pellicer.

1.^a Tirso era, como Avellaneda, antagonista de Cervantes—según dejó probado—en la disputa sobre el teatro.

2.^a Era autor dramático, discípulo de Lope, y se hallaba enemistado con él; circunstancias que son las mismas que advierto en Avellaneda.

3.^a Estuvo en Aragón hacia 1614.

4.^a Y justamente como producto de aquel viaje, escribió en respuesta ó réplica á *El Curioso Impertinente*, de Cervantes, *El Celoso Prudente*, que contiene el cuento del *sastre azotado*, doblemente significativo, porque á Tirso llamaban sus contemporáneos burlescamente *sastre*; y *sastre del campillo* (1), y en aquel cuento (aunque se halla tan dentro de las

(1) Muchas pruebas pudiera citar aquí de que á Tirso llamaban sus contemporáneos *sastre*, *sastre de Toledo*, etc.; pero faltándome el espacio, citaré estos versos suyos en *Los Hermanos Parecidos*:

ENGAÑO.
Ogaño
 Se metió sastre el engaño
 Yo me cosí este vestido
 Los retazos del *pendón* (*)
 Tantos girones me dan.

(*) *Pendón de sastre* era la enseña, hecha de retazos, que como muestra ponían á su puerta los de este oficio.

entrañas y de la tesis de la obra que dió origen á la de Calderon, *A secreto agravio.....*) encontró Tirso modo de gracejar diciendo con doble sentido:

Ya no me llaman el *sastre*
Sino sólo el *azotado*.

Y como por aquellos días, según demuestra cierto documento mercenario, terminó Tirso sus estudios en Alcalá, sumando esta circunstancia con el hecho de apodarle el *sastre* y con el de ser el modelo del Sancho cervantino, se comprenderá que en los versos de la justa le aludiesen, diciéndole:

A *Sancho Panza estudiante* (acababa de serlo)
Oficial (*sastre*) y paseante.....

Cuán bien conviene todo esto con Tirso, y cuán mal se acuerda con Aliaga, es cosa que no ha menester encarecimiento; y cuán íntima concordancia existe entre las *Sentencias* de la justa (condenando á pena de azotes al Sancho en ella aludido), y entre el cuento del *azotado* en *El Celoso Prudente* y el pasaje del capítulo VIII de Avellaneda, tan á la vista se halla que no necesita comprobación.

Y coincidencias son estas que cobran mayor fuerza, si se advierte que en *Amar por señas*, comedia escrita por aquellos días y en la cual Tirso tan repetidamente alude á los libros de caballerías y tan á las claras contesta al *Quijote*, se halla justamente nueva alusión al referido azotamiento. (Acto III, escena XXV.)

Y citaré además el hecho de haber escrito Tirso *Santo y Sastre*, comedia de la vida de San Homobono que acaba:

Esta historia nos enseña
Que para Dios todo es fácil;
Y que en el mundo *es posible*
Ser un hombre *santo y sastre*.

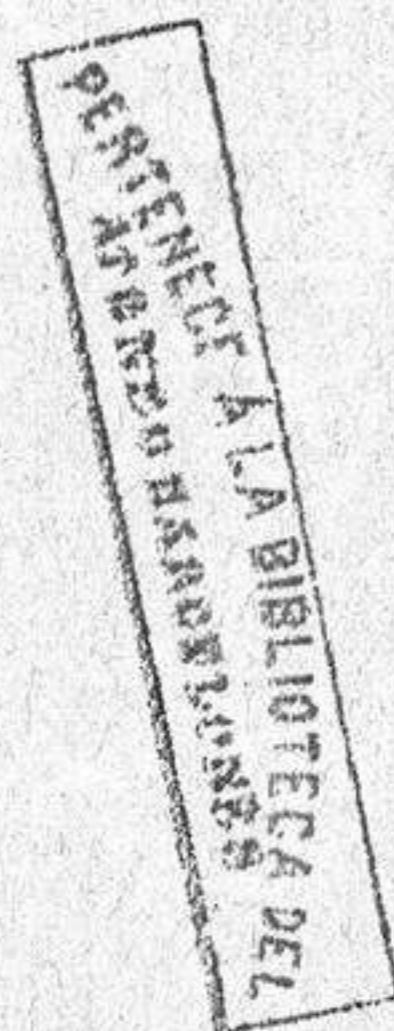
MONTOYA.

Soñé otra vez que me daban
Sacándome á la vergüenza,
Por las calles de la corte
Cuatrocientos de la penca.
Iba yo cari-vinagre
Llorado de verduleras.....

5.^a Además de *El Celoso Prudente*, del viaje de Téllez á Aragón nacieron *La Dama del Olivár*, que parece recuerdo de su estancia en Estercuel; *Cómo han de ser los amigos*, donde hace de Zaragoza y del Pilar mención muy semejante á la contenida en el *Quijote* de Tordesillas; *Los Amantes de Teruel*, fruto sin duda de su permanencia en el monasterio del Olivár, tan cercano á la patria de Marsilla, y obra donde se halla el siguiente exabrupto poético, prueba evidente de la relación que existe entre el viaje de Téllez á Aragón, su enojo con Cervantes, y el origen del falso *Quijote*:

¡Oh, enemigo soldado,
De brazo arremangado
Alarbe, bañes el morisco acero.
Agrávetete un cobarde
Y á la venganza siempre llegues tarde!.....
.....
Con la presencia *enfades*
Y bien ninguna gala te parezca;
Nunca sirviendo agrades.
.....
Y á la *envidia* rendido
Mueras, cobarde, como mal nacido.

Los versos son malos y se hallan sin duda tan extragados como toda la comedia; pero bien á las claras se advierte que son un desahogo de Tirso contra Cervantes, á quien recuerda el burlesco mote de Pentapolín *el del arremangado brazo*, y á quien viene á decir en forma de cómica imprecación lo que puesto en tiempo presente le dice Avellaneda en su prólogo:



que *enfada* con su presencia, que no le satisface nada y que le mata la *envidia*. («Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes y por los años tan mal contentadizo que todo y *todos le enfadan.....*» y después le llama *envidioso* y le dice: *no nos canse*.)

Pero antes de continuar este cotejo, quiero hacerme cargo de otra acertadísima observación de usted, que como por la mano conducirá mi estudio á su verdadero término, el cual será aquel en que vengan á sumarse en una sola y verdadera personalidad, el Sancho de Cervantes y el Sancho de las justas de Zaragoza, Alonso Fernández de Avellaneda y Tirso de Molina.

Dice usted en su carta, con admirable penetración crítica, que «los versos que anteceden á la primera parte del *Quijote* no están enlazados de modo alguno con el tema del libro, sino que más bien le contradicen,» puesto que ni los amores de Don Quijote son en el libro como se pintan en los versos, «ni Sancho tomó las *de Villadiego* para retirarse del servicio de ningún señor, etc.,» y con singular acierto añade usted que «estos versos, además de ser parodia de los elogios enfáticos que solían poner al frente de los libros, *tienen escondido algún misterio* que para los contemporáneos no lo sería ciertamente».

Y aquí ocurre naturalmente preguntar: Esta divergencia y hasta contradicción que usted tan oportunamente nota, así como otras que yo apuntaré, ¿no serán prueba evidente de que Don Quijote y Sancho eran personajes reales, modelos vivos de quienes copió los suyos el autor, y demostración palmaria de que, en ésta como en otras ocasiones, se refiere Cervantes á los originales y no á las copias?

Pues bien, todos los versos relativos á Sancho (así de los preliminares como de los ingeridos en el último capítulo de la parte primera), con otras innumerables saetas disparadas por Cervantes en las dos partes de su obra inmortal, todas iban dirigidas al mismo blanco, que era Tirso, original indudable del Sancho cervantino.

Y digo que lo fué, primero porque Sancho se parece á Tirso, como la caricatura á su modelo, y porque Cervantes sumó en aquella cómica personalidad todos los cargos que aisladamente—y con mayor ó menor disimulo—imputaba en sus obras á los frailes y á los poetas de su tiempo, y todos los defectos que suponía en Téllez.

Y segundo, por algo que es mucho más elocuente, y es que Tirso se da por aludido de ser el original de Sancho, y contesta irónicamente á todas las burlas que Cervantes en aquella forma le dirige.

Ahora bien, ¿qué mayor prueba de que á una persona se la alude, sino el darse ella por aludida y responder en el mismo tono á las sátiras y donaires?

Pero hablen los ejemplos y las pruebas, y cotéjense las coincidencias y relaciones que por todas partes hallo entre Sancho Panza, Tirso y Avellaneda, que espero que de esta compulsión ha de brotar clara y evidente la verdad que buscamos.

6.º Dice Cervantes en el soneto del *Burlador á Sancho Panza*:

Sancho Panza es aquel, *en cuerpo chico*, etc.

y por todo el *Quijote* graceja á costa de la pequeñez de Sancho.

Y Avellaneda, á los comienzos de su *Quijote*, escribe una apología de los pequeños, por boca de D. Alvaro Tarfe, que defiende, por cierto muy gallardamente, y valiéndose de la autoridad de Cicerón, la brevedad de estatura de su andaluza dama, con rasgos que recuerdan la prosa de Tirso en su apología del *Vergonzoso*.

Y Tirso, en *El amor médico*, dice por boca de su gentil doctor D.^a Jerónima:

No dan la ciencia los años
.....
Ni de mi estatura corta

Menor alabanza espero

.....
*Que la falta de mi cuerpo
 En el espíritu sobra.*

Alegando en defensa de la brevedad de estatura aquel apotegma que invocó Lope en favor de D. Juan Ruiz de Alarcón («*La virtud unida es más fuerte que la dilatada.*»)

*Platón toda corpulencia
 Hace al ingenio enfadosa*

(Esto no lo hubiera dicho un alto).

De aquí el adagio *amens longus*,
 De aquí el filósofo axioma:
*Fortior est virtus unita
 Se ipsa dispersa.....»*

Alegación que poco después contradujo (y por cierto aludiendo muy visiblemente á Téllez) el maldiciente y agudo doctor Suárez de Figueroa, diciendo: «Importa excluir de públicos oficios á sujetos menores de marca, *hombrecillos pequeños, sin que obste el brocardico del filósofo: La virtud unida etc.*» (1). De modo que Suárez de Figueroa, como Cervantes, personificándole en Sancho, y como el mismo Tirso defendiendo la pequeñez, nos declaran que Fr. Gabriel era de baja estatura.

Y otro tanto acontecía, sin duda, á Avellaneda, ya que

(1) El satirizado en el pasaje á que me refiero, no era únicamente Alarcón, como creyó el Sr. Fernández Guerra, y bien claro lo demuestra el párrafo que luego sigue: «Si el chico, *aunque bien formado y capaz, debe hallar repulsa en lo que desea, si ha de representar autoridad con su persona, mucho mayor es justo la halle el gimio en figura de hombre, el corcovado imprudente, etc.....»* Aludía, pues, á un pequeño y á un jorobado; el jorobado claro es que era Alarcón, y el pequeño el que había alegado el brocardico del filósofo, es decir, Tirso.

éste, como Tirso, y por cierto también con autoridades de filósofos, defiende la brevedad de estatura, sin duda porque también alguien le había motejado de pequeño: dobles y singulares circunstancias que me animan á seguir teniéndoles por una misma persona.

7.º Y más lo pienso cuando veo que Cervantes alude muy repetidamente al *Burlador*, creación que tanto nombre daba entonces á Téllez, y siempre con referencia á *Sancho*, y que Avellaneda graceja en su obra á propósito de la infanta *Burlerina*.

Y más me afirmo en mi creencia, cuando advierto que el Sancho de la segunda parte está mucho más recargado de tintas que el de la primera, circunstancia que prueba la venganza de Cervantes y respira su justo y no disimulado enojo contra Avellaneda, comprobando que, en efecto, *Sancho* era la caricatura de su émulo, porque no pudiendo suponer que Cervantes se enojase contra un hijo de su fantasía, es lógico de toda lógica, creer que su enojo iba contra el modelo viviente de su imaginado *Sancho*, el cual modelo acababa de tomar tremenda venganza de su pintor.

8.º El *Sancho* de la parte segunda del *Quijote* es más glotón, más hablador, más malicioso y bellaco, y excita con mayor frecuencia las iras de su amo, que le dirige los mismos insultos que Cervantes hubiera dirigido al novelador de Tordesillas, llamándole «*truhán moderno y majadero antiguo*,» diciéndole que «*quien tropieza en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado*» (1); apostrofándole con ira,

(1) Que es lo mismo que en el cap. LXXII dice Cervantes por boca de SANCHO, refiriéndose abiertamente al libro de Avellaneda: «*Decir gracias no es para todos*,» y lo mismo que refiriéndose (aunque indirectamente, al propio libro) pone en boca de D. Quijote: «*Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios*» (cap. III), con lo que se demuestra que Cervantes dice á Sancho lo mismo que al autor del falso *Quijote*, por ser ambos la misma persona.

que parece sentida, de «*¡prevaricador del lenguaje que Dios confunda!*», y acabando por decirle: «*que toda esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y malicias*».

¿Y quién más pródigo de refranes que Tirso, que había intitulado con refranes casi todas las comedias que llevaba escritas?

Verbi gracia:

- 1.º *No le arriendo la ganancia* (auto).
- 2.º *Tanto es lo de más como lo de menos.*
- 3.º *¡Tan largo me lo fías!....*
- 4.º *Quien calla otorga.*
- 5.º *Quien habló, pagó.*

6.º *Quien da luego, da dos veces*, etc., porque pasan de once las obras intituladas con refranes que llevaba escritas al publicarse la segunda parte del *Quijote*, debiendo agregar á esta suma los muchos proverbios que Téllez ingería en sus comedias, singularmente en las escenas villanescas.

De modo que, á más de la pequeñez del cuerpo, Tirso se parecía á Sancho en la prodigalidad de sus refranes.

Pero aún hay entre ellos otra semejanza.

9.º Cervantes pinta á Sancho como gran comedor, sin duda exagerando, según costumbre, las cualidades del original. Y lo más singular del caso, lo que acaba de corroborar mi creencia, es que Tirso responde socarronamente á esta alusión.

Recuérdese el soneto de la primera parte del *Quijote*: «*De Gandalín..... á Sancho Panza.....*», y véase cómo lo contesta Tirso en «*Tanto es lo de más como lo de menos*», diciendo por boca de Gulín, en quien se personifica:

Yo, lacayo o Gandalín,
El primero que anda á mula,
Trompetero de la gula,
Que por eso soy Gulín;
Ya en jumento, ya en rocín,
Ya de portante, ya al trote,

Daré á venteros venganza.
 No me llamen Sancho Panza,
 Que se enfada Don Quijote.

Ahora bien, ¿qué significación tiene este personaje de Gulín, por medio del cual Tirso se desquita de alguien que le motejó de glotón? ¿Qué relación tiene Gulín, contemporáneo de *El Rico Avariento*, con Gandalín ni con *Sancho Panza* y don *Quijote*?

¿Ni qué sentido tiene este pasaje, si no es el responder Tirso á Cervantes, que le motejaba de glotón personificándole en Sancho?

En buena lógica, si este pasaje no significa lo que digo, no significa nada. Luego no cabe darle otra interpretación.

Y dándole la única que tiene, es evidente que Tirso procede aquí como Avellaneda en su *Quijote*, es decir, que se personifica en Gulín, para exagerar con burlesca ironía la caricatura de Cervantes, y acaba declarando que éste le llamaba *Sancho Panza*, y que existía un *Don Quijote* verdadero que se enojaría por ello.

Pero aún existe otro documento (1) que, por circunstancias que explicaré en su biografía, se refiere directamente á Téllez, en el cual Cervantes le llama *gatazo de refitorio* y *panza-engloria*, que es como llamarle *Sancho Panza*.

Y una vez probado que Tirso era juntamente *Sancho* y Avellaneda, fácilmente se comprenderá cómo á pesar de que en 1614 brillaba ya con luz propia y clarísima el astro dramático del mercenario, aun al lado del sol de la gloria de Lope, Cervantes, que le conocía muy bien y desde muy antiguo, no se dignó citarle por su nombre en *El viaje al Parnaso*, tributándole un elogio tan embozado, tan dudoso y tan

(1) *Vejamen que dió el doctor Salcedo al doctor Don Alonso de Salazar*..... Es uno de los tres opúsculos del Códice Colombino publicado por D. Aureliano F. Guerra en 1864.

mezclado de censura como aquél que le otorga, notándole de estudiante *gorrón* é incluyéndole en el grupo de los seis encubiertos religiosos á quienes califica de *bobos, necios, melindrosos é hipócritas*, por el hecho de recatar sus nombres.

Lujo de dicterios tan ajeno á la mansa y suave condición de Cervantes, tan desproporcionado para con la inocente culpa de aquellos buenos eclesiásticos y tan poco respetuoso hacia tan graves personas, que únicamente se explica por el hecho de hallarse entre ellas el aborrecido émulo del autor.

Hecho evidente y elocuentísimo por cierto, pues de otro modo no podría razonarse el por qué Cervantes, que prodigó sus elogios á tantos poetas menores, excluyó de entre sus elegidos al inmortal mercenario.

Y no queda el recurso de suponer que Cervantes no le conociese, pues aunque no tuviera yo otros indicios de las relaciones que existieron entre ambos, las que mediaban entre Cervantes y la Orden de la Merced, en cuya iglesia yacía enterrado el padre del autor del *Quijote* (1), así como la notoriedad que alcanzaban las comedias de Téllez, ora amotinando los concursos de los corrales, como aconteció en 1613 con *El Castigo del Pensé que*—donde se satirizaba al ínclito linaje de los Jirones,—ora representándose en la Huerta de Lerma, para obsequiar al rey y al príncipe, como sucedió en 1614 con la *Santa Juana*, el prestigio universal de que por entonces gozaba el nombre del *fraile de la Merced*, escrito con letras rojas por todas las esquinas de la corte, no deja resquicio á la duda de que Cervantes, tan conocedor de todos los poetas, desconociese á Fr. Gabriel Téllez, que tan de cerca iba siguiendo las huellas del gran Lope.

De modo que ni aun los que se nieguen á creer cuantas re-

(1) El precioso libro del Sr. Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, acaba de evidenciar las buenas y estrechas relaciones que desde los tiempos del cautiverio de Miguel de Cervantes hasta 1631 mediaron entre la familia del gran escritor y la Orden de la Merced.

laciones voy hallando y espero hallar entre las obras de Cervantes y las de Tirso, ni aun los que contradigan que éste sea juntamente el original de *Sancho* y el incógnito Avellaneda, nadie podrá dudar de que Cervantes le conocía, ni nadie negará que, conociéndole y siendo testigo de su gloria, la mención que le concedió en *El viaje al Parnaso* es prueba evidente de su enojo con él, porque Tirso en 1614 era algo más que un estudiante laureado, aunque *gorrón*; Tirso, en aquellos días, así por su fecundidad como por su gloria, meritoriamente adquirida, era el dramático que más se acercaba á Lope; y aunque se llegue á suponer que no fuese el aludido en los tercetos á que me reffero (que á todas luces lo parece),

El otro cuyas sienes ves ceñidas, etc.,

tampoco esto eximiría á Cervantes de su menosprecio para con Téllez, porque mayor culpa hubiera sido excluirle del coro de los poetas; y aunque sea cierto que de él excluyó al ilustre Alarcón, ni una injusticia redime á otra, ni la segunda es tan grande como hubiera sido la primera, puesto que Alarcón, vuelto de Méjico en 1611, y no dedicado de lleno al teatro—según parece—hasta 1613, no tenía en 1614 ni tantos méritos ni tanta fama como Téllez, teniendo para Cervantes el doble pecado de ser discípulo de Lope y colaborador de Tirso.

Así, en esta ocasión como siempre, entre varias apariencias de verdad, la verdad legítima será aquella que, siendo más una y más sencilla, mejor resuelva todas las dudas, allane todas las dificultades y concierte todas las discrepancias.

Y lo que mejor resuelve en este caso todas las dudas es el enojo que animaba á Cervantes contra Téllez al escribir su *Viaje al Parnaso*, justamente en los días en que á toda prisa se fraguaba en Toledo el falso *Quijote*, hecho del cual se hallaba Cervantes tan enterado como Lope y el autor de *La Pícarra Justina* lo estaban en 1604 de cuantas alusiones contenía la primera parte del *Quijote*, inédita á mi parecer entonces, á pesar de los juiciosos razonamientos que el Sr. Pérez Pastor ale-

ga en su citada obra para demostrar que existía otra edición anterior á 1605.

Toda la segunda parte del *Quijote*—muchos de cuyos capítulos son contemporáneos al *Viaje al Parnaso*—es una constante prueba y corroboración de mi tesis.

Puesto que aunque antes se creyese que hasta el capítulo LIX, en el cual declaradamente alude á la novela tordesillesca, no se dió Cervantes por entendido de la existencia de semejante libro, basta abrir el suyo por las primeras páginas para convencerse de lo contrario, ya que desde sus comienzos transpira y brota por todos los poros de su grandilocuente prosa la ira magnífica de su autor; ira soberbia que sirve de alta inspiración al gran poeta, y que, transformada por su temperamento de consumado satírico en sutil ironía, en sazonadas burlas y en incisiva alusión, mana como fluido vivificante de su pluma, anima el estilo, aguza la intención, caldea hasta el rojo los conceptos y marca el tono más alto y más brillante que alcanzó la sublime dicción cervantina. Por eso la segunda parte del *Quijote* es lo más hermoso y vibrante que se ha escrito en prosa castellana. Porque, indudablemente, la ira es la musa de la sátira.

Adviértase cómo desde los primeros capítulos fustiga Cervantes á los poetas satíricos, diciendo en el capítulo I que los poetas *suelen vengarse con sátiras y libelos, venganza, por cierto, indigna de pechos generosos*; y en el XXXVII, por boca de la Trifaldi: «..... que de las buenas y concertadas repúblicas se han de desterrar los poetas, como aconseja Platón, á lo menos los lascivos.....» A los satíricos se refiere, puesto que concluye: «porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua..... sino *unas agudezas, que, á modo de blandas espinas, os atraviesan el alma y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido*». A lo cual han de agregarse las severas reprensiones que dirige don Quijote á los poetas satíricos, en sus pláticas con el del *Verde gabán* y con su hijo.

Censuras y alusiones que claramente evidencian cuánto era

el enojo de Cervantes hacia los poetas satíricos en 1615, y naturalmente inducen á pensar que sin duda lo era el autor del falso *Quijote*.

Los capítulos II, III, IV y VIII, del de Cervantes, aunque parecen referirse á la primera parte de la misma obra, se refieren embozadamente á la de su antagonista, como demuestra este pasaje del cap. IV, en que diciendo Sansón que el autor daría su obra á la estampa, *llevado más del interés que de darla se sigue que de otra alabanza alguna*, contesta Sancho: «¿Al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como *sastre* en visperas de pascua, y *las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren.*» Y como Cervantes no dudaba de su *acierto*, ni de la *perfección de su obra*, ni había de decir de sí propio que la escribía *antes por el interés que por la alabanza y la gloria*; y como sería suponerle necio el suponer que dijese de sí lo que tan lógicamente podía decir de su émulo, y tan bien se ajustaba con la doble circunstancia de haber escrito aquél de prisa su novela, y haber dicho en su prólogo, con referencia á Cervantes: «*pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su Segunda parte.....*» claro es, como la luz del día, que Cervantes habla aquí por Sancho, y que se refiere á Avellaneda. Con lo que dejo evidenciado, aunque más pudiera decir: 1.º, que Avellaneda escribió de prisa su *Quijote*; 2.º, que Cervantes le alude constantemente desde los comienzos de la segunda parte del suyo.

Y con mayor claridad, en el cap. III, donde en el sabroso diálogo que don Quijote y el bachiller Sansón Carrasco mantienen, refiriéndose, al parecer, á la primera parte del gran libro, y en realidad al de Avellaneda, nos declara Cervantes quién era su émulo, contestando al juicio de éste, que trató de rebajar las *Novelas ejemplares*, llamándolas *comedias en prosa*.

Afirma primero don Quijote, que: «para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester gran juicio y maduro entendimiento»; añadiendo, con marcada alu-

sión á Avellaneda, que: «*decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios*», que es lo mismo que dice en el prólogo, dirigiéndose á su émulo: «*que no es tan fácil hinchar un perro*»; y lo mismo que don Quijote dice á Sancho que «*quien tropieza en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado.*» Y, siguiendo la alusión embozada, dice el bachiller: «*no hay libro tan malo que no tenga algo bueno*» (frase que literalmente repite el autor en el cap. LIX, refiriéndola entonces declaradamente al libro de Avellaneda, y nueva prueba de que aquí también es el aludido) á lo cual responde don Quijote: «No hay duda de eso..... pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron en todo ó menoscabaron en algo.» «La causa de eso es—dijo Sansón—que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso.»

Y, por si se dudase á quién iba la alusión, á renglón seguido escribe: «Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas..... etc.,» y á continuación habla de algunos teólogos que no son buenos para el púlpito y son *bonísimos para conocer las faltas ó las sobras de los que predicán*; es decir, para censurar á los demás; añadiendo por boca de don Quijote: «Quisiera yo que los tales *censuradores* fueran *más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atreverse á los rayos del sol clarísimo de la obra que murmuran.....*» El pasaje es sobremanera elocuente:

Primero, porque repite que el *escribir libros*, y sobre todo, el decir *gracias y donaires*, es de *grandes ingenios*, y no ciertamente de los que *descomponen los donaires*, como escribió de Téllez (1).

(1)

«A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorrón debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.»

(Viaje al Parnaso.)

Segundo, porque clarísimamente contesta á Avellaneda, que trató de deprimir sus novelas llamándolas comedias en prosa.

Tercero, porque da á entender que su émulo tenia *mérita-mente granjeada fama* por obras *no impresas*, es decir, por comedias aplaudidas en el teatro, y que tan pronto como imprimió su libro, el libro que á Cervantes le ofendía, *vino á perderla ó menoscabarla, porque como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso.*

Y como Tirso tenía entonces tan méritamente granjeada su fama en el teatro, y como no había impreso aún sus comedias, ¿quién dudará de que éste fuese el poeta dramático, autor del libro que tanto enojaba á Cervantes, y de que esto era contestar con reprensión á la crítica que Avellaneda intentó hacer de sus novelas, haciéndole ver cuánto más difícil era escribir libros para la imprenta que comedias para el teatro?

Pero si se dudara aún de quién era el aludido, el traer á cuento á los poetas é inmediatamente á los *teólogos censuradores*, acabaría de evidenciar que se trataba de un teólogo poeta y autor dramático—puesto que sus obras no impresas eran famosas;—y como el buen P. Remón no escribía ya para el teatro, y era además amigo de Cervantes; y como Lope tenía impresas muchas obras, y no era teólogo de profesión, claro es que á todas luces el aludido era Tirso, el más grande de los dramáticos teólogos de entonces, á quien por ser además satírico en todos conceptos, cuadraba la censura de Cervantes.

De modo que por cualquier parte que miremos la cuestión, resulta siempre que Tirso era juntamente el fingido Avellaneda y el Sancho cervantino.

Adviértase que Cervantes dirige unos mismos consejos á diversos personajes de su novela, singularmente á Sancho y al estudiante D. Lorenzo, hijo del del *Verde gabán*, porque á través de las diversas ficciones del libro, su sátira era una é iba derechamente á un objeto, el cual en muchas ocasiones era

Tirso; y esto más visiblemente en la segunda parte, es decir, después de publicada la novela tordesillesca.

Así, á propósito de la ignorancia de la gramática, de la murmuración y de las sátiras, los tres graves cargos que Cervantes imputaba á Avellaneda (Tirso), dirige en el *Quijote* consejos y cargos demasiado semejantes á dos personajes tan distintos como Sancho Panza y el estudiante D. Lorenzo, en el cual son muy de notar estas significativas circunstancias: primera, descuidaba la teología por las musas; segunda, había escrito unos versos de *Píramo y Tisbe*, á cuyo asunto hizo Téllez una fábula *siendo estudiante* (según él mismo declara); tercero, Don Quijote le predica demasiado sobre las sátiras y la gramática para que el sermón no fuese intencionado; cuarto, cuando le visitó el Hidalgo Manchego, estaba componiendo una glosa para una justa literaria—la misma sin duda que fué el caballo de batalla del *Quijote* de Avellaneda — si ya no eran las justas teresianas de 1614, en que fué premiado Cervantes y no lo fué Tirso, acaso por hallarse desavenido con Lope; que era uno de los jueces.

Pues bien, á los irónicos y picantes razonamientos sobre los linajes que Cervantes pone en boca de Sancho, y á los consejos que dirige á éste y á D. Lorenzo sobre el aprendizaje de la gramática, contesta Tirso en *Tanto es lo de más como lo de menos* y en *¡Ventura te dé Dios, hijo!*

Dice Sancho (1): «*Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener.....*» Recuérdese lo que el mismo personaje ha dicho á propósito de los *linajes* (2), de lo que *fué y no es*, refiriéndose al encumbriamiento de personas de humilde origen, párrafo que termina asegurando que «*lo que pasó no es, y sólo es lo que vemos presente*». Palabras con cuyo sentido concuerda también la glosa

(1) *Quijote*. P. II, cap. XX.

(2) P. II. cap. V.

de D. Lorenzo (1): «*Si mi fué tornáse á es;*» pues bien, á todas estas pullas contesta Tirso en *Tanto es lo de más como lo de menos*:

LIBERIO.

Quien fué

Dueño tuyo.

GULIN.

¿Fué? Pasó

No sé pretéritos yo,

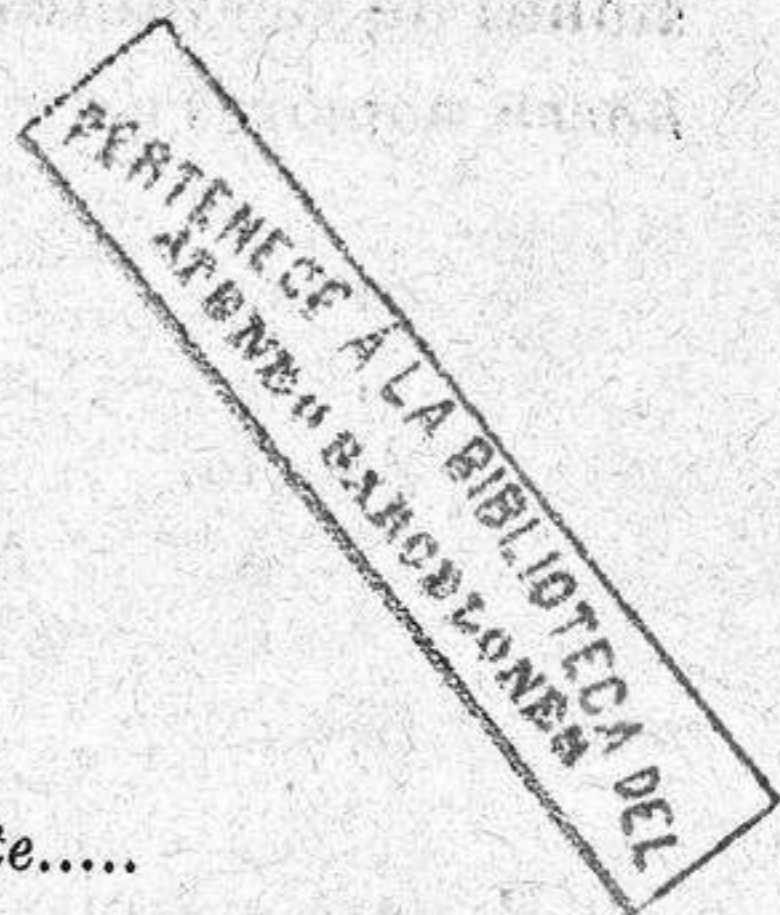
Los *presentes* sólo sé.

Dos linajes solamente

En el mundo puede haber,

Que es tener y no tener,

Y un tiempo, que es el presente.....



Es decir, lo mismo que alegaba Sancho: «*Dos linajes solos hay en el mundo..... que son el tener y el no tener.....*» Tomado aquí en el mismo sentido sarcástico en que acostumbraba á tomarlo Téllez.

¿Cabe más clara y directa respuesta á las alusiones de Cervantes, ni prueba más palmaria de ser Tirso el Sancho de su *Quijote*, ni de que Tirso se representa en Gulín, exagerando la caricatura cervantina, como hace Avellaneda en su Sancho?

Pues aún hay más. Téngase presente que ya en cabeza de Sancho, ya en la de Don Lorenzo, en toda la segunda parte no deja Cervantes de censurar las faltas de gramática, dirigiéndose siempre á Téllez; recuérdese que á Don Lorenzo le dice que *no haga nombres de verbos*, y se comprenderá por qué Fr. Gabriel, cuya tendencia, como la del incógnito Alonso Fernández, era abultar irónicamente los defectos que se le imputaban, en respuesta á tales reprimendas escribió su comedia: *¡Ventura te dé Dios, hijo!*, cuyo protagonista es un estudiante de rudo y grosero ingenio, que pugna en vano por aprender la gramática, y al comenzar la acción aparece estudiando justamente el verbo *sum, es, fuit* (por contestar á lo de la glosa: *si mi fué tornase á es*, y demás alusiones) y acaba por

(1) P. II. cap. XVIII.

E. M.—Mayo 1897.

arrojar el arte de Nebrija, que luego le hace recoger el dómine; y obsérvese con qué gracia se mofa Tirso de las reprensiones de Cervantes, en la escena de la lección (á propósito del *hacer nombres de verbos*). (Acto I, esc. II.)

OTÓN. Comienzo, nominativo
Sum.

FULVIO. ¡Donoso majadero!
Nombre hacéis á sum, es, fuit!
¿No es verbo?

OTÓN. Dómine, sí.

Y para no citar más que otro, entre cien ejemplos que se me vienen á las mientes—y reservaré para otro artículo, donde incluya lo mucho que me falta por decir del libro—véase el capítulo LXVIII (de la parte II), en el cual, recordando Don Quijote á Sancho las promesas que le tiene hechas, le dice: «..... y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tardase en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*.» Sentencia que, como empresa del librero Juan de la Cuesta, iba estampada en las primeras ediciones del libro inmortal, y que tanto dió que cavilar á mi buen amigo Benjumea.

Pues bien, véase ahora cómo Téllez, siguiendo su costumbre, responde al anterior pasaje en *Marta la Piadosa*.

Por razones que indicaré en su biografía, en vez de personificarse, como en otras comedias, en un pastor llamado Tirso, Tarso, Tirseo, etc.; ó en un caballero nombrado Don Gabriel, Tello, Téllez, etc., el autor se personifica aquí en Pastrana, simbolizando á Lope en Don Felipe (el amante de Doña Marta).

La escena V del acto I evidencia la ficción y alusiones. Pastrana y Don Felipe hablan como Sancho y Don Quijote.

PASTRANA. A pie, á caballo, á jumento,
A mula, á carro y á coche,
He caminado esta noche
Sólo por darte contento.

DON FELIPE. ¡Ay, Pastrana! En mis desgracias
 Halla mi *felicidad*
 Cierta ayuda en tu amistad
 Y pasatiempo en tus gracias.

.....

Y añade luego:

Si mis desdichas recelas,
 Sírvate en esta ocasión
El símbolo del halcón
Con capirote y pihuelas:
 Que alivia mi desventura
 El misterioso letrero
 Donde dice: *alegre espero*
Tras las tineblas, luz pura.

¿Cabe respuesta más clara, alusión más transparente y directa al citado pasaje del *Quijote*, y al símbolo del librero Juan de la Cuesta, que era no una grulla sino, como dice Tirso, un halcón, rodeado por el referido lema? (1)

Esta comedia es además una de las pruebas más terminantes del enojo de Tirso para con Lope, puesto que en ella satiriza crudamente sus culpables intimidaciones con Doña Marta, como adelante probaré.

Volviendo Don Felipe en la escena citada al tema de sus amores, dice:

D. FELIPE.
 Mal persuadirme podrás
 Que de aquí amigo me parta,
 Porque no me dan más cuerda
 Memorias á doña Marta.

(1) Aunque otra cosa hayan supuesto los anotadores del *Quijote*, el ave grabada en la empresa de Cuesta, no es una *grulla*, porque ni es zancuda como éstas, ni de ser grulla tendría conexión con el consabido lema; y siendo, como dice Tirso, un *halcón con capirote* (es decir, con los ojos tapados) conviene perfectamente con la leyenda: *Post tenebras, etc.*

Y contesta Pastrana:

Según eso, á buena cuenta
Seremos en esta danza
Don Quijote y Sancho Panza
Parando de venta en venta.

¿Puede darse mayor prueba de que Lope era *D. Quijote*, y Tirso *Sancho*, y de que ambos lo sabían y el segundo se gozaba en gracejar á este propósito?

Toda la comedia está llena de alusiones á Lope y á doña Marta, que así como otras que citaré más adelante, demuestran cumplidamente el enojo de Tirso con su maestro en la época en que se escribió el falso *Quijote*, que, como espero comprobar, contiene las mismas sátiras á Lope que abundaban en las comedias de Tirso de aquellos días.

Porque el modelo de ambos *Quijotes*, el *Don Quijote* verdadero, era Lope, el poeta ensoñador é imaginativo, tocado á la vez de la eterna locura de la poesía y del delirio de grandezas, el amigo de los príncipes y de los blasones heráldicos, el de *las diez y nueve torres* en el escudo, el dramatizador del *Romancero* y de los poemas caballerescos, que no otras eran sus andantes caballerías, el de las varias aventuras, el que fué *vegadas mil paleado por cautivos follones y raheces* en sus varias y novelescas andanzas, el que puso á sí y á sus cosas y á sus damas nombres altos, PEREGRINOS, SONOROS y significativos (1).

Así como el Sancho, pequeño, regocijado, sanguíneo, naturalista, decidor, alegre y pródigo de refranes, era Tirso.

Puesto que si ambos eran amigos hacia 1604, y ambos enemigos y antagonistas de Cervantes, bastaría que éste los viese

(1) Recuérdese que Lope, cuyos verdaderos apellidos eran *Vega y Fernández*, se firmaba *Lope Félix de Vega Carpio*, llamando á sus amigas *Camila Lusinda*, *Marcia Leonarda*, *Amarilis*, etc.

juntos, por entonces, para que sintiendo con temperamento de artista y con susceptibilidad de émulo, el vivo contraste que ofrecerían las opuestas figuras de los dos grandes dramáticos; Lope, alto, enjuto, avellanado, moreno, pálido, bigotudo, imaginativo y melancólico; Tirso, pequeño, robusto, blanco sonrosado y peli-bermejo como un tudesco, de ojos alegres y *bailadores*—como Cervantes le pintó,—verboso y donosísimo, inagotable en los chistes y en los refranes, bastaría, repito, que el padre de nuestra novela viese juntos ambos tipos, para que, herida su mente por el vivo contraste que ofrecían, engendrara aquellos sus dos tan contrapuestos personajes de Don Quijote y su escudero, es decir, del gran creador del teatro y de su secuaz, su discípulo, su colaborador y amigo Téllez, los cuales llevaron al arte los dos grandes elementos que simbolizan en la excelsa novela de Cervantes: Lope, la idealidad romántica; Tirso, la siempre joven y risueña, la eterna realidad humana.

Y ciertamente que el viejo proverbio castellano, por usted tan oportuna, tan inspiradamente citado, no tendría pequeña parte en la prodigiosa invención cervantina.

Para demostrarlo basta leer el proverbio y la declaración que de él hace Covarrubias: «Allá va Sancho con su rocino.»—«Dicen que éste era un hombre gracioso que tenía una aca, y donde quiera que entraba la metía consigo: *usamos de este proverbio cuando dos amigos andan siempre juntos.*»

Luego, al ver juntos á Lope y á Tirso, recordó Cervantes el proverbio; y al reflejarse en su mente creadora el contraste de ambos caracteres, cristalizó en ella la obra maravillosa que tiene por alma aquella lucha, porque la visión de ambas personalidades, tan grandes y salientes de suyo, agrandada por el poder del genio, ascendió hasta la esfera de lo sublime, y pasó de lo particular á lo universal; de modo que la contraposición de dos caracteres individuales se dilató y creció hasta convertirse en doble símbolo de lo real y lo ideal, y en travesunto y emblema de la lucha perdurable de este dualismo que

constituye nuestro ser, objetivándose á veces poderosamente en ese eterno *Quijote*, generoso y ensoñador, á veces en ese eterno *Sancho*, malicioso y materialista, que personifican las dos opuestas mitades en que se divide la humanidad, y aún los dos contrarios elementos que nos conforman y completan.

No quiere esto decir que Tirso y Lope fuesen exactamente como *Don Quijote* y *Sancho*, sino que sirvieron de origen á ambos tipos.

Admitido que Lope sea el modelo de *Don Quijote*, se comprenderá sin violencia su carta del 14 de Agosto de 1604, porque si, como dice en ella, sus comedias eran *odiosas á Cervantes*, no resultará forzado que Cervantes pusiera en caricatura á aquel cuyas comedias aborrecía, sin duda por haber eclipsado totalmente las suyas, privándole del lauro y del provecho que de ellas se prometía.

Y si Cervantes hizo en *Don Quijote* la caricatura de Lope, ¿qué cosa más natural ni más humana sino que Lope se doliese de ello y juzgase duramente el libro donde se le ridiculizaba y donde con tanta injusticia eran tratadas sus comedias?

Que Lope fuese el original de *Don Quijote*, cosa es que intentaré probar en mi estudio sobre el sentido de la novela incomparable.

Y siendo Lope el *Don Quijote* de Cervantes ¿qué violencia habrá en suponer que Tirso, imitador y auxiliar de Lope en la gran empresa dramática, sea el escudero del héroe cervantino?

Recuérdese á este propósito que el soneto de Gandalín, escudero de Amadis de Gaula, á Sancho Panza, escudero de Don Quijote, concluye:

Que sólo á tí, nuestro español Ovidio,
Con buzcrona te hace reverencia.

Téngase presente que Tirso, dándose por aludido, contestó á este soneto por boca de Gulin, y siendo él el interpelado, claro es que en buen romance significan estos versos que sólo

á Tirso admitía á su trato é intimidad Lope, que no era otro el Ovidio español á quien se refería Cervantes, llamándole así tanto por su condición de poeta y por el hecho de haber estado desterrado (según prueba su biografía), como por lo que dice de sus *transformaciones* (en la segunda parte del *Quijote*), transformaciones que convenían muy bien con las que en su vida tan varia y novelesca adoptó aquel Proteo que se llamó Lope de Vega.

De modo, que siendo Tirso el único á quien Lope estimaba y admitía á su intimidad, hallamos que Lope y Tirso serían los dos amigos por quienes Cervantes recordaría el proverbio y su acepción explicada por Covarrubias.

Proverbio del cual, como usted con grande acierto insinúa, tomó Cervantes sus invenciones de Sancho y su rucio, extrayendo sin duda lo más sustancial y filosófico de su novela del singular contraste que ofrecían los dos tipos que le sugirieron su creación maravillosa.

Así nacería el *Quijote* de Cervantes, donde una vez imaginado—y aun aprovechándose de sus tipos para satirizar á sus contemporáneos—procedió el autor con el desinterés propio de todo supremo artista que busca ante todo la belleza y persigue sobre todo el ideal soñado.

No comparemos, pues, la obra magna del padre de nuestra novela con el juguete pueril, con el ligero desenfado de aquel otro poeta que, en su arte propio, llegó á ser casi tan grande como Cervantes en el suyo, de aquel prodigioso Téllez, que, según el acertadísimo juicio de usted, ha sido, después de Shakespeare, el mayor creador de caracteres del teatro moderno.

Porque juzgar á Tirso por este rasgo de su pluma, sería tanto como juzgar á Quevedo por cualquiera de aquellos *desenfados* y *juguetes*, que con razón excluyó F. Guerra de la colección de sus obras.

Y no quiere esto decir que la novela de Tordesillas carezca en absoluto de mérito, sino que ni por ella hemos de juzgar

del de su autor, ni menos debemos compararla con el gran libro de Cervantes.

Porque Cervantes, anciano en la edad, maestro en las experiencias, dominador de sí mismo, consumado en todas las artes del disimulo, dueño y señor de la lengua, y de aquel su incomparable estilo en que Castilla puso su habla generosa, Italia las armonías musicales y las sutilezas intencionadas, Andalucía las gracias inagotables y la burlona ironía; Cervantes, novelista sin ejemplo y, por lo tanto, incomparable psicólogo aplicado á aquel solo arte sublime, escribió el libro de su vocación y de su vida.

Tirso, en cambio, joven, impetuoso, sanguíneo, expansivo, decididor, avezado al tumulto de las aulas de Cómpluto, no tan dueño de sí ni de su prosa, falto de tiempo y de reposo, ofendido en lo que más le dolía, abandonado y aun insultado por su maestro, solicitado por la continua labor dramática, herido por las agudas saetas de Cervantes, borrajeó deprisa, con enojo y en colaboración, un desahogo, un *vejamen* en que, extremando de propósito y con intención irónica sus procedimientos efectistas y satíricos de dramático — tan diversos de los del novelador — exageró y abultó deliberadamente los caracteres de la novela del gran autor, que en todos los suyos le zahería mucho más crudamente de lo que las apariencias revelan.

No existe, pues, término de comparación entre ambos libros. Pero una vez rechazado todo intento de cotejo con la novela sin par, el *Quijote* de Avellaneda, considerado aparte y visto á su verdadera luz, merece desde luego, como usted tan justamente declara, «un buen lugar entre las novelas de segundo orden del siglo XVII»; y admitido que su autor sea, como creo, Fr. Gabriel Téllez, merece mucho más, merece un atento examen de la crítica, en comparación con las demás novelas de su autor, y reclama un largo y completo estudio; porque así por su parentesco, aunque bastardo, con el libro de Cervantes, como por las singulares causas que le dieron

origen; por las importantes obras, y por los grandes escritores con quienes se relaciona, es, á mi parecer, punto de verdadero y de muy atractivo interés para la historia de nuestras letras.

Perdone usted, ilustre maestro, la osadía de haberle dirigido, á la buena de Dios, y en la esperanza de que usted se digne enmendar mis yerros, estas *observaciones*, que por no cansarle con nuevas cartas, terminaré en forma de artículo y téngame por la más entusiasta de sus discípulas y admiradoras.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Mi hermana mayor.—Labradores y artesanos.—Pobres y ricos.—Camaleones y políticos.—Conspiración alfonsina.—Cantan en el ejército del Norte, se sublevan en el Este y dudan en la capital.—Chascarrillos.—Soy ministerial durmiendo.—Los de siempre.—Damas nobles de España.—Alfonso XII.—Un profeta, dos arrepentidos y un sabio.

En Octubre del 74 fuí á Borja. Había muerto mi hermana mayor, que era de esas criaturas cuya misión en la tierra es sufrir y endulzar la vida de los demás. De niña, cuando los demagogos de mi lugar trataron de asesinar á mi padre, de 1820 al 23, permanecía horas y horas noche y día en el balcón esperándole hasta que volvía á casa. Sufrió con resignación las consecuencias del atropello injusto que con él cometió, en 1827, el Gobierno de Fernando VII, y, del 34 al 40, los groseros insultos de los liberales. Me rogaba inútilmente no riñese con sus hijos aunque me llamasen faccioso sin serlo. Me desesperaba el calificativo. Si los chicos de los *cuscos* eran muchos, apelaba á la stratagemá de la fuga. A pocos, les hacía frente; las labradoras de la vecindad me ayudaban

con sus gritos. Mi hermana jamás habló mal de nadie, no comía por dar más á los pobres, y á excepción de lo que heredó de su madre, repartió lo que la dejó su marido entre la Iglesia y la Beneficencia. Estará en el cielo. A mí me costará trabajo por impaciente. Cuentan que el lego de un convento pidió limosna á una señora muy rica con fama de santa. Al echarlo, furiosa, de la habitación porque manchó el suelo con el lodo de sus sandalias, iba el fraile murmurando: «Se impacienta; no es santa.»

En mi lugar me gusta mucho oír hablar á los jornaleros cuando descansan en el campo y toman su frugal merienda. ¡Con qué placer comen la cebolla cruda, el pan moreno, y beben el negro vino aragonés! A un mozo le oí el siguiente cantar:

Cuantos más gobiernos muden
En la villa de Madrid,
España será más *probe*,
Pudiendo ser muy feliz.

Los labradores son los más sufridos, sobrios, valientes y los mejores defensores de la nación. En 1874 que se lamentaban los obligasen á ser soldados en la guerra civil, dijo un viejo, señalando los Pirineos:—Si *juera* contra los franceses todos iríamos voluntarios.

Los artesanos valen menos. A un albañil le dió en 1868 por ser fanático en religión y en política. Preguntó al Cristo del Calvario, preciosa ermita situada en la cima del monte de la Muela de Borja: ¿Quiere vuestra Divina Majestad que sea republicano?—Sí—le contestó una voz.—Señor: ¿continuaré como voluntario de la libertad defendiendo la federal?—No—le respondió la misma voz.—Muy contento de que Jesucristo opinaba como él, soltó el fusil. Era un hablador; contó á sus compañeros lo que pensaba hacer, uno se escondió debajo del altar, otro cerró el templo y entregó la llave en el inmediato santuario de la Misericordia, cuando vieron que el majadero

subía de Borja. El arma le habría servido como al que compró un par de magníficas pistolas para evitar que le robasen. Después que los ladrones se las quitaron, despojaron y apalearon, les dijo:—Prestármelas un momento.—¿Para qué?—le preguntaron.—Para c..... en ellas.

Antiguamente, en el referido santuario, daban todos los años una comida á los pobres de Borja. Si la pagaba el clero, después de hartarse bajaban cantando á la población:

La gentecica probe

Rabiando de hambre va.

¡Muera el cabildo!

¡Viva la ciudad!

Si el Municipio hacía el gasto, ahullaban los ingratos:

¡Viva el cabildo!

¡Muera la ciudad!

Refería mi madre que al acercarse á Borja los franceses en 1808, se sublevó el pueblo, y gritaban los pobres: «Mueran los ricos que son afrancesados.» Siempre ha existido la envidia que ahora se llama socialismo ó anarquismo.

En Melilla compré varios camaleones, los llevé á Borja, se acabaron las moscas y murieron de hambre. El frío del Moncayo no les probó. Estaban acostumbrados al céfiro del Gurugú. Son reptiles simpáticos que se parecen á los políticos en que cambian de color cuando les conviene y en servirse de la sin hueso para comer. Permanecen inmóviles mucho tiempo, abren la boca y con su larga lengua atrapan los insectos. Rara vez andan, vuelven los ojos hasta verse la cola, toman el color del objeto más próximo y engañan á la infeliz víctima. Si se acercan uno á otro se ponen blancos de ira y envidia. Lo mismo les sucede á los que se dedican á la política. Los primeros temen quitarse los mosquitos, y los segundos los destinos.

En Madrid dijo una dama que la generalidad de los españoles eran alfonsinos:—Si mandan, se aumentarán con los muchos que se dirigen al sol que más calienta. En los pueblos pequeños se conoce más que en los grandes lo que piensa la gente. En el mío no hay más que un boticario moderado alfonsista, por odio á otro que es progresista exaltado, un notario borrico y un abogado que yo llamo la liebre decrepita desde que por miedo aplaudió al *pedricador* de balcón expresidario, que en 1868 echó una *arengada* á las turbas inconscientes desde las Casas Consistoriales—la repliqué.

En la capital de España frecuentaba la casa de un general que conspiraba por la restauración. Jamás me habló del complot; me alegro; nos conocíamos hacía más de treinta años; le inspiraba yo absoluta confianza. Lo colocaron y lo sentí; no comprendía yo sirviese voluntariamente á la República. Si era para hacer mejor la guerra al Gobierno, el fin no justifica los medios. Mi afecto para él era grande y sincero; le quería después que á mi hijo y mi hermano; no le debía absolutamente nada en mi carrera. Al marcharme á Borja con licencia, me dijo que, si yo no tenía inconveniente, se reuniría él con varios amigos, al anochecer, en mi casa, calle de Piemonte, número 27, tercero izquierda; que previniese á mi criada Rosa, callada, fiel, buena y de mucho sentido común, tuviera preparada una habitación para el día que la avisaran. No le puse ningún reparo, ni añadió más. La verdadera amistad debe llevarse hasta el sacrificio. No ignoraba el riesgo que corría prestando mi casa á los conjurados, exponiéndome sin serlo. Si hubiera sabido que de cien había noventa y nueve probabilidades de perder la vida, la habría puesto á su disposición. Recordaba que en 1866 el teniente aragonés Ventura, agente de Prim, pidió al de igual clase Mas, que se hallaba de guardia en Burgos, le permitiese por aquella noche reunir en su casa á varios revolucionarios. Accedió por amistad y, sin otro delito, fusilaron á los dos en Barcelona.

Un mes después volví de Aragón, y me dijo mi criada:—

Sabr  usted que una mañana me avisaron vendrían por la noche el general y varios caballeros, previni ndome sólo abriese la puerta á los que preguntasen: « Est  Rosa?» Encend  luces, fueron llegando, y desde entonces se reunen casi todos los días.— Quienes son?, la interrumpí.—No los conozco; uno es muy alto, grueso; al subir la escalera se agita y respira con dificultad.—El conde de Valmaseda, pens  yo.—Otro de los más constantes, prosiguió Rosa, es un señor viejo, flaco, largo y cano.—El general Marchesi, calculó; conspirador en 1841, 43, 54, 68 y 74.—También viene otro pálido, moreno, muy nervioso; siempre me pregunta: « Y el coronel?»—El general Martínez Campos, dije para mí.—Con ellos se reune un joven fino, de barba rubia, que parece paisano.—No atin  quien sería. Pues señor, reflexion , es famoso lo que me sucede. Imito al sastre que le mandaron hacer doce capas negras con embozos verdes, para otros tantos conjurados; al cortarlas, siguiendo la tradición de los del gremio, sacó una más, se la puso, y, creyéndole los conspiradores compañero suyo, le hablaban misteriosamente de lo que no entendía; me llevarán   las prisiones militares y me formarán causa; nadie creer  que soy ajeno al complot, ni podrá convencer   ninguno que sólo sospecho de lo que tratan los que en secreto se juntan en mi casa; gracias que me envíen   Fernando P o   al presidio de Melilla, sin mando de cuerpo. Se abusaba de mi afecto, convirtiéndome en amigo víctima.

Seguían acudiendo todos los días   mi habitación los principales personajes que trabajaban por Don Alfonso; nunca los veía. Abandonaba mi casa al anochecer y no volvía hasta las doce. Un día me descuid , o  la campanilla y que preguntaron varias veces: « Est  Rosa?», frase que servía de contraseña para que mi criada abriese la puerta. Llegó el general; se admir  de encontrarme, y exclamó:— Ola! Salga   la sala y lo presentar    los amigos.—Era original lo verificase en mi casa uno de fuera. Manifestó que yo era el coronel dueño de la habitación, y me pregunt :— Los conoce usted?—Incli-

né la cabeza, y contesté:—Menos al señor, y señalé al de las barbas rubias.—D. Francisco Romero Robledo.—Este me dió la mano y dijo que había pasado muy buenos ratos viendo las curiosidades que adornaban mi gabinete, y que era excelente idea coleccionar retratos de igual tamaño, al óleo, de personajes españoles contemporáneos.—Sí, sólo tengo celebridades caídas; soy cortesano de la desgracia. Ahí ve usted al príncipe Alfonso, pintado por el pobre Rosales. A Don Amadeo de Saboya, por Casado; lo adquirí cuando le echaron los que lo trajeron. A Isabel II, por el mismo.....—El que me presentaba temió continuase en aragonés, y me interrumpió.—No hay inconveniente se entere usted de lo que tratamos, ó se marche.—Saludé á los conjurados, y á escape bajé la escalera de mi casa.

Tan ajeno estaba de los trabajos de los alfonsinos, como de los que practicaban sus contrarios para impedir la restauración. Se la veía venir á todo correr; la traían el ejército y las mujeres, que dominan la sociedad. Aquel representa la unidad de la patria, y éstas aborrecían ó se burlaban de los que establecieron el matrimonio civil, atacando á sus creencias religiosas; los carlistas perdieron la ocasion de hacerse dueños del poder, abandonando las armas hasta que la federal disolviera el ejército.

A las tropas, en 1874, les faltaba subordinación. Los que mandaban, sublevados el 68, no podían predicar con el ejemplo. En prueba de ello la oficialidad del ejército del Norte cantaba:

«Si de Logroño
sale Vucencia,
allá en Octubre,
mi general,
no se le olvide
llevar magnesia
y unas conservas
de Mayoral,
para cenar,
para cenar.

Si alguien os dijo
de simpatías,
os dió camelo,
mi general;
es su carácter
y su aspereza
poco á propósito
para mandar,
para mandar.

Deje del Ebro
la fresca orilla;
dájela pronto,
mi general,
que allí las truchas
ya no se cogen
á braga enjuta
ni con charlar.

A pelear,
á pelear, etc., etc.

La tarde del 29 de Diciembre me dijo una muchacha, sobrina mía, muy contenta, que los militares acudían á los cuarteles; una brigada se había sublevado á favor del príncipe Alfonso. Sabía yo la opinión de la mayoría de los oficiales que hicieron volver á las filas en 1873, y no dudé que la contrarrevolución se haría sin derramamiento de sangre. El general Martínez Campos proclamaba en Sagunto por rey al príncipe de Asturias, y Jovellar, general en jefe del ejército del Centro, lo imitaba, sin que un soldado se les opusiese. El general que convirtió mi casa en centro de conspiradores alfonsinos me dijo, muy preocupado, que tal vez dormiría en mi casa; que la nación pasaba por una grave crisis en aquel momento. Al día siguiente me preguntó:—¿Conoce usted al marqués de la T.....? —Sí, señor, le contesté.—Vaya usted con el capitán..... y esta tarjeta; que entregue la cantidad que se necesita para que el Depósito de Caballería de Alcalá secunde el movimiento. No podía darme comisión más repugnante. Seguía yo haciendo el papel del sastre que conspiraba sin saberlo. Por fortuna, no

encontré al marqués. Se ocultaba, para evitar compromisos.

Volví, y supe que ya no era necesario el dinero. Mejor. A estos se reducen los servicios que presté á la restauración de Alfonso XII. Corrí compromisos, expuse mi existencia y obré como autómeta por uno á quien profesaba verdadero cariño.

Enamorado platónico del príncipe Alfonso, hasta porque era niño y por oposición á los ingratos que habían recibido tantos beneficios de su madre, deseaba su venida. Desde que admití la gracia general y no pedí la licencia absoluta, jamás me pasó por la imaginación ser desleal al Gobierno establecido, que consideraba pésimo de remate.

Hay generales muy particulares; convierten á sus inferiores en humildes servidores domésticos y gustan rodearse de bajos aduladores, sin comprender que éstos, por vengarse, los desprecian.

Uno quiso mandarme á buscar un periódico, teniendo criados que lo ejecutasen. —¿Qué va usted á hacer ahora? me preguntó. —Ir á comer, contesté, marchándome en el acto. Le adiviné el pensamiento. No le hizo gracia.

—Usted no ha hecho nunca nada, me dijo. —Ni usted tampoco; casi siempre hemos ido juntos, le repliqué.

Se le vertió á un cadete la copa de vino, y le preguntó un general: —¿En qué mesas acostumbra usted á comer? —En las que cambian de manteles diariamente, respondió.

Un alférez palideció al hallarse en la primera acción. —¿Tiene usted miedo?, le preguntó un general. —¡Tanto, que si tuviera usted la mitad, ya habría echado á correr! exclamó.

La arbitrariedad, la falta de educación y las carreras improvisadas desprestigiaron las altas clases de la milicia. Un oficial dijo á otro: —¿Quién es el paisano que has saludado? —Será general, por su facha de bárbaro, le contestó.

Más valeroso el general Martínez Campos que los otros conspiradores, se lanzó á proclamar por rey al príncipe Don Alfonso. Los conjurados civiles quisieron desautorizarlo, temiendo fracasara el movimiento; querían que los militares,

E. M.—*Mayo* 1897.

siempre imbéciles, les sirvieran de carnaza para pescar á río revuelto. Uno de los más conspicuos, al saber que el general había marchado á Sagunto, le aterraba la idea de que apareciese un nuevo Narváez, O'Donnell ó Prim, y dijo:—Si sale mal, lo fusilará el Gobierno, y si no, nosotros.

Tan aprovechado joven fué ministro de la revolución, de la restauración, y lo sería del mismísimo Satanás. El prototipo del político.

Don Arsenio Martínez Campos salió de Madrid el 28 de Diciembre, y al frente de la brigada de D. Luis Dabán, que estuvo con Serrano en Alcolea, proclamó el 29 en Sagunto al rey Alfonso XII. D. Joaquín Jovellar, que mandaba el ejército del Centro, el que buscaba generales para la revolución el 68, se adhirió al movimiento restaurador; trataban de ganar la guarnición de Madrid; la mayor parte simpatizaba con los alfonsinos, la menor seguía fiel al Gobierno del señor duque, como llamaba el cuerpo diplomático extranjero al presidente del Poder ejecutivo. Algunos, como siempre, navegaban entre dos aguas, hasta que supieron que el ejército del Norte se negaba á batallar contra los insurrectos del Centro.

Por fortuna, no cayó sobre ambos la ignominia de Alcolea, Vicálvaro y Torrejón, matándose neciamente para elevar á los que se pasan de listos.

La prueba de que la opinión no apoyaba á la República indefinida, es que se derrumbó sin que nadie la sostuviera. Su caída fué un sainete. El único pronunciamiento que no hizo verter sangre; aceleró la conclusión de la guerra carlista. Los sucesos históricos se juzgan por el resultado. El ejército, en adelante, no se dejará seducir por los ambiciosos, para después ser despreciado por ellos. Si alguno trata de engañar á los oficiales, le volverán la espalda, como ya ha sucedido. ¡Dichosos los jóvenes, que no han conocido los tiempos de tiranía, desorden, oprobio y vergüenza que nosotros los viejos!

En nombre del duque de la Torre, presidente del Poder ejecutivo de la República, que se hallaba en campaña, publicó

el presidente del Consejo de ministros, D. Práxedes Mateo Sagasta, una proclama diciendo que los generales Martínez Campos y Jovellar habían levantado al frente del enemigo la *bandera sediciosa de D. Alfonso de Borbón*. Llamaba al hecho *rebelión que nos deshonraba á los ojos del mundo civilizado*.

D. Francisco Serrano renunció el poder y marchó al extranjero. El 8 de Marzo ofreció ayudar al rey. Algunos progresistas y demócratas se hicieron alfonsinos. Los unionistas ó montpensieristas, todos. A tragar siempre.

El 31 de Diciembre de 1874, comenzó á gobernar el ministerio regencia, presidido por D. Antonio Cánovas, hasta la llegada á Madrid del rey D. Alfonso XII, proclamado por el ejército sin más oposición que los carlistas armados.

A las doce de la noche del 30 de Diciembre oí gritar: ¡Viva Alfonso XII! y me fuí á la cama satisfecho. Al día siguiente leí el nombramiento de los ministros del rey. Uno, autor del manifiesto de Cádiz, deshonró á la madre del nuevo monarca en 1868, otro había sido revolucionario me lancé á la oposición. Sólo seis horas en mi vida, que pasé dormido, he sido ministerial. Por eso me reluce tanto el pelo. A mi inolvidable amigo el marqués de Molins, ministro de Marina, le pedí la gracia por mis grandes servicios á la restauración que hiciera á Borja puerto de mar. Lo esperamos desde Felipe V, que á mis paisanos, partidarios del francés, los saquearon los soldados del archiduque.

Con la restauración poco ganaron los que consideran la milicia como religión de hombres honrados. Continuaron halagados los que se habían sublevado el 54, 66, 68, 73 y 74; á los que pidieron el retiro para cobrar sueldo entero, volver como víctimas, recibir los ascensos que les habían correspondido si hubieran corrido peligros, sin experimentar las escaseces de los que pasaron años á media paga, les llamaban *la invasión de los cucos*. A los que ingresaron en el ejército el 68, echados antes por delitos comunes, los titulaban *la invasión de los tunos*. Siguiéron unos y otros en la milicia junto con los que

ascendieron por alfonsinos. Item más: los oficiales carlistas que como Cabrera abandonaron á su rey cuando se convencieron que no vencería, y los hijos de D. Enrique de Borbón.

Como á estos, faltando á una ley, les reconocieron los empleos que les habían dado en las filas de D. Carlos, al ser interpelado en el Congreso el ministro de la Guerra, se excusó, diciendo que era en pago de los servicios que prestó á la libertad la infanta Doña Carlota su abuela. Cuénteselo usted á ella, debieron replicarle.

La Nación seguía pagando los vidrios rotos.

De la revisión de las hojas de servicio nadie se ocupó. Ni pasaron revista de inspección á los regimientos, como se verificó después de los pronunciamientos del 43 y 54 para expurgarlos de los oficiales inútiles ó perniciosos.

Los políticos saben de todo: leyes, hacienda, cánones, náutica, milicia, artes, obstetricia, etc., etc. Su objetivo es pescar una cartera y la cesantía. Nada les importa que haya revoluciones ni la deshonor de la patria. La mayoría cambia de partido como de camisa. Los militares que se dedican á la política dan asco. Uno que era teniente en 1868 y general el 74, al oír que decían el 76 que no era prudente fiarse de un jefe del ejército de malos antecedentes, exclamó:—¡Más confianza que en mí tenía el duque de la Torre, y buena se la hice!—No todos los políticos son malos; á los buenos les sucede como á las señoras modestas y virtuosas: aunque sean hermosísimas no las mencionan los revisteros en los periódicos.

La revolución dañó más á España que la invasión francesa de 1808. Los que causaron tan gran desastre, los que permanecieron pasivos ó indiferentes, los que alentaron á unos y excitaron á otros, los que tenían obligación por deber ó gratitud de defender á Isabel II, de la cual habían recibido mercedes y no lo hicieron, suspiraban por la restauración. No sólo los moderados, sino los exaltados, que no mandaban, conspiraron juntos, incluso el jefe de la partida de la porra, por Alfon-

so XII, con la idea de contribuir á volcar lo que levantasen si no ocupaban los primeros puestos.

Hay una partida de bandidos, ateos en política, que se van y se vienen, hacen y deshacen revoluciones; gente egoísta, malvada, sin pudor ni vergüenza, que adoran al dios éxito y que les son indiferente las calamidades de los demás; aspiran siempre, sin reparar en los medios, á enriquecerse, figurar y gozar. Mientras los hombres de bien, cuya cobardía es proverbial, no los aplasten, nunca lo verificarán, continuarán burlándose de ellos.

Como la moral es la misma en todas las épocas y circunstancias, si bien deseaba la venida de D. Alfonso, no la quería por medio de una sublevación militar, persuadido que la opinión le traería sin remedio, á voz en grito decía que los que cobran de una situación no deben atacarla, sino abandonarla, y libres de todo compromiso hacer lo que les parezca.

No varié de conducta; no contribuí á la venida de Alfonso XII, sino exponiendo mi vida en aras de la amistad; no presenté memoriales pidiendo recompensa. Ni siquiera solicité la banda de María Luisa para mi criada Rosa Torres por los riesgos que corrió sin esperanza de lucro ni ascensos en su carrera. ¡Cuántas se engalanan con la referida condecoración habiéndola ganado menos!

Una de las muchas inconsecuencias de la revolución de 1868, fué cambiar el título á la *Real orden de Damas nobles de la reina María Luisa*, creada por Carlos IV en 1794 para honrar á su fiel consorte, en *Real orden de Damas nobles de España*, aunque había en ella extranjeras. En la *Guía de forasteros* de 1869, borraron el nombre de Isabel II, en pago de que concedió la banda á las esposas de los principales revolucionarios, y dejaron el de la duquesa de Montpensier, que por envidia ayudó á destronar á su demasiado bondadosa hermana. Doña Isabel de Borbón y Borbón aparece en la *Guía* del 71, gracias á la caballerosidad de Don Amadeo de Saboya; en la del 73 al 74 no hay *Damas nobles de España*. Todas plebeyas. Lo que no

podrán quitar á las españolas es la hidalguía, el catolicismo, el valor y el amor á la patria. Por eso odiaban la revolución.

Desde 1868 al 74, se repartieron los demócratas 50 títulos de Castilla, 127 grandes cruces de Carlos III y 712 de Isabel la Católica. Se aristocratizaron.

Si por desgracia hubiera otra *Gloriosa*, no se repetiría que sólo de infantería pidieran la separación del ejército activo más de 3.000 oficiales. Unos Quijotes. Reconocerían el Gobierno. De los escarmentados salen los avisados. Es cuestionable si obraron bien los que abandonaron las filas después de cumplir con su deber. Sólo se debe defender á la patria, una é indivisible. Había en una ciudad de la costa de Levante, muy levantisca, un partidario acérrimo de la restauración. Nombró ésta alcalde á un cacique perpetuo, republicano convertido en monárquico, que dobló la contribución al siempre borbónico, y como se callaba el desengañado, repetía él satisfecho burlándose: «¡Ya no chilla tanto el alfonsino!»

Un coronel, progresista acérrimo, muy enfermo, envidiaba mi color sano y se desesperaba de ver tan bueno á un reaccionario. Le visitaba el médico, que llegó á ministro de la república por ateo y blasfemo. Aunque repetía que era enemigo de Dios, los reyes y la tisis, no curó la que padecía el militar. Pusieron al cadáver del coronel sus cruces y condecoraciones.—¿Para qué, si la caja va cerrada?—pregunté.—Por si la abren—contestó su suegra; temería que el médico, del cual publicaron una caricatura convertido en demonio, se llevara al yerno en cuerpo y alma.

—Si viene Alfonsito tendremos que irnos—dijo en 1874 un general á otro, ambos revolucionarios del 68, y añadió el segundo:—Los generales borbónicos, después de Alcolea siguieron cobrando el sueldo de cuartel; lo mismo haremos nosotros, aunque mande D. Carlos.—Algunos trataron con él, según las cartas que el conde de Belascoain escribió al pretendiente, y éste, falto de delicadeza, entregó para que se publi-

caran con otros documentos asquerosos que compró el Gobierno después de la última guerra civil.

Si me gustara exhibirme, habría dado gracias á los revolucionarios en los periódicos, porque no me rompieron la cabeza. Hablé cuanto se me ocurrió, traté de ser justo y fueron tolerantes conmigo. La revolución del 68 fué más humana que la del 34 al 40. En ésta asesinaron las turbas á los generales Basa, Méndez Vigo, Quesada y Esteller. La soldadesca sacrificó á Cantarac, Ceballos Escalera, Sarfield y coronel Mendivil. En varias poblaciones se degolló á los frailes y á los prisioneros carlistas. Las cobardes represalias eran autorizadas y consentidas por los Gobiernos de ambos partidos. Poco se llevaban.

La revolución ofreció extirpar los abusos y los centuplicó. La Restauración postergó á los leales, y por sistema, de miedo, protegió á los felones. Ni media docena de los coroneles que mandaban regimientos de infantería ó caballería el 68, y no se pronunciaron la inmensa mayoría, llegaron á generales. Morirían rabiosos.

Al que me echó en 1868 de la Dirección de la Guardia civil, progresista el 43, unionista el 66, último ministro de la revolución, traté de felicitarle sinceramente el día de Reyes de 1875. No me recibió.—Vengo á ver al general, me dirijo siempre hacia el Ocaso—dije á su ayudante.

El 9 de Enero de 1875 llegó á Barcelona Alfonso XII en la fragata *Navas de Tolosa*. La gente de orden le recibió con entusiasmo, como iris de paz. El 11 desembarcó en Valencia y el 14 entró en Madrid, á caballo, vestido de capitán general. Opiné debió ostentar las divisas de sargento de infantería, de cuya graduación lo expulsaron, para que no murmurasen de la rapidez de su carrera. Iba rodeado de generales revolucionarios y de los que no defendieron como debían á Isabel II. Cuentan que una niña al ver la comitiva, recordó la de Don Amadeo, y exclamó:—¡Mi abuelito entra con todos los reyes!—El día estaba espléndido, al revés del que hacía cuando re

cibieron al rey de la revolución. En la calle Mayor ví pasar á Don Alfonso. Su juventud inspiraba simpatías. Las ideas monárquicas del pueblo de Madrid se habían enfriado. Sólo se notaba alegría entre las señoras que ocupaban los balcones. No oí un viva. Un aristócrata, gran amigo del monarca italiano, compinche de sus aventuras, exclamó:—Al niño Alfonsito sólo le quieren mujeres y soldados.—Si no le falta valor, le sobra con eso para morir reinando—le repliqué.

El rey debe ser el primer soldado del ejército y dar ejemplo. Su traje oficial es el de la suprema dignidad de la milicia. Ninguno ha llevado la toga del magistrado, aunque en su nombre se administra la justicia.

Varios generales moderados antes, republicanos después, esperaron al rey en Palacio. En él los revolucionarios de levita, de mil cubiertos de plata sólo dejaron cuarenta y uno. Al visitar el magnífico alcázar, me preguntó uno:—¿No se admira usted de ver tan hermosos objetos de arte?—No, señor; los conocía. Lo que me admira es que no los hayan robado.

Prim exclamó:—¡Ay de nosotros, los que tuvimos la honra de preparar la revolución y lanzarnos los primeros para iniciarla, si no supiéramos crear un nuevo orden de cosas, estable y permanente! No sé á qué rincón del mundo podríamos ir á esconder nuestra vergüenza.»—Fué profeta.

El general Caballero de Rodas, sublevado el 68, arrepentido el 73, escribió el 74: «Desgraciadamente han concurrido á formar parte del ejército carlista muchos jefes y oficiales, injustamente olvidados por la revolución; otros se veían postergados, sin más delito que el cumplimiento de sus deberes; otros, conservando sus modestas posiciones á fuerza de buenos servicios, veían alcanzar altas jerarquías á los viciosos, insubordinados y más bullangueros.» Pudo añadir: á los que robaron caudales ó asesinaron á sus jefes.

García Ruiz, ministro republicano unitario, publicó lo siguiente:

«Los pocos que habían aprendido á ser verdaderos federa-

les acudieron á Cartagena á desgarrar la patria, presa por doquiera de la anarquía, que ya se manifestaba con sus incendios y horribles asesinatos en Alcoy, ya con sus deplorables bacanales en Barcelona, ó ya con sus aspiraciones comunistas y atropellos vergonzosos en Valencia y casi toda la Andalucía. Gracias que Aragón y todo el N. N. O. de España manifestaron su jamás olvidado sentido práctico; que si no, la desmembración del país hubiera venido á enrojecer los rostros de los buenos y á deshonar el nombre español ante la historia.

»El levantamiento de Cartagena, que, entre otras mil vergüenzas, nos hizo pasar por la de ver casi la mitad de nuestra escuadra en poder de alemanes, y una buena parte de ella sumergirse en el fondo del Mediterráneo, concluyó con la especie de dictadura inerte de Pí, á la que siguió el gobierno de Salmerón; pero débil, irresoluto é impotente voluntario ante una cuestión de escuela, reducida á si se podía privar de la vida á un criminal, cuando preciosísima sangre humana regaba abundantemente nuestros campos y calles, tuvo que dejar su puesto á Castelar.

»Los esfuerzos de Castelar no eran, ni podían ser con mucho, bastantes á salvar lá libertad y la patria. La nación en masa maldecía á la situación federal por sus excesos.

»¡Pero qué cuadro más horrible el de la España desde el 23 de Abril de 1873 al 2 de Enero de 1874! Viéronse por doquiera muertes, incendios, devastaciones, luto, escándalos y mil actos atroces y vergonzosos: la guerra civil, tomando pavorosas proporciones, devoraba nuestros tesoros y nuestra juventud. Los carlistas se presentaban tan imponentes como lo habían estado en 1835 y 36.

»La guerra cartagenera, además de contribuir á arruinar-nos, nos tenía deshonorados ante el mundo culto. No había un español amante de las glorias de su patria que no llorase por la suerte de ésta y de su integridad.»

Don Emilio Castelar, en las primeras Cortes de la restauración, dijo:

«Ahora estamos aprendiendo nosotros. Hemos aprendido ya que el poder, llámese República ó Monarquía, necesita sus atributos esenciales, sobre todo el de ser obedecido; hemos aprendido que todas las libertades deben existir, pero son como si no fueran cuando falta la seguridad; hemos aprendido que para que haya esta seguridad se necesita un gran ejército (rumores); sí, señores, con infantería, caballería y artillería (risas), y además guardia civil y carabineros, ingenieros y marinos; hemos aprendido que el ejército necesita una gran disciplina, porque no se puede enviar á nadie á que busque la muerte á su frente, si no lleva la muerte á la espalda. (Fuertes rumores.)»

De sabios es mudar de consejo.

UN SOLDADO VIEJO.

PROYECTO DE UN PLAN DE ESTUDIOS

DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Se acentúa cada día más la convicción de que nos hace falta una nueva ley de Instrucción pública, y se impone la necesidad de acometer de una vez la reforma de la enseñanza en sus tres grados de primaria, secundaria y superior, porque sólo así, teniéndolo todo á la vista simultáneamente, se pueden distribuir con acierto los estudios, sin cargar demasiado la mano en uno de sus períodos, en tanto que otro permanece pobre. Obra que se hace por fragmentos independientes, carece de unidad en el conjunto.

Pero esta ley no debe ser hechura de un partido político; y sería bueno que la comisión encargada de formularla se compusiese de unos cuantos, muy pocos, hombres competentes en la materia y afiliados á distintas comuniones políticas, ó á ninguna. Además, sería muy conveniente que esta comisión, sin apresurarse demasiado, escuchase y discutiese las opiniones de los que, consagrados á la enseñanza, tuviesen por oportuno aportar, como datos dignos de ser tenidos en cuenta, los frutos de su propia experiencia.

Sólo en este último concepto, y sin pretensión alguna de que mis ideas, aunque arraigadas, sean las mejores, me atrevo á exponer á grandes rasgos un plan de estudios secundarios que me parece satisfaría bastante bien al doble carácter que debe tener este período de la enseñanza, cual es: 1.º, suministrar el grado de *cultura general* de que convendría no careciese ningún ciudadano, y 2.º, proporcionar la *preparación especial* que necesitan los que hayan de estudiar alguna carrera científica ó literaria.

En el plan que voy á exponer á la consideración de las personas á quienes pueda interesar, he procurado huir tanto de la deficiencia de lo que hoy está vigente, como de la exuberancia del sistema del Excmo. Sr. Groizard y otros. Si es verdad que con el progreso de los tiempos ha quedado pobre el cuadro de estudios que hoy seguimos, no es menos cierto, á mi entender, que se debe ser muy circunspecto en la admisión de nuevas materias, so pena de desnaturalizar la segunda enseñanza, sacándola de sus límites racionales.

*
* *

Conforme *en el fondo* con el Sr. Groizard, creo y he defendido siempre que la enseñanza secundaria debe ser *intensiva* y dividirse en *dos períodos*, el segundo bifurcado en las dos secciones de *Letras y Ciencias*.

Dicta el buen sentido, y la experiencia confirma, que se aprende con dificultad una materia cuando ésta se da una sola vez y en todos sus detalles, y que además se olvida en los años subsiguientes si de ella no se vuelve á tratar. En las ciencias es frecuente el no poder descender á ciertos desarrollos en un punto dado, sin conocimientos previos y generales acerca de otros que se deben tratar después; en historia se necesitan á cada paso ideas anteriores de conjunto, si se han de poder razonar los sucesos, cuyas complejas causas muchas veces se re-

lacionan con acontecimientos de pueblos que más lejos han de ocupar la atención del lector; en lenguas es perjudicial cansar desde el principio la memoria con excepciones y detalles que no permiten asimilarse el sentido y el alcance de las reglas generales. Es siempre mucho más fructífero hacer primero un estudio somero, que abarque los puntos culminantes, los grandes principios, las reglas más generales, y descender luego, en otro ú otros cursos, á detalles y desarrollos que vayan llenando el cuadro, con lo que, de paso, se recuerda necesariamente lo estudiado el curso anterior ó los cursos anteriores, porque á cada momento se tiene que hacer referencia á los principios, acontecimientos ó reglas generales que precedieron.

Entiendo, pues, que todas las materias se han de ir desarrollando progresiva é intensivamente, formando con cada una de ellas dos ó tres asignaturas sucesivas que, abarcando el conjunto de la ciencia ó arte objeto del estudio, vayan profundizando cada vez más en sus detalles.

La división de la segunda enseñanza en dos ciclos ó períodos, el primero *general* y *especial* el segundo, ya subdividido en dos secciones, me parece no menos conveniente, aunque sé que tiene adversarios. Sin embargo, el establecimiento de estos dos períodos no es más que la aplicación del anterior principio de intensión, puesto que todas las materias del primero (excepto el latín y el francés, excluidos de este período en el plan que voy á exponer) se repiten con más extensión en el segundo, y no debe, por tanto, repugnar la división á los partidarios del desarrollo intensivo de las asignaturas.

Por lo que hace á la subdivisión del segundo ciclo en dos secciones paralelas, aconséjanla varias razones que me parecen muy atendibles. Recomienda en primer término tal bifurcación la homogeneidad, digámoslo así, que convendría existiese en los alumnos matriculados en cada una de las asignaturas latas de este período: el profesor no tiene tanta libertad,

tanto gusto, tanto entusiasmo, para descender á ciertos detalles cuando sabe que una parte considerable de sus discípulos no encuentra interés en ellos, porque le son ociosos para la carrera que han de seguir después. Por otro lado, si, como es opinión corriente y muy fundada, estamos en el caso de aumentar algunas, siquiera sean pocas, materias á las que en la actualidad se cursan, y si todas se deben fraccionar por lo menos en dos años, para que su estudio sea intensivo, resultará uno de estos dos inconvenientes: ó un considerable número de años para hacer el bachillerato, ó un recargo mental muy superior al que actualmente deploramos.

El recurso de las asignaturas alternas en manera alguna resuelve la dificultad. Por lo que respecta á las materias añadidas, es evidente que suponen aumento de lecciones y de estudio; y de las que son ahora diarias, algunas, aunque se repartan en dos cursos, exigirán más tiempo del que al presente se les consagra, y no podrán por lo mismo ser alternas, como, por ejemplo, el latín, la física, las matemáticas, que se pasan hoy demasiado deprisa para que pueda haber verdadero aprendizaje.

Si se quiere una enseñanza más sólida y á la vez más reposada que la actual, una enseñanza que eduque sin agoviar á nuestra juventud, se impone como una necesidad la subdivisión del segundo período en dos secciones. La única objeción que, con algunos visos de fundamento, puede hacerse á esta bifurcación, me parece ser la de los que arguyen que eso obligaría á los jóvenes á decidirse demasiado pronto por una carrera; pero conviene fijarse en que las vacilaciones de las familias no provienen de que á los catorce y aun á los doce años de edad no estén perfectamente manifiestas las aptitudes y aficiones *literarias* ó *científicas* de los niños (único punto que habría que resolver en realidad, puesto que dentro de cada sección caben diferentes carreras), sino del dudoso y muy problemático porvenir que en nuestros días ofrecen todas ellas en general, por la gran competencia que resulta del excesivo nú-

mero de individuos que en las mismas buscan su modo de vivir, con vocación ó sin ella. Los que por falta de recursos tienen que dedicarse á un oficio, que son los más, deciden más temprano su definitiva profesión, entrando en los talleres como aprendices cuando los de posición acomodada ingresan en los Institutos.

Por otra parte, poco significa el retraso de uno ó dos años (á lo sumo tres, en mi plan) que pudiera originar el cambio de vocación; no faltarían ciertamente muchos que, para tener abiertos más amplios horizontes, estudiaran las dos secciones seguidas (ocho años, y aun menos, utilizando la enseñanza libre). Por último, no se debe perder de vista que, si conviene facilitar el estudio del período general como medio de cultura y preparación para profesiones, escuelas de Artes y Oficios, etcétera, no hay que ser pródigo en dar facilidades para las carreras, si se quiere desviar un paso de ellas la invasora corriente de medianías, y aun nulidades, para quedarse con los que tienen verdaderas aptitudes.

*
* *

Antes de presentar el cuadro de asignaturas y hacer de él un ligero análisis, quiero manifestar las condiciones generales que he creído deber imponerme como pie forzado, no sólo para conformarme con el número de catedráticos actuales (restaurando, sí, el suprimido de matemáticas, que es absolutamente indispensable), sino también para uniformar en lo posible el número de clases al día y las horas de trabajo mental de los alumnos, así como la obligación diaria de todos los catedráticos, evitando el injusto recargo de alguno que otro. Estas condiciones generales son las siguientes:

1.^a Los alumnos tendrán en cada curso cuatro asignaturas, dos de ellas diarias y una alterna, de lo que resultan tres lecciones al día y cuatro horas y media de cátedra, por ser invariablemente de hora y media la duración de cada una. No

se cuenta el aumento de hora y media diaria durante los dos primeros años, para el dibujo (una hora) y la gimnasia (media hora), porque son materias que no sólo no fatigan el espíritu, sino que sirven de descanso á los trabajos mentales.

Una sola excepción hay, la del cuarto año, sección de Letras, en que sólo resultan tres ó dos lecciones al día, alternativamente, con cuatro y media ó tres horas respectivamente de clase. Pero no he hallado medio de hacer diaria, como hubiera deseado, la asignatura de Historia general, sin recargar al catedrático.

2.^a Todos los profesores, que ingresarán con 4.000 pesetas de sueldo, tendrán dos clases al día ó sean tres horas de lección, para lo que estarán encargados de dos ó más asignaturas análogas.

Sólo resulta una excepción á favor del que dé las matemáticas elementales, el cual no tendrá más que clase y media. Para igualar con el trabajo de los demás el de éste (que, por supuesto, alternaría con su compañero), hubiera sido necesario hacer diaria la asignatura de Nociones de Geometría y Dibujo lineal, lo que habría desnivelado, con recargo, la tarea de los alumnos de segundo año.

Nada tengo que decir en apoyo del número de asignaturas, lecciones al día y horas de clase que en este plan se imponen á los alumnos, porque creo haberme colocado en un justo medio, y me parece que nadie hallará exageración en más ni en menos. Pero necesito justificar el aumento de trabajo que pido á los catedráticos duplicando el tiempo de clase.

Es éste uno de los puntos esenciales de mi proyecto; y mientras no se quiera entrar por este camino, creo que fracasarán todos los planes de mejora material, ó al menos ésta será mezquina. Me parece que no puede aducirse ninguna razón de peso contra el desempeño de dos cátedras diarias por cada profesor. No es sostenible la idea de que tres horas diarias de lección, con la preparación precisa, sea un trabajo ex-

cesivo, y la prueba está en que todo catedrático que tiene ocasión de dar lecciones particulares en materias permitidas por la ley, como son las asignaturas de lenguas vivas, no las desaprovecha, y son muy numerosos los profesores privados que dan seis y más horas de lección al día (1). Además, los actuales auxiliares y supernumerarios se ven con frecuencia precisados á dar tres y aún cuatro lecciones, cuando coinciden clases vacantes con las sustituciones por enfermedad, lo que supone cuatro y media y aún seis horas de trabajo.

No vayamos á buscar comparaciones con países extranjeros cuya prosperidad contrasta con la pobreza actual del nuestro; España no puede ser espléndida con sus catedráticos, pero nosotros podemos ofrecerle más trabajo para ahorrarle personal, y entonces nos atenderá mejor.

No estará de más añadir que, aunque en los países florecientes se paga á los profesores bastante mejor que en el nuestro, se les suele exigir, al menos á los de segunda enseñanza, mucho más trabajo que á nosotros.

Esta acumulación de asignaturas me parece, por lo demás, una necesidad ineludible, si es que queremos mejorar la enseñanza, diluyendo por lo menos en dos cada una de las asignaturas de ahora, y añadiendo alguna que otra nueva, como propongo en el plan que voy á desarrollar, el cual exige que se duplique el número de catedráticos ó el trabajo de cada uno de los actuales. Lo primero es imposible; lo segundo, por el contrario, es hacedero. Después de todo, vengo á coincidir aquí también con el Sr. Groizard, puesto que sólo necesito cinco catedráticos de Letras y otros cinco de Ciencias, con la misma gratificación de 1.000 pesetas que señaló aquel ministro para dos acumulaciones.

Quiero anticiparme, no obstante, á la objeción de que el

(1) Tengo actualmente noticia de algunos que suman diez y aun doce horas de trabajo, entre diferentes colegios.

aumento de 1.000 pesetas no puede prosperar, no sólo por la actual penuria en que nos encontramos, sino también porque no parece regular que los catedráticos de segunda enseñanza ingresen con sueldo superior al de los de facultad. Ambas razones son atendibles, pero no suficientes para desechar este aumento definitivamente y para siempre. La segunda, por lo menos, perdería su fuerza, si, haciendo las reformas simultáneamente en los tres grados de la enseñanza, como he dicho al principio, á fin de enlazar el progreso ascendente de los estudios, se exigiese también más trabajo á los catedráticos de las Universidades, puesto que, al fin y al cabo, si España es pobre para los unos, lo es no menos para los otros. Entonces podría disminuir el número de profesores de facultad y escuelas superiores, poniendo á cargo de cada uno clase y media, por ejemplo, y amortizando las vacantes. Aun los que al presente gozan del privilegio de tener sólo una lección alterna, aceptarían gustosos (hablo en general) una diaria y otra alterna, con el mismo aumento de 1.000 pesetas sobre el sueldo que hoy disfrutan.

Y volviendo á los de segunda enseñanza, á que se limita mi trabajo, me parece que cabría el temperamento de reconocer en la ley el derecho á las 4.000 pesetas, para cuando lo permitiese la situación económica del país, percibiendo por ahora sólo una gratificación de 500.

Todas las asignaturas serán obligatorias, incluso el dibujo y la gimnasia; pero esta última será puramente práctica y no tendrá exámenes.

*
* *

He aquí ahora el cuadro de asignaturas, expresando en él con las iniciales *D* ó *A*, á la izquierda de cada una de ellas, si es *diaria* ó *alterna*, y á la derecha qué profesor está encargado de su desempeño, designando á cada uno de ellos con una letra del alfabeto:

PRIMER PERÍODO.—ESTUDIOS GENERALES

Primer año.

D. Elementos de Gramática general y castellana	A.
A. Nociones de Lógica y Moral cristiana.....	B.
D. Elementos de Aritmética y Contabilidad.....	F.
A. Nociones de Geometría y Dibujo lineal.....	
D. Dibujo de figura.....	K.
D. Gimnasia higiénica.....	L.

Segundo año.

A. Nociones de Geografía é Historia.....	E.
A. Nociones de Derecho usual.	B.
D. Elementos de Física y Nociones de Química.....	G.
D. Elementos de Historia natural é Higiene	H.
D. Dibujo de figura.....	K.
D. Gimnasia higiénica... ..	L.

SEGUNDO PERÍODO.—ESTUDIOS ESPECIALES

SECCION DE LETRAS

Primer año (tercero del bachillerato).

D. Elementos de Lengua latina	C.
D. Preceptiva literaria (Retórica)	D.
A. Geografía general y de España	E.
A. Elementos de Filosofía.....	B.

Segundo año (cuarto del bachillerato).

A. Elementos de Lengua francesa.....	A.
D. Ampliación del Latín.....	C.
A. Historia general	E.
A. Ampliación de la Filosofía.....	B.

Tercer año (quinto del bachillerato).

A. Ampliación del Francés.....	A.
D. Clásicos latinos.....	D.
A. Historia de España.....	E.
D. Repaso para el grado.....	Auxiliar.



SECCIÓN DE CIENCIAS

Primer año (tercero del bachillerato).

D. Elementos de Lengua latina.....	C.
D. Aritmética y Algebra.....	I.
A. Ampliación de la Química.....	J.
A. Organografía y Fisiología.....	H.

Segundo año (cuarto del bachillerato).

A. Elementos de Lengua francesa.....	A.
D. Geometría y Trigonometría.....	I.
D. Agronomía é Industrias.....	G.
A. Ampliación de la Historia natural..	H.

Tercer año (quinto del bachillerato).

A. Ampliación del Francés.....	A.
D. Ampliación de la Física..	J.
A. Cosmografía y Física del globo	J.
D. Repaso para el grado.....	Auxiliar.

*
* *

Echando una ojeada comparativa al cuadro de asignaturas que precede, se observará que en el primer año de estudios generales están repartidas por igual las letras y las ciencias, pero que en el segundo son alternas las primeras y diarias las segundas, que tienen más directa aplicación á los usos de la vida y que preparan para los estudios de muchas carreras breves y modestas, así como para las escuelas de Artes y Oficios.

Los conocimientos que comprende este período deben considerarse como suficientes para los que no hayan de seguir carrera literaria ni científica.

Los que se propongan estudiar la Facultad de Letras, la de Derecho, el Notariado, etc., tienen también los estudios científicos necesarios con los del período general. Es preciso

huir de exageraciones y observar que, salva la Agricultura (que durante mucho tiempo no se ha exigido) y media clase de Geometría, las asignaturas de ciencias comprendidas en este período son las mismas y de la misma duración que ahora en el bachillerato único, y ya he hecho notar, además, que en el segundo año se da algún mayor desarrollo á las ciencias que á las letras.

Y por lo que hace á los que quieran seguir las Facultades de Ciencias, Medicina ó Farmacia, no sólo no pierden aun cuando las letras en el período general estén algo menos desarrolladas que las ciencias, porque una importante parte de las asignaturas de aquella sección (un curso diario de latín y dos alternos de francés), se hallan también incluidos en los tres años de la sección científica. Cierto es que estos alumnos no cursan ninguna asignatura expresamente de retórica; pero en cambio han de hallar suficientes modelos literarios en los trozos castellanos, latinos y franceses que tendrán que estudiar ó traducir y analizar en cuatro años de estudios gramaticales.

Para ser admitido á la segunda enseñanza bastará presentar certificado de haber aprobado la primera enseñanza superior, aboliéndose el actual examen de ingreso, que en realidad apenas sirve para nada.

Al finalizar el primer período se puede expedir un título de *Grado de Estudios generales*, exigible para emprender las carreras que no necesitan conocimientos superiores, de que antes hice mención, como son las de telégrafos, aduanas, ayudantes de obras públicas, peritos mecánicos, ídem químicos, y, en general, para matricularse en toda suerte de estudios profesionales. Podría también pedirse este grado para obtener ciertos cargos oficiales, como empleos, y asimismo convendría se hiciese indispensable su posesión para seguir cualquier carrera militar, sin perjuicio de la preparación especial que actualmente se exige para el ingreso en las academias militares. No es posible poner en duda que por semejan-

tes medios se generalizaría extraordinariamente la cultura, no sólo en las clases no pudientes, sino también en la media, y se elevaría de una manera notable en poco tiempo el nivel intelectual de nuestro pueblo.

Pero es preciso advertir que para extender así el radio de los *Estudios generales*, habría de darse la enseñanza de este primer período en condiciones muy distintas de las del segundo ó de las en que hoy se explican las asignaturas del bachillerato: libros poco, muy poco voluminosos, exentos de demostraciones abstractas, ricos en ejercicios, problemas y cuestiones prácticas, y además de reducido precio. Por último, habrían de ser muy módicos los derechos de matrícula en este período de la segunda enseñanza.

*
* *

El número de asignaturas del segundo período es idéntico en las dos secciones, aunque con media clase menos en el segundo año de Letras que en el de Ciencias, por no haber querido recargar al catedrático de Historia con una lección alterna de más, según se hizo antes observar.

En los Elementos de Lengua latina y los dos cursos de Francés, que son comunes á las dos secciones, estarán reunidos los alumnos de ambas.

En este plan, como puede observarse, he atendido con sumo cuidado el estudio de las lenguas, cuyo encadenamiento, dicho sea de paso, es evidente con la sola inspección del cuadro. Pero es necesario fijarse en una circunstancia importante en cuanto al plan de exposición. Informado todo mi sistema en el método intensivo, hay que abandonar el antiguo procedimiento de dar sucesivamente y completas las diferentes partes de la gramática; y en los cursos elementales, que no por ello deben dejar de ser completos, hay que ver un poco de todo, y ha de abordarse aun la sintaxis, haciendo aprender de

ella lo más general y urgente para estar en disposición de traducir siquiera trozos sencillos, cuidadosamente rebuscados y escogidos con acierto. Y tanto mejor si los profesores, imbuidos en los modernos procedimientos fonéticos, dan á la enseñanza oral de las lenguas la importancia que debe tener, sobre todo en el francés, como lengua viva incluída en este plan de estudios (1).

Esta lengua queda lo mismo que ahora, por lo que hace al número y sucesión de clases: dos asignaturas alternas en cursos consecutivos. Es tiempo muy suficiente para dominarla, si se tiene en cuenta que ha precedido el curso elemental de Latín y el de Gramática general y Castellana, ambos de lección diaria.

La última de estas dos asignaturas, primera de la segunda enseñanza, merece, por su gran importancia, que se le dediquen aquí algunas líneas. No se trata, al decir *Gramática general*, de exponer á los niños los principios filosóficos del lenguaje, como por el nombre podría tal vez entenderse, sino tan sólo las *generalidades de gramática* que son indispensables para estudiar cualquier idioma de un modo racional. En esta asignatura se ha de formar el alumno, con definiciones seguidas de ejemplos y variados ejercicios en castellano, claro concepto de las más ó menos bien llamadas partes de la oración (clases de palabras) y de su oficio en ella, aprendiendo á distinguir sin vacilaciones el sujeto, el complemento directo, sin confundirlo con el indirecto, los circunstanciales, etc.

Esto, hecho precisamente sobre el castellano, se conseguirá más pronto y con menos fatiga que simultaneándolo con el latín, como se hace ahora, porque sólo habrá que pensar en el

(1) Es fácil estar al corriente de estos procedimientos de enseñanza, puesto que la cuota anual que se satisface en la *Association phonétique des Professeurs de Langues vivantes* se limita á cinco francos para los socios *activos*, que reciben mensualmente tres ejemplares de la Revista, y tres francos para los *adherentes*, que sólo reciben un ejemplar.

concepto, sin el trabajo de memoria que supone el recordar al mismo tiempo las formas de la inflexión latina. Y viceversa, cuando se inicie el estudio de esta lengua, toda la atención se podrá concentrar en las voces y sus desinencias, porque, conocido su valor analógico y sintáxico, será fácil aplicar los casos y los tiempos.

Por otra parte, las generalidades de gramática, puestas en la primera asignatura de lenguas y precisamente en la castellana para que, con ejemplos castellanos y, por tanto, sin dificultades de interpretación, se comprenda bien el valor y oficio de cada palabra, tienen la importante misión de acabar con el embrollo, que resulta para los jóvenes, de las múltiples definiciones que cada autor da á su manera. Las gramáticas latinas y francesas destinadas á la segunda enseñanza deberían respetar las definiciones dadas en la castellana como generales, lo que, además de fijar más y más su concepto, ahorraría el tiempo que actualmente se pierde en hacer olvidar aquéllas y aprender otras nuevas cada vez que se hace el estudio de una lengua.

No se me oculta que esto obligaría á todos á someterse á las deficientes y muchas veces viciosas definiciones de la Academia Española, cuya gramática es de rigor en la asignatura de castellano. Pero este inconveniente, que la docta Corporación podría evitar revisando y corrigiendo un libro que tanto curso tiene en España y en América, se atenuaría desde luego haciendo cada profesor las ligeras modificaciones que fuesen *indispensables*, como, por ejemplo, separar del pretérito imperfecto de subjuntivo la forma terminada en *ría*, para hacer con ella el condicional, que exige el francés; diferenciar los adjetivos de los pronombres demostrativos, etc.

Entrando en otro orden de consideraciones, sé que algunos me dirán que no puede aprenderse bien el castellano sin el latín. Es ésta una opinión que he oído sostener muchas veces, y con la que no estoy de acuerdo; lo cual dista mucho de suponer que la lengua clásica romana no sea de precioso valor para conocer la nuestra á fondo. Pero se puede hablar con

toda perfección el castellano sin conocer el latín; y en nuestros días, de positivo decaimiento de esta lengua, estoy bien seguro de que la ignoran algunos, quizá muchos, escritores y escritoras contemporáneos muy correctos y castizos; y, por otro lado sería muy aventurado afirmar que escriben bien el castellano todos los que poseen á fondo el latín, porque se encontrarían muchas excepciones.

Enhorabuena que los alumnos del segundo período aquilaten con aquella lengua el castellano; los del primero aprenderán éste mucho mejor estudiándolo directamente y empleando en ejercicios prácticos de lectura y de composición el mucho tiempo que invierten hoy en estudiar declinaciones y conjugaciones exóticas para ellos. Y por lo que hace á la parte práctica del idioma, lejos de estar desatendida en los tres últimos años de las dos secciones, no puede dejar de cultivarse en ninguno de ellos, si los profesores de Latín, Francés, Preceptiva literaria y Clásicos, cuidan de que sus discípulos hagan frecuentes traducciones por escrito, traducciones cuyo estilo castellano sea escrupulosamente revisado y corregido.

Con la omisión de la lengua latina en el primer período, deben darse por satisfechos los partidarios del bachillerato sin latín; aquellos dos primeros años constituyen, en efecto, un pequeño bachillerato sin clasicismo. Muy conforme con los que han dado la voz de alerta contra ese empeño de hacer estudiar latín á todos los alumnos de segunda enseñanza (y casi todos se quedan sin aprenderlo), yo creo mucho más procedente que lo estudien un número limitado, pero que éstos lo estudien de verdad. En el período de Estudios generales el latín sería un estorbo, y considero necesario suprimirlo.

En cambio es indispensable en los Estudios especiales ó preparatorios, y muy principalmente en la sección de Letras. Creo que los latinistas me perdonarán la supresión de esa lengua muerta en el primer período, ya que en el segundo le doy un desarrollo bastante superior al que tiene actualmente y al que se le concedía en el plan Groizard. En lugar de las cua-

tro asignaturas alternas de este último, ó las dos diarias de hoy, siempre con la denominación de Latín y Castellano, yo pongo cuatro diarias, equivalentes á ocho alternas, que se suceden en el orden ascendente que sigue: 1.º, Elementos de Gramática general y castellana; 2.º, Elementos de Lengua latina; 3.º, Ampliación del latín, y 4.º, Clásicos latinos. En esta última asignatura se ha de hacer el análisis literario de los autores que se traduzcan.

Poco necesito decir en lo relativo á las demás materias. Los estudios geográfico-históricos, que principian en el segundo año, se continúan sin interrupción en los sucesivos de la sección literaria. Reunidas la Geografía y la Historia en la primera asignatura, cual corresponde al estudio general y somero de materias afines, se separan después, ampliándose. Resultan cuatro asignaturas alternas, esto es, una más de las que hoy se consagran á estos estudios, lo cual se puede dar por suficiente, si bien yo hubiera preferido hacer diaria la del segundo año (cuarto del bachillerato), á haber sido esto posible sin recargar de trabajo al catedrático.

Entiéndase que la Geografía, que debe ser esencialmente descriptiva y política, admite, sin embargo, muy bien en mi plan las sencillas nociones de Cosmografía, que es costumbre incluir en esta asignatura con el nombre de Geografía astronómica, por cuanto han precedido en el curso anterior las nociones de Geometría. No obstante, conviene ser parco en esto, atendida la edad de los alumnos. Y por lo que hace á la parte Física, debe limitarse á la explicación de los accidentes de la superficie terrestre de que se necesita algún conocimiento para hacerse cargo de la distribución de las aguas y las tierras, sistemas orográficos, etc., pero sin entrar para nada en lo que se relaciona con la Meteorología. De este modo no quedan desprovistos de nociones de Astronomía los que sigan la sección de Letras; que para los de Ciencias ya hay en el último año una asignatura especial de Cosmografía y física del Globo.

Algo es forzoso decir acerca de la Filosofía, que algunos quisieran ver enteramente desterrada de nuestros Institutos. No soy yo de este parecer, y creo que se deben consagrar á estas materias siquiera las tres asignaturas alternas que he fijado, con las que se viene á mirar bastante bien el Derecho usual, resultando en definitiva cuatro asignaturas alternas de estudios que pudiéramos llamar *filosófico-sociales* si no resultase demasiado pretencioso el nombre. Estas cuatro asignaturas, á cargo del mismo profesor, van seguidas en años consecutivos.

Al que me objete que semejantes materias no deben abordarse en el primer año, les contestaré que la asignatura de *Nociones de Lógica y Moral cristiana* no puede ofrecer ninguna dificultad en su primera parte, que, limitada, ó poco menos, á la Dialéctica, es un estudio tan sencillo como la Gramática, con la que tiene relaciones estrechas y puede muy bien marchar de pareja. Y en lo que respecta á la segunda parte, ¿quién, al reflexionar en el decaimiento moral que tan hondamente perturba nuestra sociedad, puede encontrar ocioso el que se procure levantar el espíritu y formar la voluntad inspirándose en la sublime moral cristiana? Esta asignatura puede, hasta cierto punto, servir de preparación á la de Derecho usual del siguiente año.

Desde un punto de vista general se observará que en todos los años de la sección de Letras se simultanean estudios de *Lenguas, Letras y Filosofía* (ésta en el quinto año se halla comprendida en el *Repaso para el grado*).

El grado de Bachiller en Letras se ha de exigir para emprender los estudios de las facultades de Letras y Derecho, como ahora, así como para las carreras del Notariado, Diplomática, etc., sin perjuicio de los cursos preparatorios existentes en la actualidad.

*
* *

Por lo que hace á la sección de Ciencias, poco hay que advertir aquí, porque es evidente el encadenamiento y lógica sucesión de sus asignaturas.

En lo referente á las Lenguas es aplicable lo dicho para la sección de Letras, puesto que, salva la omisión de la Ampliación del Latín y los Clásicos latinos, se dan aquellas en las mismas condiciones para una y otra sección, como que son asignaturas en que reciben juntos la enseñanza los alumnos de Letras y los de Ciencias.

Las dos asignaturas latas de Matemáticas vienen preparadas por las dos correspondientes del primer período; conocidos ya los principios y dominada la práctica de las operaciones fundamentales con números enteros y fraccionarios, así como los principios generales de Geometría y Dibujo, se pueden abordar con pie seguro las principales demostraciones matemáticas, sin abrumar, como hoy, á los niños que, sin preparación previa, encuentran serias dificultades para seguir los lógicos razonamientos de las ciencias exactas. No hay que echar en olvido que al estudio de estas dos asignaturas, suficientemente latas para la segunda enseñanza, han precedido las nociones de Lógica, que, sin Psicología, como queda ya dicho, han podido ser muy bien aprendidas en el primer año.

La Física y la Química separadas pueden recibir una sólida ampliación después de la asignatura de elementos y nociones de estas dos ciencias unidas, en el segundo año, análogamente á lo que se hace con la Geografía é Historia. Se da ya en el tercero la Ampliación de la Química, á la que bastan y sobran, para comprender los caracteres físicos de los cuerpos, los conocimientos de Física adquiridos el curso anterior, y para resolver problemas los Elementos y práctica de Aritmética del primero. La Ampliación de la Física se relega al último año para que hayan precedido no sólo todos los de Mate-

máticas, sino también la Química ampliada y todas las asignaturas de Ciencias naturales, con lo que se podrá obtener un brillante resultado en esta importante materia, que de otro modo se domina difícilmente.

La Organografía y Fisiología, de que ya se tiene alguna noticia por los elementos de Historia natural del curso anterior, preparan para el siguiente la ampliación de esta ciencia, que ya tiene muy suficiente base física desde el segundo año, y va precedida de toda la enseñanza de Química (inorgánica y orgánica), de que tanto ha menester aquélla.

Lo mismo hay que decir de la Agronomía é Industrias, que presupone, en primer término, más que medianos conocimientos químicos, y tiene los suficientes de Física é Historia natural con las asignaturas del segundo año. Los catedráticos de ciencias naturales no tienen, pues, que perder tiempo, como hasta ahora venía sucediendo, en dar nomenclatura química y anticipar otros conocimientos que corresponden á las ciencias físico-químicas.

La Cosmografía se puede dar ampliamente, porque se halla en su verdadero lugar, que es el último año.

Si se echa ahora una mirada de conjunto á los estudios que comprende la sección de Ciencias, es fácil notar que en todos sus años se simultanean asignaturas de *Lenguas*, *Matemáticas* y *Ciencias físico-naturales* (las Matemáticas van incluídas, para el quinto año, en el *Repaso para el grado*).

El grado de Bachiller en Ciencias puede servir de preparación exigible, no sólo, como ahora, á los que hayan de seguir después las facultades de Ciencias, Medicina y Farmacia, sino también á los que piensen emprender las diferentes carreras de Ingenieros y Arquitectura, puesto que supone estudios más completos y conocimientos más sólidos que los que adquieren

nuestros actuales bachilleres. Esto, por supuesto, no quiere decir que dicho grado pueda reemplazar los cursos preparatorios actualmente existentes en las facultades, ni menos el examen de ingreso en las escuelas especiales; semejantes estudios previos representan una *preparación especial*, que no debe confundirse con la *general*, que da el grado de Bachiller en Ciencias.

*
* *

En contraposición á lo dicho arriba con referencia á los estudios del primer período del bachillerato, los del segundo han de revestir un carácter literario ó científico más riguroso, sin rehuir las demostraciones abstractas ni las cuestiones que no se traducen directamente en aplicaciones prácticas. Sin embargo, nunca se recomendará bastante la cautela que se debe tener aun aquí para no excederse en la extensión de los programas, y el exquisito cuidado con que se han de elegir las materias, para no hacer perder á la segunda enseñanza el carácter de elemental, de muy elemental me atreveré á decir, que debe imperiosamente ofrecer, aun en sus asignaturas de ampliación.

Los derechos de matrícula en este período pueden recargarse tanto como se hayan rebajado los del primero. Pero habría que establecer un sistema bien entendido para conceder matrículas gratuitas á los alumnos pobres que hubiesen demostrado en los estudios generales capacidad y aplicación.

Por lo que hace á las cátedras desempeñadas en calidad de acumulación, las he distribuído entre los profesores de la manera que me ha parecido más lógica y oportuna; pero esta distribución no debe ser imperativa por el momento, y provisionalmente sería menester atenerse á las aptitudes y aficiones particulares de cada uno de los actuales catedráticos.

TOMÁS ESCRICHE.

CRÓNICA LITERARIA

Dos novelas: LA TIERRA DE CAMPOS, por D. Ricardo Macías Picavea
—CARTUCHERITA, por D. Arturo Reyes.

En la crónica anterior hablé de un nuevo novelista: el señor Unamuno, autor de *Paz en la Guerra*. De otras dos obras de escritores nuevos en este género—*La Tierra de Campos*, de D. Ricardo Macías Picavea, y *Cartucherita*, de D. Arturo Reyes—he de decir ahora algunas palabras. Decididamente se dan novelistas en esta temporada literaria, tan mala para los dramaturgos.

El Sr. Macías Picavea hace sus primeras armas en la novela con *La Tierra de Campos*. No es, sin embargo, un desconocido. Traductor de Quinet, autor de varios trabajos estimables, catedrático, hace años, de un Instituto de provincia, el Sr. Macías no lleva por primera vez su nombre á las prensas españolas. En su novela se advierte esa sólida preparación que da para cualquier clase de trabajos literarios la cultura, la educación del gusto, el comercio frecuente con los grandes maestros de las letras.

Cuenta el autor de *La Tierra de Campos*, en la introducción de este libro, que habiendo venido á sus manos ciertas

notas y observaciones de un su amigo, difunto, sobre la tierra y los hombres de Castilla, ocurriósele á aquel hacer con estos materiales una novela castellana, á lo cual le animaron calorosamente otras personas que de aquellos apuntes tenían conocimiento. Este relato es, por las trazas, una ficción literaria de que el autor se vale para explicar, como luego lo hace, que en su obra lo principal es la observación de la realidad, y lo secundario la ficción novelesca.

Y así es, en efecto. El Sr. Macías Picavea pinta admirablemente el paisaje castellano, traza con vigor y colorido la figura del campesino de Castilla, con su «pátina terrea», como dice el novelista, pero en su obra la acción es muy inferior á las descripciones de lugares y tipos.

Casi todos los personajes de la novela están bien concebidos, así como la mayoría de las escenas. En la combinación de estos elementos, ó sea en la composición general de la fábula, es donde se echa de ver la natural inexperiencia del autor como novelista. Pero si el conjunto de su obra presenta defectos; si en él no están fundidos los materiales novelescos de manera que, encubriendo la ficción que los une, se presenten como partes vivas de una acción real y verdadera, no por esto deja de interesar el libro, y, sin duda alguna, contiene páginas hermosas y acabadas. Apelando á un símil arquitectónico, es un edificio algo defectuoso, construído con bellos y sólidos materiales.

Bellos y sólidos, porque á más del instinto estético que adivina la belleza y espontáneamente la reconoce, posee el Sr. Macías esa educación del espíritu, esa *discreción literaria* que evita lo grotesco y lo amanerado, que huye lo mismo de la afectación culterana que de la vulgaridad, y sabe dar á cada personaje y á cada escena el colorido oportuno. Gran cualidad, aunque modesta, pues en los momentos mismos en que el ingenio del autor no logra elevarse con las alas de la inspiración á las altas cimas del arte, le mantiene á un nivel decoroso, en un justo medio digno de estima y aun de alabanza.

Que el Sr. Macías Picavea siente la poesía natural de la llanura castellana, lo demuestran dos admirables pasajes de su libro: la pintura que hace de un crepúsculo vespertino en los áridos campos que rodean á Valdecastro (lugar principal de la acción) y el cuadro que traza del despertar de la Naturaleza en una mañana de invierno. Ambos son verdaderos trozos de poesía descriptiva en prosa, páginas que pueden sostener la comparación con las de Pereda, el gran paisajista de la montaña.

Entre los personajes de la novela, algunos son algo borrosos. Otros recuerdan, en perjuicio suyo, pues no los superan ni aun igualan, á los de *Doña Perfecta* de Galdós. Tales son, por ejemplo, Doña Presentación y Mariquita, que es la Rosario de esta historia, cuya acción tiene alguna semejanza en la lucha de pasiones con la de aquella novela, si bien no termina con un desenlace trágico como el que tan admirablemente presentó Galdós en su libro, primero, y después en el teatro. Pero en la parte genérica de los tipos castellanos, en el carácter de raza y de región (superior por lo que toca á la ejecución artística á la parte individual), la pintura es tan expresiva como la de los paisajes de la tierra de Campos. Aquellas figuras de labriegos y de hidalgos campesinos, en que aún alienta poderosa la herencia histórica, á pesar de los cambios acumulados por la sucesión de los tiempos, tienen cierta dignidad nativa que las hace grandemente simpáticas.

El personaje que más me agrada en esta novela es D. Ildefonso Bermejo. Es la figura más *castellana*, más austera y de mayor relieve de las que intervienen en la acción de *La Tierra de Campos*. El Sr. Macías da muestras de sagacidad psicológica al expresar el carácter de las convicciones políticas de Bermejo. Era la suya — dice — no una política, sino una mística. Así han sido los tipos más puros de nuestra política, no cultivada sólo por utilitarios, como piensa el vulgo, sino también por idealistas. Caracteres íntegros, espíritus sinceros, corazones entusiastas, pero hombres funestos muchas veces, fanáti-

E. M.—*Mayo* 1897.

cos de una idea, tercos é intransigentes, que á fuerza de divagar por la región de sus principios, se olvidaron de que la historia de los pueblos se hace á retazos y tropezones, con arreglos y componendas, sobreponiéndose á cada momento el *vivir* al *filosofar*.

Tipos son éstos que van desapareciendo, y que, perdidos entre los representantes de las generaciones nuevas, semejan los últimos ejemplares de una especie que ya no se reproduce y está, por tanto, condenada á extinción próxima é inmediata. Así ocurre en *La Tierra de Campos*, dentro de la esfera limitada en que la acción de este libro se desenvuelve. D. Ildefonso Bermejo ve acabar en él la intransigencia de su raza. Esto es lo que da una melancólica poesía á la última escena del libro, en que el citado personaje de la novela se deja llevar, campo atraviesa, por su caballo, dejando atrás la lucha política, en que es derrotado su bando, como si quisiera buscar en la soledad y tristeza de la llanura el ambiente acomodado á la soledad y tristeza de su espíritu.

La crítica ha hecho algunas objeciones á esta parte del libro, por entender que no se explica bien el estado de ánimo de Bermejo. A mi juicio, el novelista deja entender lo bastante, y lo que queda en una discreta penumbra no es necesario precisarlo. El viejo Montesco comprende que ha terminado su papel, al ver á su hijo pasado al bando de los Capuletos por la boda con la heredera de los Garzones, la familia enemiga. En su alma de fanático debe aparecer aquella boda como una defección, como un abandono, aunque el amor paternal se niegue á confesarlo. Y á este dolor se une el del alejamiento de la compañera de sus años de vejez—querida ó amiga, poco importa que el novelista no lo determine—viniendo á aumentar la soledad interior en que está sumido.

Tiene esta escena cierto tinte shakespeariano, en la medida que es posible lo haya dentro de la prosáica existencia de un cacique de Castilla. En algún momento recuerda Bermejo, aunque remotamente, al rey Lear; por supuesto, á un rey

Lear burgués, que calza zueco en vez del coturno trágico. Así son las tragedias de la vida real, rara vez limpias de toda prosa, casi siempre mezcladas con elementos pedestres y vulgares, y en cuyos actores lo trágico aparece como accidental y episódico.

Tratándose de una novela *castellana*, parece más indispensable que en otra alguna lo castizo del lenguaje. Castizo es, en efecto, el de *La Tierra de Campos*, y tiene, en la introducción sobre todo, y en las descripciones, corte cervantino. Acaso da el autor demasiada familiaridad á la frase en algunos pasajes, creyendo evitar así la afectación. No olvide, sin embargo, que los extremos se tocan, y que la exagerada llaneza puede resultar también artificiosa y afectada.

En resumen, *La Tierra de Campos* es una novela que merece leerse. Hay en ella algunas páginas magistrales; otras, nada más que medianas; pero, á pesar de los defectos de la obra, muestra el Sr. Macías condiciones de verdadero novelista.

*
* *

El Sr. Reyes, autor de *Cartucherita*, no es como el señor Macías, un novelista *primerizo*, digámoslo así. Mas para el público de Madrid como si lo fuera, pues sus anteriores obras han llamado poco la atención, exceptuando, si acaso, la colección de poesías titulada *Desde el surco*.

Cartucherita, puede decirse que ha sacado á este escritor de la obscuridad. Pocas veces han sido tan generales y calurosos los elogios de la crítica periodística á una obra, cuyo autor era el día antes desconocido, ó poco menos.

A este buen éxito (que puede calificarse de extraordinario) de la novelita del Sr. Reyes, parece verosímil que haya contribuido, entre otras causas, la especial manera de ser de la prensa, á la cual no se sustraen en absoluto los literatos que

colaboran en los periódicos, aunque no sean periodistas profesionales. El tratarse de una novela andaluza y de torería, también puede haber ayudado algo, como luego explicaré.

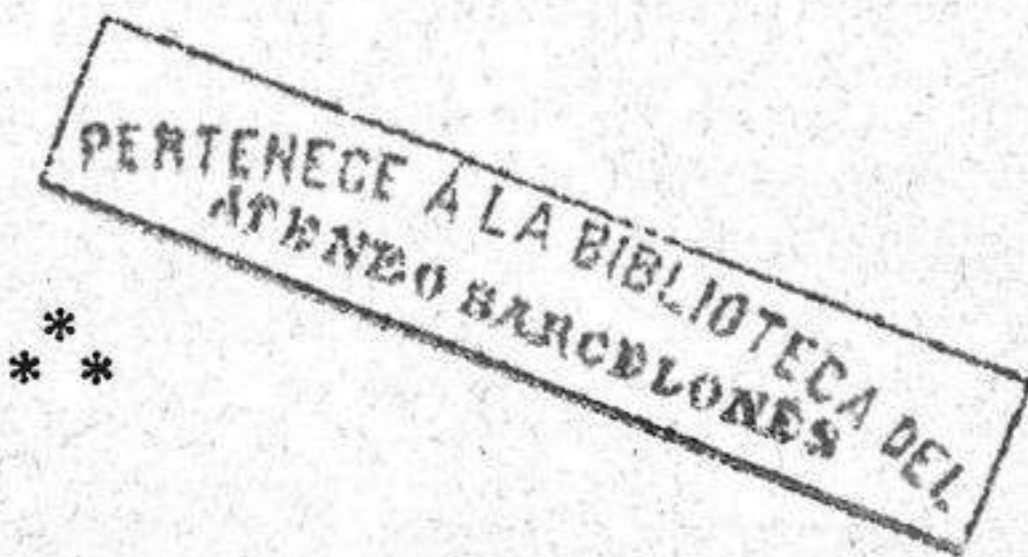
La prensa tiene la pasión del descubrimiento. *Inventar* algo, en el sentido primitivo y etimológico de la palabra, y aun en el otro más usual y corriente, es uno de los fines naturales de la actividad periodística. Obligados á informar al público, los periódicos tienen que inquirir, y aspiran á descubrir las cosas más varias. Ya es la materia de la invención (ó hallazgo) el pensamiento secreto que tiene sobre algún asunto de Estado el Presidente del Consejo de ministros; ya las opiniones de una tiple ligera sobre el desnudo en el teatro. Alguna vez, para variar un poco, y á manera de paréntesis, entre el descubrimiento de un plan de guerra y el de una irregularidad administrativa, descubren los periódicos un portentoso niño de nueve años que ha escrito un drama en tres actos y epílogo, con ortografía y todo, ó un pastor de cabras, que *se trae* á la corte un tratado de metafísica, original y en verso libre. Cuando no se tiene á mano uno de estos fenómenos intelectuales, se descubre, á falta de cosa mayor, algún poeta nuevo, alguna Malibran en ciernes ó algún Fortuny en estado de canuto.

Al afán de novedad de los periódicos, á su tendencia á ver las cosas desde el punto de vista del *suceso*, de la información en letra de molde, únese cierta rutina, cierta limitación de horizontes y cierta solidaridad profesional, que hace que, lo que principalmente interesa á cada uno de estos órganos de publicidad, sea lo que discuten y dicen sus congéneres.

En gran parte, los periódicos, aunque parezca que se escriben para el público, se escriben para los periodistas. Son una conversación, y á veces una disputa, entre los diferentes papeles públicos, los cuales, por ese espíritu de solidaridad que les une, se imitan unos á otros, cuando no en los juicios ó en la forma de expresarlos, en la elección de asuntos.

Casi todos los periódicos tratan de idénticas materias, aunque cada uno discurra sobre ellas según su particular criterio.

Se crean su mundo especial, el mundo de la prensa, en el cual están enclavados sus tópicos, y basta que uno de aquellos enuncie un nuevo tema ó saque á luz una nueva noticia, por frívola é insignificante que sea, para que le sigan otros varios, si no todos, que es lo más frecuente. Cualquier desatino lanzado por algún periódico, tiene grandes probabilidades de circular por toda la prensa, ó de ser discutido y tomado en consideración por ella. En París hubo un burlón que hizo célebre su pseudónimo de Lemice Terrieux, enviando á los periódicos todo género de invenciones, que casi siempre insertaban aquellos con la mayor formalidad. Bastaba que cayese uno en el lazo, para que los demás le siguieran dócilmente, como carneros. Aquí no hemos tenido, hasta ahora, un Lemice Terrieux, pero los periódicos se copian unos á otros, tanto ó más que los de Francia.



Estos hábitos y propensiones de la prensa han contribuído, á mi juicio, á que se dé tanta importancia á la novelita del señor Reyes. Apenas si han hablado los periódicos de *Los Majos de Cádiz*, novela andaluza del Sr. Palacio Valdés, bastante mejor que *Cartucherita* (lo cual, en verdad, no tiene nada de extraño, por ser *Los Majos* obra de un novelista ya formado y de los mejores de España). Verdad es que el Sr. Palacio Valdés está ya *descubierto* y no constituía una novedad que brindar al público.

El Sr. Reyes ha tenido la fortuna de que algún literato distinguido se fijase en su obra y la juzgara con benevolencia. Y, poco á poco, *Cartucherita* por arriba, *Cartucherita* por abajo, casi se ha dado á la publicación de esta obra proporciones de acontecimiento literario, hasta que *ha venido la reacción*,

representada por dos excelentes artículos del bachiller Francisco de Estepa, cuyo nombre viene que ni pintado al caso, puesto que le ha correspondido el papel de Tío Paco, encargado de rebajar un poco lo que se había aumentado tan sin medida.

No es que *Cartucherita* carezca de mérito. Es, á la verdad, una obrita muy aceptable, una nota de color, un cuadrito de género andaluz, de colores vivos y alegres, que se ve con agrado; pero no pasa de ahí. No es una obra literaria de verdadera importancia como *Paz en la Guerra*, por ejemplo. Los personajes de la novelita del Sr. Reyes *no tienen nada dentro*, son completamente vulgares, no hay en ellos más que color local.

El asunto de esta novela habrá contribuído también á su buen éxito. Las costumbres andaluzas interesan más que las de otras provincias al público madrileño. El flamenquismo ha hecho que lo andaluz pase de provincial ó regional á nacional. En este sentido, Andalucía es la región que da el tono en España. Las demás provincias las conocen sus naturales: Andalucía es popular en todas partes, al menos en lo que tiene de pintoresca, de alegre, de comunicativa. Es la tierra de los toreros, de las mujeres más graciosas, de los cantares más sentidos, del mejor vino; de todo lo que en primer término se aprecia y admira en España. Para los extranjeros, español es sinónimo de andaluz. Exageran, sin duda, pero no andan del todo descaminados, si se tiene en cuenta el predominio de los gustos y costumbres de aquella comarca.

*
* *

En *Cartucherita* sucede lo contrario que en *La Tierra de Campos*. El efecto del conjunto es superior al efecto de las partes, consideradas aisladamente. La acción está desarrollada

con soltura y facilidad. Pero las pasiones y la manera de sentir las los personajes son vulgares, y la psicología de estos es verdaderamente elemental. Lo mejor que tienen, y lo mejor también de la novela, es el lenguaje popular que el Sr. Reyes, les hace hablar con mucha naturalidad y colorido. El bachiller Francisco de Estepa ha puesto también algunos reparos á este aspecto de la obra; pero aunque es muy probable que estén justificados, creo que la reproducción del habla andaluza tiene en *Cartucherita* la suficiente exactitud para producir el efecto que busca el novelista.

Lo peor es cuando habla éste y callan los personajes. Entonces el estilo es ampuloso é hinchado como él solo; verdadero estilo de novelista por entregas.

Véanse algunas frases como muestra:

«La rectitud de su alma (la del torero *Cartucherita*) recobraba sus sacratísimos derechos.» Lo que quiere decir, en plata, el novelista, es que á dicho sujeto se le hacía muy duro corresponder á los beneficios de su protector, convirtiéndole en marido burlado, ó lo que pensaría el diestro, elevándole á la categoría de un Miura ó un Veragua.

Estos escrúpulos son al cabo ineficaces, y entonces, según el autor de la novela, «el placer se estremeció ante su propia grandeza y el delito ante su irresistible pujanza». Mucha hiperbole es ésta para un lío entre un torero y una flamenca. Si se tratara de alguna aventura entre una dama romántica y un poeta melenudo, la frase, cursi y todo, podría pasar.

A la impropiedad y *desproporción* de las frases se une en muchos casos la de los vocablos. Hablar, v. gr., de brusquedades *exóticas* de un torero (que no tiene nada de *exótico*), es tratar con demasiada libertad al idioma.

Por último, el desenlace de la novela, que sería lógico..... hasta cierto punto, si no hubiese lugar á que «el delito se estremeciese», como dice el autor de la novela, esto es, si Clotilde y *Cartucherita* no se la pegasen al pobre D. Lorenzo, no se explica bien después del triunfo amoroso del torero. Ver-

dad es que el lector se queda sin saber á punto fijo si la catástrofe es un accidente ó un suicidio.

Lo único positivo es que es una *salida* para el novelista, una solución ó un recurso que se le presenta para terminar su historia.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL EMPLEO DE LA VIDA.

III

DEL DINERO

«Lo que gastes, más bien que lo que ganes, te hará rico ó pobre», decía un viejo cuáquero de agudo ingenio.

Sin pretender llegar á ser rico, es legítimo y necesario tener economía y hacer provisión para el porvenir inseguro. Hay un triste refrán que dice: «Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor huye por la ventana.» Pero es doloroso ver á su mujer y á sus hijos carecer de alimentos, de ropas ó de los cuidados de un médico, no poder hacerles gozar de un descanso ó de un cambio de aires necesario, y tener que decirse que esos sufrimientos hubieran podido evitárseles con un poco de aplicación seria ó por el sacrificio de un placer, aun inocente. Economizar para amontonar dinero es cosa miserable; pero economizar para poder conservar su independencia es justo y viril.

Tened un libro de gastos y llevadlo bien. No digo que sea necesario inscribir hasta las menores sumas, pero sabed siempre en qué habéis gastado el dinero y lo que ha costado cada cosa. El hombre que sabe siempre lo que tiene en el bolsillo y el precio de lo que compra, no hará nunca gastos superfluos. Los que despilfarran sus recursos lo hacen siempre á ojos cerrados. Nadie sería bastante loco para mirar de frente la ruina.

Sobre todo, nunca gastéis más de lo que tengais como medios de existencia. Apartad todos los años una pequeña suma, por ínfima que sea. Y, sobre todo, no contraigais deudas. Micamber dice en el *David Copperfield*, de Dickens: «¿Tenéis quinientas pesetas de renta? Gastad cuatrocientas noventa y nueve pesetas. ¿Cuál es el resultado? ¡La felicidad! ¿Tenéis quinientas pesetas de renta? Gastad quinientas una pesetas. ¿Cuál es el resultado? ¡La miseria!» Y, sin embargo, no hay más que dos pesetas de diferencia. No por estar puesta en boca de un personaje cómico es menos cierta la observación.

No es exagerar el decir que las deudas constituyen una verdadera esclavitud. «Quien va pidiendo á préstamo va sufriendo.» Horacio Greeley, cuya experiencia era muy grande, tenía razón al decir: «El hambre, el frío, los harapos, el trabajo enervante, el menosprecio, las sospechas, las censuras inmerecidas, son cosas que affigen; pero el tener deudas es peor que todo esto. No contraigais deudas nunca. Si sólo tenéis cincuenta sueldos, comprad un celemin de maíz, tostadlo y coméoslo. Pero no debais un dollar á nadie.»

«El mundo, decía Cobden, se divide en dos clases: los que economizan y los que gastan su dinero. Todas las casas, todos los molinos, los puentes, los buques, todas las grandes obras que han constituído la civilización y la dicha de la humanidad, son creaciones de los que han economizado; y los que derrocharon su substancia han sido sus esclavos. La Naturaleza y la Providencia han querido que así fuese en todos los tiempos. Sería yo el último de los charlatanes si prometiese á cualquiera clase de hombres el triunfo por la imprevisión, el abandono y la pereza.»

«El templo de Artemis en Efeso, decía Plutarco, es un asilo y un santuario para todos los deudores perseguidos por sus acreedores; pero el asilo y el santuario de la economía está en todas partes abierto para las almas frugales, quienes en ellos encuentran el honor y la alegría, así como la libertad de saborear allí muchos beneficios». Por consiguiente, no to-

méis á préstamo y no prestéis, excepto en los negocios. No conseguiréis jamás vuestro dinero ni la gratitud que se os debe, porque vuestro deudor os verá siempre con disgusto. Por tanto, dad con generosidad en la medida de vuestros recursos; pero no esperéis que os devuelvan el dinero.

No os desaniméis si tarda en venir el dinero, pues aun á la noche más larga la sigue el día. Pero si por acaso os sonríe la fortuna, no seais pródigos: decíos que la buena suerte no perdura. Más de un hombre se arruinó dejándose embriagar por un comienzo de buen éxito.

No os apresuréis demasiado á enriqueceros, y no os dejéis devorar por el ansia del dinero. Si á pocas personas les es dado conquistar grandes fortunas, todos pueden ganarse la vida con un poco de aplicación y de economía. Háblasenos con frecuencia de riquezas mal adquiridas. Pero, á decir verdad, la pobreza es también á menudo el resultado de la falta de honradez. Los verdaderos pobres no son quienes nada tienen, sino quienes tienen más necesidades.

Sir James Paget (1), en una de sus interesantes conferencias, nos da algunos datos estadísticos acerca de sus discípulos. De 1.000 alumnos cuya carrera pudo seguir, 200 abandonaron la profesión médica, heredaron ó fallecieron pronto. De los 800 restantes, 600 lograron un éxito honroso, y algunos un triunfo grandísimo. En junto, 56 fracasaron por completo: 15 no pudieron ser aprobados nunca en los exámenes, 10 se perdieron por su intemperancia ó sus desórdenes; y entre el total de sus discípulos, sólo 25 fracasaron por causas independientes de su voluntad. Estad seguros de que si en cualquiera profesión ofrecéis prestar servicios, se sabrá emplearos en ella.

En realidad, pocas personas tienen motivos para preocuparse por las cosas verdaderamente necesarias para la existencia. La Naturaleza exige muy poco y nos da mucho. Siem-

(1) Célebre médico inglés.

pre es caro lo superfluo. Tenía razón Franklin al decir: «Lo que cuesta un solo vicio bastaría para criar dos hijos.»

Acordaos de la máxima del duque de Wellington: «Crecidos intereses, mala garantía.»

No metais todos vuestros bienes en el mismo saco.

Por bien informados que estéis y aun cuando creais poseer á fondo vuestros negocios, puede aconteceros ver fallidos todos vuestros cálculos.

Los negociantes y los banqueros más listos se equivocan á menudo. Un hombre sensato sólo puede esperar tener acierto en la mayoría de los casos.

Nos han enseñado que dos y dos son cuatro; también son veintidós.

Ejercitaos en la paciencia y sabed aburriros en caso necesario.

Decía Bagehot (1) que muchos hombres de negocios se pierden por efecto de su incapacidad para estarse tranquilos en su gabinete de trabajo.

Todo hombre lo es necesariamente de negocios, que quieras que no. Todos tenemos nuestros deberes, una casa que dirigir, gastos que regimentar, y los pequeños negocios son á veces tan confusos como los grandes.

El buen éxito en los negocios depende más bien (y por ello debemos felicitarnos) del buen sentido, de la aplicación y de la regularidad, que del genio. «Dad abasto á vuestra tienda, dice un refrán antiguo, y vuestra tienda os abastará.» Dice Jenofonte que habiendo encontrado el rey de Persia un hermoso caballo y queriendo saber el medio de engordarlo en poco tiempo, preguntó á los más hábiles palafreneros qué era preciso para conseguirlo, y le respondieron: «El ojo del amo engorda al caballo.»

Importa mucho adquirir buenas costumbres prácticas en los negocios.

(1) Economista inglés.

Uno de mis más eminentes amigos me afirmaba no ha mucho, que, repasando en su memoria todos los casos en que había visto fracasar á hombres de gran valía y de carácter superior, nunca pudo atribuir su fracaso sino á este hecho: que por lo general obraron con lentitud é irregularidad, fueron incapaces de asociar con buen corazón sus esfuerzos á los esfuerzos ajenos, fueron testarudos y, en resumen, les faltó sentido práctico.

En todo negocio, pequeño ó grande, se necesita orden y método. Cada cosa en su lugar: esta es la verdadera máxima. Ordenad todo con esmero: eso os evitará mucha pérdida de tiempo. «Paréceme formarme cabal idea del desorden, dice Jenofonte, cuando imagino un labrador sembrando un revoltijo de trigo, cebada y legumbres y obligado después (si quiere una torta, un pan ó un plato) á hacer una selección que debiera encontrarse ya hecha para cuando lo necesitara.» Cita luego como ejemplo el caso de una nave: «Porque si los dioses envían una tempestad en el mar, no es ese el momento de buscar lo que hace falta ni proveer á un mal equipo. Los dioses amenazan entonces y castigan á los cobardes; si son bastante buenos para no perder á hombres que no son esencialmente culpables, preciso es agradecerse; y si protegen y salvan á quienes nada descuidaron, hay que tener la más profunda gratitud á los dioses.»

Desde Aristóteles hasta Carlyle, los filósofos, por lo menos gran número de ellos, han escarnecido á quienes se ocupan en el comercio y los negocios, ó más bien han vituperado el comercio y los negocios mismos, como ocupaciones mezquinas y hasta envilecedoras. Platón negaba á los mercaderes todos los derechos civiles en su República. Una ocupación tan envilecedora dejábase á los extranjeros, si consentían en hacerse cargo de ella. Pero, puesto que el comercio será siempre por necesidad el quehacer de muchos hombres, sería muy de sentir que por sí mismo ejerciese una influencia nefasta sobre el carácter y fuese inconciliable con la cultura elevada.

Cierto es que hombres absortos en los negocios tienen poco tiempo que otorgar á otras tareas. Pero, limitándome á tomar mis ejemplos de la ciencia y de la literatura, básteme nombrar á Nasmyth, astrónomo é industrial; Grote, banquero é historiador; sir J. Evasus, fabricante de papel, presidente de la Sociedad de Anticuarios y tesorero de la Sociedad Real; Prestwich, negociante, después profesor de Geología en Oxford; Rogers, banquero y poeta; Praed, banquero y poeta. ¿Se me permite añadir á la lista el nombre de mi padre, banquero y matemático, tesorero y vicepresidente de la Sociedad Real durante muchos años?

Carlyle protesta con fuerza contra la doctrina que exige comprar en el precio más ventajoso y vender en el más caro.

Sin más explicaciones, pide que se fije un precio mínimo de compra y venta, por ejemplo, para el algodón, y sin duda para las demás mercaderías.

He aquí el lenguaje que según él deberíamos emplear: «No queremos fabricar algodón más barato que las otras naciones, con el propósito de vender más que ellas; cesaremos de vender menos caro; nos entenderemos para vender al mismo precio.» Ideas impracticables y quiméricas. Si vendemos menos algodón, compraremos menos alimento. Por otra parte, el mismo Carlyle reconoce que cuanto menos elevado es el precio de un artículo, más se vende; de suerte que si se aplicara su regla habría personas que necesitando vestidos no tendrían con qué comprarlos á un precio mayor. Pudiéramos muy bien contentarnos con un precio menor y, sin embargo, nos prohíbe aceptarlo; lo cual, dentro de ciertos límites, privaría á unos de vestidos y á otros de alimento. La esencia misma del comercio consiste en trocar lo que puede fabricarse á bajo precio, por lo que no se puede fabricar en buenas condiciones. Por tanto, comprar lo más barato posible y vender lo más caro posible, no sólo es la regla inevitable del comercio, sino también la más provechosa para todos. Porque se compra á quienes tienen más necesidad de vender y se vende á quienes tie-

nen más necesidad de comprar. Cualquiera otra manera de conducirse haría recordar el modismo «Llevar agua al río.»

Algunos de los hombres más ilustres, más felices y mejores, han vivido en la pobreza. Wordworht vivió años, con su hermana, de una renta de 37 pesetas semanales; y aquel período fué uno de los más felices de su existencia.

Si no tenéis la suerte de ser ricos, no por eso dejarán quizá el recuerdo y el cariño de hacer un mundo que os baste de algún humilde retiro, de alguna casita, de algún rostro querido.

No hay error más divulgado que la exagerada creencia en el poder del dinero.

¿Se trata del alimento?

Si el rico quiere estar bueno y sano debe vivir como un pobre» (1). Una comida sencilla y bien preparada vale por el festín más suntuoso. El alimento más sano y más sabroso, cuesta poca cosa cuando es de la estación, y fuera de sazón á nada sabe. Un huevo fresco es un verdadero festín.

¿Se trata de los libros?

Es preciso ser muy pobre para no poder adquirir todo lo que se apetezca leer. Los mejores libros (la Biblia, Shakespeare, Milton, etc.), no cuestan hoy sino un precio irrisorio.

Y el dinero ¿puede proporcionarnos la salud, el genio, amigos, la belleza ó la paz del hogar doméstico?

«El duque de Tsé—dice Confucio—era inmensamente rico y nadie le quería. Pei-hé murió de hambre y todavía le llora hoy el pueblo.»

Los hombres de fortunas cuantiosísimas—dice Bacon—no se conocen ellos mismos; en medio de sus negocios embrollados, no tienen tiempo para ocuparse de su salud corporal ni espiritual.»

Todas las cadenas son pesadas, hasta las de oro.

No cabe duda de que el dinero es una gran causa de in-

(1) Sir R. Temple.

quietudes: igual que la pobreza, trae consigo cuidados; y harto á menudo los ricos son más bien esclavos que dueños de su fortuna.

Más de un rico ha debido su ruína moral á su oro. Los ricos conocen á veces más cuidados en sus palacios que el pobre en su cabaña: sólo los varones prudentes saben encontrar su felicidad en la riqueza. Y el que se apresura demasiado á enriquecerse será pobre siempre. «Probablemente hay más dicha en vivir en una casa modesta y poder asombrarse por el esplendor de un palacio, que en habitar en un palacio y no maravillarse de nada»—dice Ruskin.

Para gozar de las riquezas hace falta no pensar demasiado en ellas. «Tened lo suficiente—dice Sadi—y eso os llevará; tened sobra de riquezas y tendréis que llevarlas.»

«No hay mayor miseria—dice Bacon—que tener poco que desear y mucho que temer.»

«Si eres demasiado rico, serás pobre; pues como un asno agobiado bajo la carga del oro que lleva, no harás más que transportar tus pesadas riquezas hasta la muerte; la cual acudirá á descargarte de todo (1).»

La riqueza conduce á la avaricia. En la escuela nos decían: *Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.*

«El pobre—dice Séneca—carece de muchas cosas: el avaro, de todo.»

Hase dicho con mucha gracia que los buenos samaritanos serían más numerosos, si no fuese preciso gastar el aceite y los denarios de la parábola.

«La busqueda febril y continua de la riqueza—dice Bacon—roba demasiado tiempo á quienes tienen que ocuparse de cosas más nobles; porque las riquezas no valen sino por lo que añaden á la vida, y nada vale la vida si está absorta en la persecución de las riquezas.» Se ha dicho que la pobreza es la des-

(1) Shakespeare.

posada del poeta; y que «quien posee un carro alado puede pasarse sin mulos y sin serones» (1).

Las frases de que nos valemos para hablar del dinero son muy significativas. A cada instante se dice que un hombre ha hecho fortuna, que está forrado de oro, que se revuelca en oro, pero nunca que goza de su oro; y, en efecto, los que ganan dinero jamás lo aprovechan ellos mismos. «Amontona bienes y no sabe quién los recogerá». En el *Banquete* de Jenofonte sostiene Charmidas que la pobreza es mejor que la riqueza, porque: «¿No es una verdad reconocida la de que vale más vivir en la seguridad que en el temor, ser libre que esclavo, recibir homenajes que tributarlos, merecer la confianza de su patria que ser objeto de sus sospechas? Pues bien, en esta ciudad cuando era yo rico antes, temía que un ladrón fracturase mi casa, me robase mi dinero y me hiciese á mí mismo una mala pasada..... Ahora duermo tranquilo, tumbado á la larga. Como hombre libre, tengo el derecho de viajar ó de permanecer aquí. Cuando era rico me injuriaban á causa de mis relaciones con Sócrates. Ahora que soy pobre, á nadie le dan cuidado. Cuando poseía grandes bienes era desdichado, porque veía al Estado quitármelos; ahora nada pierdo, puesto que no poseo nada, y siempre tengo la esperanza de ganar algo.»

Mucho hay de cierto en lo que decía Charmidas, pero no es toda la verdad. Por otra parte, al decir esto Charmidas salía de una comilona alegrada por los acordes de la música.

El dinero bien empleado puede hacer mucho bien. El oro es el poderío. Decía un ingenioso francés: es el rey de los reyes. El dinero nos da los medios de adquirir lo que deseamos tener. Si la campiña, una casa agradable, los libros y la música son bienes, el dinero puede hacérmelos comprar. Si el ocio es un beneficio, el dinero nos permite proporcionárnoslo; si ver mundo es cosa que encanta, el dinero puede darnos los

(1) Emerson.

E. M.—*Mayo* 1897.

medios de viajar; si poder ayudar á nuestros amigos y socorrer las necesidades ajenas es un privilegio, el dinero nos proporciona ese gran goce. «Por consiguiente—decía Swift—tenedlo; pero dadle vuestro pensamiento y no vuestro corazón.»

El avaro es un hombre que apetece el dinero por el dinero mismo, y que lleva la economía al exceso, hasta el punto de convertirse en una simple máquina de amontonar oro. Una de las lecciones que la vida debe enseñarnos, consiste en defendernos contra todo cuidado ruín y mezquino, y el amor al dinero es uno de los más bajos.

Lo grande está en valerse con sensatez de sus riquezas. «Hay quien desparrama sus bienes, y los aumentará aún más; y hay quien se aferra á ellos más de lo que conviene, y se verá en la escasez (1).»

El célebre epitafio de Edward Constenay, conde de Devonshire, dice: «Lo que dimos, lo tenemos siempre; lo que gastamos, lo hemos tenido; lo que hemos dejado, lo perdemos.»

O, para citar una variante de la misma idea: «Lo que he ahorrado, lo he perdido; lo que he gastado, lo he tenido; lo que he dado, lo tengo siempre».

Sed generosos, pero sin extravagancia. «Hay quien se hace rico, y nada tiene, y hay quien se hace pobre y tiene grandes bienes. El que tiene compasión del pobre, presta al Eterno, y éste le devolverá su beneficio» (2).

El consejo dado por Cristo al joven rico, puede considerarse como referente sólo á él, pues es preciso pensar en nuestros hijos tanto como en los pobres. Vuestras rentas son vuestras, pero el capital que recibísteis de vuestros antepasados no os pertenece sólo á vosotros.

«Recomienda á los ricos de este mundo que no sean orgullosos, que no pongan su confianza en la inestabilidad de las

(1) *Proverbios.*

(2) *Idem.*

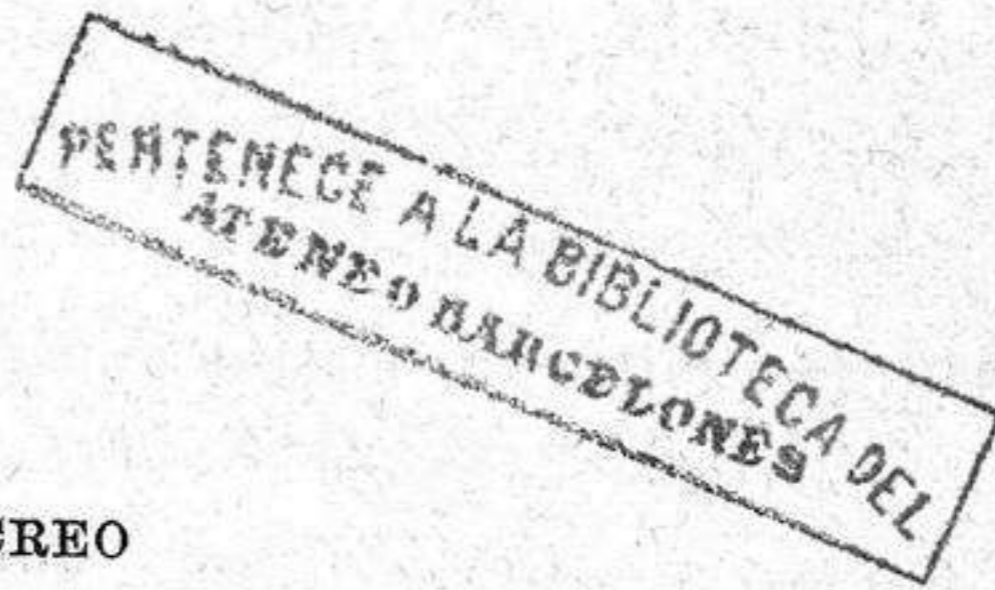
riquezas, sino en el Dios vivo que nos da todas las cosas en abundancia para gozar de ellas.

»Les recomienda hacer bien, ser ricos en buenas obras, prontos á dar y á participar de nuestros bienes, reuniendo así para lo futuro un tesoro bien colocado, á fin de obtener la vida eterna» (1).

No el dinero, sino el amor al dinero, según la Biblia, es la raíz de todo mal. «Si vuestras riquezas se acrecientan, no las améis.» En el Sermón de la Montaña se encuentran las mismas palabras: «No amontonéis riquezas sobre la tierra, donde los gusanos y la herrumbre todo lo echan á perder, y donde los ladrones fracturan y roban. Pero juntad tesoros en el cielo, donde los gusanos y la herrumbre no echan á perder nada; donde los ladrones no fracturan ni esconden. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón».

IV

DEL RECREO



«Trabajando siempre y no jugando nunca, un niño se vuelve tonto,» dice un refrán inglés. Si trabaja siempre en casa será delicado de salud, y cuando llegue á ser hombre será débil. Los juegos distan mucho de ser una pérdida de tiempo. Tienen grandísima importancia, puesto que desarrollan el cuerpo, sobre todo los brazos y el pecho, que sufren y padecen generalmente en la mayoría de nuestras profesiones.

Los juegos no sólo preservan la salud, sino que dan más ánimo para el trabajo. Enseñan á los hombres á entenderse

(1) San Timoteo.

unos con otros, á no obstinarse en fruslerías, á no aprovecharse demasiado de sus ventajas, á obrar con lealtad. Dan salud moral, á la vez que física, audacia y resistencia á la fatiga, dominio de sí mismo y buen humor: cualidades todas ellas no enseñadas por los libros. El duque de Wellington decía, con razón, que la batalla de Waterloo se había ganado en los campos de recreo de Eton. Las mejores lecciones de nuestras grandes escuelas, y las más útiles, son las que nuestros hijos aprenden jugando. Pero es preciso que los juegos sean un recreo y no una ocupación.

En cuanto á la importancia de los juegos desde el punto de vista de la salud, citaré la opinión de dos de nuestras mayores autoridades en materia de higiene. «Los juegos—dice sir James Paget—ejercen una influencia moral de las más bienhechoras, cuyos efectos se extienden hasta á nuestras ocupaciones cotidianas y á nuestros negocios. Porque, sin mezcla de ningún motivo interesado, hacen colaborar en un mismo fin á hombres maduros y á jovencuelos; les enseñan á aceptar como compañeros á todos cuantos trabajen con celo en una misma tarea; les enseñan esa preciosa facultad de asociar sus esfuerzos á los esfuerzos de otros, facultad que es tan poderoso medio de obtener buen éxito en la vida. Y por tradición, si no por su misma naturaleza, crea costumbres de lealtad; pues todos reconocen que es vergonzoso ser desleal, por grandes que sean los intereses que medien; y los que tienen el hábito de jugar lealmente, tendrán lealtad en sus relaciones de negocios. Los que han adquirido el delicadísimo sentimiento de lo que es honroso en el juego, aprenderán más fácilmente á menospreciar todos esos pequeños recursos, que, si bien no caen bajo la férula de las leyes, son condenados por el sentimiento».

El profesor Miguel Foster, secretario de la Sociedad Real, dijo en una reciente conferencia que «aun en el trabajo muscular, el cansancio depende sobre todo del cerebro; y todos conocen una fatiga del cerebro que no se debe á los músculos:

Todo conduce á probar que el trabajo cerebral, como el trabajo muscular, va acompañado de cambios químicos; que estos cambios químicos, diferentes desde cierto punto de vista, son del mismo orden en el cerebro y en los músculos; y que la poca amplitud de esos cambios en el cerebro se compensa y hasta se supera por la sensibilidad excesiva de la substancia nerviosa.....

Si para la vitalidad del músculo hace falta una corriente continua de sangre pura, con el fin de renovar su fuerza expulsando de él los productos tóxicos acumulados por el esfuerzo, aún es más necesaria esa corriente para el cerebro; y el mejor medio de reaccionar contra esta intoxicación consiste de seguro más bien en estimular la actividad regeneradora de las partes humildes, que en querer desarrollar el poder de actividad del cerebro mismo.»

La caza y la pesca han acabado por acaparar por completo la palabra *sport*, que en otro tiempo significaba toda clase de juegos. Hasta quienes no se recrean con esos ejercicios, aún sienten su fascinación. Hemos heredado los gustos de nuestros antepasados, los cuales no sólo vivían en este mundo por y para el *sport*, sino que lo consideraban como la felicidad en el otro mundo.

Mucho se ha hablado de lo que debemos al agua pura, pero no es menor nuestra deuda para con el aire. ¡Qué maravilla es el aire! Penetra en nuestro cuerpo entero, baña nuestra piel con una materia tan sutil, que somos inconscientes de su presencia; y, sin embargo, es tan poderoso, que transporta nuestros buques por la superficie de los mares, y trae la pureza de éstos y de las montañas hasta el corazón de nuestras ciudades. Él es quien transmite los sonidos, la voz de aquellos á quienes amamos y todas las armonías de la naturaleza; es el vasto depósito de la lluvia que riega la tierra; templó el calor del día y el frío de la noche, extiende sobre nuestras cabezas su magnífica bóveda azul, y llena de fuego el horizonte á la salida y puesta del sol. Es de una suavidad tan exquisita y tan pura,

tan tierno y tan servicial, que se comprende cómo Ariel es el más delicado, amable y seductor de los espíritus de la naturaleza.

A menudo se habla del mal tiempo, pero en realidad ningún tiempo es malo: todos son agradables, pero de diversas maneras. Sin duda hay tiempos malos para el cultivo ó las cosechas; pero todos los tiempos son buenos para el hombre. El sol es delicioso, la lluvia refrigera, el viento nos refocila y la nieve nos estimula. Como dice Ruskin: «No hay mal tiempo, sino tan sólo diferentes especies de buen tiempo.»

El descanso no es por necesidad la pereza. Estar tumbado sobre la hierba al pie de los árboles en estío, oyendo el murmullo del agua, mirando pasar por el cielo blancas nubes, no es de ninguna manera una pérdida de tiempo.

El aire libre es tan necesario para el espíritu como para el cuerpo. La naturaleza parece siempre estar á punto de confiarnos algún gran secreto. Y, en efecto, nos lo confía.

La tierra y el cielo, los campos y los bosques, los ríos y los lagos, las montañas y el mar son la mejor de las escuelas, pues nos enseñan lo que jamás aprenderemos en los libros. Por añadidura, si vais al campo para bogar en una lancha sobre una corriente de agua, á coger flores en los bosques, ó fósiles en las canteras, ó conchas y algas á la orilla del mar; si jugáis al golfo ó al *cricket*, ó si gozais del aire y del ejercicio de cualquier modo, veréis que no sólo mejorará vuestra salud, sino que desaparecerán vuestros cuidados ó á lo menos quedarán disminuídos. La naturaleza calma, refresca y fortalece; hace más sereno y más alegre al espíritu.

Sin embargo, una vida consagrada al placer y á los recreos sería de seguro muy egoísta y detestablemente insípida. Nunca debemos hacer de los juegos la ocupación de nuestra existencia; pero no es pereza ninguna el disfrutar de ellos con moderación.

¿Y cuáles son los elementos del recreo? Hay placeres verdaderos y falsos. Platón hace preguntar á Sócrates por boca

de Protarco: «¿Cuáles son, Sócrates, los verdaderos placeres?» Y responde Sócrates: «Los que tienen por objeto los bellos colores y figuras, la mayoría de los que nacen de los olores y sonidos, en una palabra: todos aquellos cuya privación no es sensible ni dolorosa y cuyo disfrute va acompañado de una sensación grata y sin mezcla ninguna de dolor.»

Pero, si los sentidos pueden proporcionarnos verdaderos placeres, no son los más elevados. «Dice Filebo que para todos los seres animados el bien consiste en la alegría, en el placer, en el deleite y en todas las demás cosas de esta especie. Por el contrario, yo sostengo que no es eso; que la sabiduría, la inteligencia, la memoria y todo lo que es de la misma naturaleza, la opinión recta y el razonamiento verdadero, son mejores y más estimables que el placer para todos cuantos poseen esos dones, y son lo más ventajoso que existe para todos los seres presentes y futuros capaces de participar de ellos.»

Los verdaderos placeres son casi innumerables, siendo una pequeña parte de ellos: nuestros parientes y amigos, la conversación, los libros, la música, la poesía, el arte, el ejercicio, el descanso, todas las variadas bellezas naturales, el verano y el invierno, la mañana y la tarde, el día y la noche, el sol y la tempestad, los campos y los bosques, los ríos, los lagos, los mares, los animales y las plantas, los árboles y las flores, las hojas y los frutos.

Sólo nosotros somos culpables si la vida no nos proporciona placeres. «Todos pueden gozar, si pocos saben crear.»

Una hora de buena conversación me parece uno de los mejores placeres de la existencia. Es un tónico admirable, un verdadero alimento del cuerpo y del espíritu. Herrick habla con ardiente gratitud de su deuda á Ben Johnson y describe con vivacidad sus cenas: «Eran tales nuestras reuniones que nos volvíamos ebrios con una noble embriaguez. Y, sin embargo, un sólo verso tuyo hacía olvidar los manjares, hacía olvidar los regocijantes vinos.»

Cuando Johnson quería describir una velada agradable,

decía: «Hemos conversado bien.» A menudo, una hora transcurrida hablando con Darwin ó Lyell, Kingsley ó Ruskin, Huxley ó Tyndall, me ha hecho tanto bien como un baño de aire libre.

Hay pocos dones más desigualmente repartidos entre los hombres que el arte de la conversación. He conocido á hombres distinguidísimos, hombres muy interesantes á veces, á los cuales no podía sacárseles nada del cuerpo sino con tenazón. Uno que conversa ingeniosamente es bien recibido en todas partes. Como otro arte cualquiera, el de la conversación requiere ser cultivado. Nadie podrá sobresalir en él sin práctica.

«El primer elemento de la buena conversación, dice sir R. Temple, es cuidar de la verdad; el segundo, tener buen juicio; el tercero, tener buen humor, y el cuarto, tener ingenio.» Y entre esos elementos, los tres primeros, á lo menos, están al alcance de todo el mundo.

Muchas personas han aprendido por la conversación la mitad de lo que saben. «El que á menudo plantea cuestiones, dice Bacon, aprende mucho y agrada á la generalidad, sobre todo si las apropia al género de ingenio de las personas á quienes interroga; porque dará ocasión para que tengan gusto en hablar, y su inteligencia se enriquecerá de continuo.»

No cultivamos lo suficiente en nuestros hijos, ni aun en nosotros mismos, el sentido estético. Y, sin embargo, ¿hay algún placer más puro que éste, menos costoso, más accesible y universal? Una persona sentirá el goce más intenso al contemplar un paisaje, árboles, frutas, flores, el cielo azul, las nubes blancas, el mar centelleante, el rizado lago, los ríos que relucen, las sombras que recorren los matorrales, la luna y las estrellas, la noche. A otra nada le dicen todos estos prestigios. En vano brillan para él la luna y las estrellas; puede contemplar sin placer las aves y los insectos, los árboles y las flores, los ríos, los lagos y el sol. «Porque del alma todo cuerpo

toma su forma; porque el alma es la forma y crea el cuerpo (1).»

«Nuestros colores artificiales son bastante buenos para el esplendor de nuestro pobre orgullo; pero no bastarían para hacer los matices de una sola franja de nube desgarrada que se desvanece por la tarde, ni para pintar una sola pluma del ala de un pato silvestre (2).» «Hay una luz que el ojo busca siempre, con un sentido más hondo de lo bello: la luz del día que muere ó nace, y las rojas barras de las nubes que arden como fuegos de alarma en el verdoso cielo del poniente.

Los colores del cielo parecen rodear á veces la tierra con un nimbo de gloria. Hay puestas de sol tan hermosas, que nos parece ver abrirse ante nosotros las puertas del cielo.

Los comentaristas del Talmud nos dicen que en el maná encontraba cada uno su sabor predilecto; y de igual modo, en la naturaleza se encontrará sin esfuerzo lo que le proporcione el goce más intenso.

No tengo ninguna intención de proponerme hacer una lista completa de los verdaderos placeres. Y puesto que los placeres inocentes son tan numerosos, ¿por qué buscarlos malsanos ó inciertos? Agotad antes, á lo menos, los mejores; entonces tendréis todo el tiempo que queráis para pensar en los otros.

Los que (empleando una frase corriente) han «visto la vida» y creen «conocer el mundo», suelen engañarse con frecuencia. Conocen menos las verdaderas realidades que un labriego que nunca salió de su aldea, pero supo mirar con claridad en derredor suyo.

Una vida egoísta, una vida «de placer» (como se la llama, con harto error) es una miserable falsificación de la felicidad. Los que se dejan llevar de ella y sufren por eso, quéjense del «mundo». Sólo ellos merecen vituperio. «Cuando los placeres

(1) Spencer.

(2) Hamerton.

nos han gastado, creemos haber agotado los placeres (1)». «Soy joven, ahora llego á la mitad de mi camino (dice Musset); cansado ya de andar, atrás me he vuelto (2).»

¡Qué melancólica confesión! Si hubiese vivido con cordura, hubiera podido mirar atrás con agradecimiento y adelante con esperanza.

V

DE LA SALUD

Las condiciones mismas de nuestra vida presente han dado á los asuntos higiénicos particularísima importancia. Nuestros antepasados vivían más que nosotros al aire libre, en el campo, de profesiones agrícolas.

Hoy estamos mucho más aglomerados en las ciudades, trabajamos mucho más en casas, tiendas y fábricas; nuestras ocupaciones son sedentarias y nos dan malos hábitos musculares, á la vez que nos exigen un gasto nervioso y cerebral mucho mayor. Por desgracia, es muy cierto que los habitantes de nuestras grandes ciudades son menos vigorosos que sus antepasados. Es imposible cruzar los barrios pobres de nuestras grandes ciudades sin que nos llamen la atención la falta de vigor, la palidez, el aspecto enclenque de los hombres y de las mujeres que allí vemos. Por otra parte, nuestras mismas precauciones sanitarias son hasta cierto punto un peligro, puesto que hacen vivir á muchos seres poco viables ó enfermizos. Pero la miseria y el sufrimiento causado por la enfermedad pudieran á menudo combatirse eficazmente con un conoci-

(1) Vauvenargnes.

(2) *Vœux stériles*.

miento elemental de las leyes higiénicas. Desde los tiempos más remotos, los hombres de Estado previsores se vienen ocupando de la cuestión de salud. Todos han comprendido la importancia de la máxima: *Mens sana in corpore sano*.

El cuidar de nuestra salud es un deber sagrado. Preténdese á veces que las reglas de higiene formuladas por Moisés forman una gran parte de su enseñanza religiosa. No soy de este parecer. Acordémonos de que la Biblia es un Código de leyes de todas clases, de leyes civiles y sociales al mismo tiempo que religiosas.

Sin embargo, no por dejar de formar parte de la religión las leyes de la higiene, dejan de ser un corolario necesario de ellas. «¡Cómo! ¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y os ha sido dado por Dios, y que no os pertenecéis á vosotros mismos? (1)»

La veneración de los egipcios al cuerpo era más cuerda que el desprecio en que se le tenía en la Edad Media; y no es ninguna virtud, sino más bien lo contrario, el cubrirse con andrajos y vivir entre la mugre.

«Los griegos consideraban como una ciencia y un estudio la educación física, con los mismos títulos que la educación intelectual. Sus mujeres se ejercitaban en los juegos de gracia y aun en los juegos atléticos. Con su existencia libre y vigorosa, produjeron esos cuerpos que son los eternos modelos de la belleza humana (2).»

Decir limpieza es como decir sanidad; así dice un refrán antiguo. Y los descubrimientos modernos de la Medicina confirman ese dicho y explican su sensatez.

Sabemos hoy: que muchas enfermedades no son primitivamente obra de una condición morbosa de los tejidos, sino verdaderas invasiones de organismos inferiores; que el cólera, la

(1) San Pablo.

(2) Kingsley.

viruela y otras muchas enfermedades, no nacen por sí mismas, sino de gérmenes que se introducen dentro de nosotros. Esto explica la inmensa importancia de la limpieza, no sólo en lo que atañe á nuestra persona, sino también en lo que concierne á nuestras casas, á los vestidos que llevamos, al agua que bebemos y al aire que respiramos.

¡Qué perpetuo milagro es el cuerpo humano! Reflexionad un instante el inmenso tesoro de conocimientos acumulados en el cerebro. Además, ¡con qué rapidez, con qué seguridad responden los músculos á los impulsos de la voluntad!

La piel es un tejido de una delicadeza y de una complejidad extraordinarias, formado por millones de células y con muchos kilómetros de venas, redes capilares y de otras clases, así como de nervios. Se renueva de continuo, y para realizar de un modo conveniente sus funciones, exige que se la cuide y que no se escatime el agua para su limpieza. El empleo del cepillo es casi tan necesario para la piel como para los cabellos. Para asegurar el buen funcionamiento de este maravilloso organismo, es menester ejercitar todas sus partes.

Puede decirse de muchos enfermos lo que de Hobson decía Milton: «La pereza es su principal enfermedad.»

«El lujo de Capua enervó el alma de Anníbal, á quien las nieves y los Alpes no habían podido vencer. Vencedor por las armas, fué vencido por los placeres (1).»

A pesar de todos los goces inocentes que nos proporcionan los sentidos, si se cede á ellos pueden llevarnos en derechura á todos los escollos de la vida, á la ruína, como las sirenas de la leyenda. Muchas de nuestras enfermedades las debemos á errores en la alimentación. Esta frase «la bebida» ha concluído por hacerse sinónima de alcohol, el peor azote de las razas septentrionales. A veces es preciso como medicamento; pero la tentación de abusar de él es tan fuerte, que se le debe la mitad de los crímenes y de la miseria en Inglaterra. El agua no ha

(1) Séneca.

causado nunca ningún crimen, pero puede decirse que el alcohol es el delito en botellas. Dice un proverbio judío: «Donde no puede ir Satanás en persona, envía el vino.»

«El vino—dice Plinio— hace temblar las manos, llorar los ojos; perturba nuestras noches, nos envenena el hálito y destruye nuestra memoria.» Sir W. Raleigh cita este pasaje, y añade luego:

«Todo el que se apasione del vino nunca merecerá la confianza de nadie, por ser incapaz de guardar un secreto. El vino convierte al hombre en algo peor que un bruto: en un loco. Y si lo amas, te despreciarán tu propia mujer y tus hijos y tus amigos.»

Shakespeare condena á menudo la bebida, y en términos excelentes: «¿Por qué los hombres han de introducir así en la boca un enemigo que les priva de toda su razón? ¿Por qué hemos de transformarnos en brutos, en medio de la alegría, del placer, de las diversiones y de los aplausos?» (1).

«¡Haber sido un hombre sensato, para convertirse primero en un necio, después en un bruto!» Pero al hablar así, antójase que eso es calumniar á los brutos.

Por otra parte, ¡cuán rica recompensa nos proporciona la moderación!

«Aunque parezco muy viejo, sin embargo, estoy fuerte y lleno de vigor todavía; porque en mi juventud no eché en mi sangre licores ardientes é indomables. Por eso mi vejez es como un invierno rudo, glacial, pero sano (2).

Extraña que el vicio del alcoholismo no sea condenado más á menudo por la Biblia. Preciso es recordar que este vicio es menos frecuente en los países cálidos que en nuestros climas. Sin embargo, Salomón lo ha denunciado: «¿Por quién son estos lamentos de ¡ay de mí! ¿Por quién las luchas, el ruido, las heridas sin causa, el enrojecimiento de los ojos? Por aquellos.

(1) Shakespeare.

(2) Shakespeare.

que se detienen junto al vino y van en busca del vino adulterado. No miréis el vino cuando está rojo, cuando es de ver su color en la copa y cuando corre con facilidad. Muerde por detrás como una serpiente y pica como un basilisco» (1).

Hay razones para creer que el alcoholismo disminuye. Las ocasiones más numerosas de disfrutar de los placeres intelectuales, de la música (más accesible en nuestros días), de los libros, de los cuadros, un bienestar general más grande: he aquí algunas de las causas que ya han estimulado muchísimo la moderación.

Pero si al punto se notan los daños del alcohol, tampoco debe olvidarse que, además, comemos con exceso. Es probable que de cada diez personas nueve incurren en este error y se causan daño por su falta de sobriedad. Un banquete de tarde en tarde no perjudica; lo que pone pesado y enfermo es la costumbre de comer más de lo preciso. Es muy fácil comer en demasía; es difícil comer muy poco.

La moderación debiera ser la regla fundamental de la existencia: es una fuerza y no una debilidad; supone el dominio de sí mismo.

No estéis demasiado tiempo en la mesa, pero no os apresuréis al comer. Dícese que siempre se debe levantarse de la mesa con hambre.

El cerebro no puede trabajar si el estómago está cargado. «Después de comer, ni un sobrescrito leer», dice el refrán; pero es una singular existencia la que os obligue á descansar de una á otra comida. Comed para vivir, pero no vivais para comer. Abreviad la comida y alargaráis la vida. Cuanto más disminuyais la cantidad de alimento, mejor podréis trabajar con el cerebro.

Un estómago poco cargado aligera el corazón. Comed en demasía y siempre estaréis de mal humor. Se sufre con más

(1) Proverbios.

frecuencia por una mala digestión que por todas las demás enfermedades juntas.

«Guardaos mucho—dice Bacon—de todo cambio repentino en las partes esenciales del régimen; y si á ello os obliga la necesidad, tened cuidado de que todo el resto de vuestra manera de vivir se armonice con eso. Tener tranquilo el ánimo y alegre el humor á las horas de comer y de dormir, es uno de los preceptos cuya práctica contribuye más á prolongar la vida.»

Dada nuestra existencia sedentaria, todo el tiempo que pasemos al aire libre estará bien empleado. Esas horas no sólo merecen contarse en la vida, sino que la prolongan. Era un excelente proverbio el de los romanos: *in aere salus*. Nunca será demasiado todo el tiempo que estéis fuera.

El agua pura es tan necesaria para la salud como el aire libre. Usadla en abundancia, lo mismo al interior que al exterior; hasta cuidados que pueden parecer poco importantes, como los de la boca, aumentan mucho nuestro bienestar.

La salud depende mucho más de nuestros hábitos y régimen que de los medicamentos. Nuestros antepasados tomaban drogas para precaverse de enfermedades; no sólo la Facultad, sino hasta el mismo Bacon recomendaban su empleo. Sin embargo, eso era un error capital. Parece ser que Locke fué quien primero demostró lo inútil de esa costumbre. No necesitamos comprar á menudo medicamentos, si sabemos conformarnos con las reglas de la higiene.

Dejad libre el campo á la naturaleza y permitidla obrar. «No poned obstáculos al principio vital—decía Napoleón;—dadle ocasiones para defenderse, y será más poderoso que todas las drogas.»

Mucho aire, mucha agua y un régimen sensato constituyen los verdaderos medios de adquirir la tan preciosa alegría de la verdadera salud y de la fuerza; nos conservarán hasta una vejez avanzada toda la vivacidad de la juventud. Pero la salud no depende sólo del cuerpo. «La cólera, el odio, la tris-

teza y el temor son las influencias más nefastas y que más deprimen nuestra vitalidad (1).» Y, por otra parte, la alegría, el buen humor y la tranquilidad de ánimo son poderosísimos elementos de salud.

Se dice que Licurgo consagró en todos los comedores de los espartanos una pequeña estatua al dios de la risa.

Cuando estamos indispuestos, la menor cosa nos perturba el sistema nervioso, las menores contrariedades toman aspectos de catástrofes; esto es prueba segura de que necesitamos descanso y aire libre. A menudo oímos hablar del agobio de los niños ó decir que hombres hechos y derechos se han matado á fuerza de trabajar. Casi siempre nos mina, no el trabajo, sino un estado febril, la ansiedad y los cuidados. La pereza, el desorden y los goces egoistas han destruído más hombres que el trabajo. El cerebro requiere ejercicio, como los músculos. Si adquirió la costumbre de regularizar las horas de la moderación y del sensato empleo del tiempo, por prolongado que sea el trabajo, con tal de que no supere á vuestras fuerzas, os hará más provecho que daño.

Tarde ó temprano, casi todos conocemos el insomnio. No hay nada más deprimente; se experimenta una sensación perpetua de desdicha; pequeñas dificultades, que generalmente habría gusto en vencerlas, preséntanse entonces como insuperables; el espíritu parece evitar toda imagen agradable, para no pensar más que en lo triste ó deficiente de nuestra vida. Sin embargo, no desesperéis. Creo que el insomnio no ha muerto á nadie. Sobre todo, no se os ocurra tomar narcóticos: ahí está el verdadero peligro. Permaneced lo menos posible en casa y lo más posible fuera de ella, no os preocupe ninguna cosa y estad seguros de que acabaréis por recobrar el sueño. Si vuestros insomnios no se han prolongado en demasía, hasta os serán útiles, puesto que os habrán hecho ver cuán

(1) Dr. Richardson.

inapreciable beneficio es el del sueño, al cual no siempre estamos lo suficiente agradecidos.

Muchas enfermedades se deben al espíritu. Los médicos no sólo tienen que ocuparse de los síntomas físicos de una enfermedad, sino que, á menudo, tienen que responder á la pregunta de Macbeth (1): «¿No puedes tratar, pues, á un espíritu enfermo, arrancar de la memoria una pena arraigada, borrar los tedios escritos en el cerebro, y con algún dulce antídoto de olvido desahogar el pecho lleno de dañinas materias que pesan sobre el corazón?»

Por otra parte, la salud no es sólo una de las principales condiciones de la felicidad, sino que es necesaria para trabajar bien. No sólo es estúpido, sino egoísta, el descuidarla.

Es imposible trabajar bien, á lo menos lo mejor que se pueda, si estamos rendidos de fatiga. Además, es muy mal cálculo el abusar de sus fuerzas, pues todo trabajo hecho en esas condiciones exige un período de tranquilidad y de sosiego; de lo contrario, vuestra labor no será nunca de buena calidad, viéndose en ella muestras de una irritabilidad, de una debilidad ó de una falta de juicio cualesquiera. Y si nos vemos obligados á colaborar con otro, serán mucho más frecuentes las ocasiones de rozamientos y de quisquillas. Cuando os halléis en ese estado inferior, no hagáis más que un borrador: veréis que vuestra mano tiembla y no responde á vuestra voluntad. No sólo hay entonces fatiga muscular, sino, más que nada, un agotamiento nervioso. El trabajo debe hacerse con gusto; para ello es preciso trabajar con regularidad y energía, pero no de continuo. No deben descuidarse el alimento, ni el descanso, ni el ejercicio, ni las vacaciones.

Los efectos deprimentes y debilitantes de la mala salud son profundos, sobre todo si uno mismo se tiene la culpa de ello. Sin embargo, muchas personas están destinadas á sufrir toda la vida, sin tener culpa. Pero á menudo acontece que la

(1) Shakespeare, *Macbeth*.

E. M.—*Mayo* 1897.

naturaleza compensa esta debilidad del cuerpo concediendo al espíritu más claridad y alegría. Todos hemos conocido personas condenadas á padecer de continuo, en quienes la jovialidad y el buen humor no eran sólo una lección para los que están buenos, sino que su vida parecía encontrar una belleza y una consagración en el dolor mismo.

VI

DE LA EDUCACIÓN NACIONAL

Desde los tiempos más remotos, todos los sabios han afirmado la importancia de la educación.

«De todos los tesoros—dice Hitopadesa,—el conocimiento es el más precioso, porque no se puede robar, vender ni destruir.» «La educación—dice Platón—es lo más hermoso que los mejores hombres pueden adquirir».

Montaigne decía que «la ignorancia es la madre del mal.» «La ciencia—decía Fuller—es la limosna más elevada que se puede hacer.» Decía un moralista francés: «Poder sin saber, es muy peligroso.» La vida de un ignorante carecerá siempre relativamente de interés. Razón ha habido para decir que el hombre necesita ciencia, no sólo para asegurar su vida, sino para vivir.

Decía Petrarca que lo que más le gustaba era *aprender*; y no cabe duda ninguna de que Shakespeare expresó su propia opinión en las palabras que atribuye á lord Say: «La ignorancia es una maldición de Dios; las ciencias son las alas que nos hacen subir hasta el cielo».

Salomón dice, en un bellissimo pasaje:

«Feliz el hombre que ha encontrado la sabiduría, que avanza en inteligencia: porque el tráfico que de ella puede ha-

cerse es mejor que el tráfico del dinero, y la renta que de ella puede sacarse vale más que el oro fino. Es más preciosa que las perlas, y todas las cosas apetecibles no valen tanto como ella. Tiene largos días en su mano derecha, riquezas y gloria en su izquierda. Sus vías son vías agradables, y todos sus senderos no son más que prosperidad.»

Y añade más adelante:

«Lo principal es la sabiduría. Adquiere sabiduría, y por encima de todas las adquisiciones adquiere prudencia (1).»

Y, sin embargo, la opinión contraria ha prevalecido largo tiempo, sobre todo en lo que atañe á las jovencitas. Un dicho alemán afirmaba que la biblioteca de las mujeres era su ropero, y otro refrán dice que á las jóvenes debe guardárselas entre los cuatro Evangelios ó entre cuatro paredes. Hace poco tiempo se consideraba que ni el pueblo ni los nobles debían preocuparse por la ciencia, que eso era negocio para curas y frailes. Hasta hombres llenos de sensatez y de bondad, como el Dr. Johnson, han enunciado como axioma evidente que si todos aprendiesen á leer nadie se ocuparía de los trabajos manuales. Pero el Dr. Johnson no se daba cuenta de la dignidad del trabajo.

Ese fué el primer concepto. El segundo fué: que la educación es una preparación para los negocios; que es preciso guardarse mucho de educar á los hijos por encima de su condición; que la lectura, la escritura y la aritmética bastan para los pobres.

Este modo de ver las cosas fué extendido á toda clase de negocios. Harlitt declaró que los niños á quienes se destinara al comercio debían contentarse con una instrucción elemental. «Todo hombre ganará dinero, decía, si no tiene otra idea en la cabeza.»

Hoy preconizamos la instrucción, no sólo para hacer de un

(1) *Proverbios.*

hombre un obrero mejor, sino para hacer de un obrero un hombre mejor. Victor Hugo ha dicho, con razón, que «quien abre una escuela cierra una cárcel.»

«La mayor parte de nuestros niños, decía un hombre de estado, suizo, nacen en la pobreza; pero cuidamos de que no crezcan en la ignorancia.»

El año 1870, en que se votó la ley acerca de la instrucción obligatoria, señala una fecha importantísima en la historia de Inglaterra. Por aquel entonces había 1.400.000 niños en nuestras escuelas de primeras letras; hoy ascienden á 5.000.000. ¿Y qué ha resultado de eso? La estadística nos lo dirá. Ante todo, desde el punto de vista criminal: hasta 1887, el número de criminales en nuestras prisiones tuvo tendencia á ir en aumento; durante ese año, el promedio fué de 20.800. Desde entonces acá no ha hecho más que disminuir: hoy es de 13.000; por tanto, en cifras redondas, ha disminuido un tercio. Pero recuérdese que durante todo ese tiempo no ha cesado de aumentar la población; desde 1870, hase acrecentado en un tercio. Si nuestros criminales hubiesen aumentado en la misma proporción, habría 28.000 en vez de 13.000, ó sea más del doble, y entonces nuestros gastos para cárceles y policía hubieran sido 8.000.000 de libras esterlinas, en lugar de 4.000.000. Respecto á los delitos cometidos por menores, aún es más satisfactoria la disminución. En 1856, el número de jóvenes condenados fué de 14.000. En 1866, hubo 10.000; en 1876, 7.000; en 1881, 6.000; y según las últimas cifras que he podido averiguar, 5.100. Si consultamos luego las estadísticas de los pobres, veremos que en 1841 se calculaba que había 47 indigentes por 1.000 habitantes. Habían llegado hasta el 25 por 1.000; desde entonces han descendido al 22. Por tanto, la proporción está reducida hoy á la mitad. Gastamos en Beneficencia pública 8.000.000 de libras esterlinas, y si hubiera persistido la proporción anterior gastaríamos 16.000.000. Luego nuestros criminales nos hubieran costado 4.000.000 más y nuestros pobres 8.000.000 más de libras esterlinas.

Permítaseme añadir que las estadísticas de los delitos graves aún son más tranquilizadoras. El promedio de las personas condenadas á trabajos forzados perpetuos en el quinquenio de 1860 á 1864 fué de 2.800. Desde entonces no ha cesado de disminuir ese número, y el año pasado sólo fué de 729 (ó sea la cuarta parte, á pesar del acrecentamiento de la población). Y, en efecto, habiendo llegado á ser inútiles 8 de los presidios de forzados, han podido emplearse en otros fines esos edificios.

Para probar cuán íntimo es el enlace entre el crimen y la ignorancia, añadiré que, según las últimas noticias que he podido adquirir, de 157.000 personas condenadas, sólo 5.000 sabían leer y escribir regular, y sólo 520 eran lo que puede llamarse personas instruídas.

PROMEDIO NUMÉRICO ANUAL *de personas condenadas á trabajos forzados en Inglaterra y en el país de Gales.*

DURANTE LOS CINCO AÑOS que han precedido.	Promedio.	Población de Inglaterra y del país de Gales.
Al 31 de Diciembre de 1859.....	2.389	19.257.000
— 1864.....	2.800	20.370.000
— 1869....	1.978	21.681.000
— 1874.....	1.622	23.088.000
— 1879.....	1.633	24.700.000
— 1884..	1.427	26.313.251
— 1889.....	945	27.830.179
— 1892.....	791	29.055.550

El cuadro anterior manifiesta de una manera clara la disminución progresiva y marcada de condenas graves, y esas cifras son tanto más notables, cuanto que la población ha aumentado en fuertes proporciones.

Sin embargo, espero que no se me acusará de no pensar

más que en el aspecto pecuniario del asunto. No he citado esas cifras sino para contestar á quienes son de parecer que nuestra educación nos cuesta hartó cara.

También sé que es preciso poner ciertos correctivos á esas cifras, las cuales no aspiran á ninguna precisión científica, y que deben tenerse en cuenta otras muchas circunstancias. A pesar de eso, me parecen muy instructivas y muy tranquilizadoras.

En realidad, es cortísima la proporción de los delitos debidos al vicio ó á las tentaciones irresistibles. Las grandes causas de crímenes son la bebida y la ignorancia. Los buenos resultados ya adquiridos no sólo se deben al hecho de que los niños aprenden buenas costumbres en la escuela, adquieren hábitos de limpieza y de orden, sino también (y sobre todo) á que se les preserva de las malas lecciones de la calle y se les protege contra la fatal enseñanza del criminal y del vagabundo.

Cabe preguntarse si hemos encontrado el mejor sistema de educación nacional. Hay tres grandes preguntas á las cuales es preciso responder á cada instante en la vida. ¿Esto es bueno ó malo, verdadero ó falso, hermoso ó feo? Nuestra educación debiera ayudarnos á contestar á todas estas preguntas.

Hace más de dos siglos hablaba ya Bacon de aquellos «que dicen á los hombres que vayan á vender sus libros para comprar hornillos, abandonando á Minerva y las Musas, por ser unas vírgenes estériles, y fiándose sólo de Vulcano.» No debe abandonarse á Minerva y las Musas; pero hasta aquí no hemos fundado lo suficiente nuestra enseñanza en la Biblia de la Naturaleza.

Saber leer, escribir y contar no constituye una educación; como un cuchillo, un tenedor y una cuchara no constituyen una comida.

Háseme acusado con frecuencia de atacar la educación clásica. Eso es inexacto: el griego y el latín son una parte importantísima de toda instrucción; sería absurdo querer disminuir su valor ó descuidarlos; pero por sí solos no bastan, y

(como dice Carlos Buston) pasamos hartos á menudo el tiempo en aprender qué expresiones empleaban los ingenios sutiles de hace veinte siglos. En efecto, se otorga demasiado tiempo y cuidado á la gramática de los textos; tanto, que se olvida ocuparse de las ideas que contienen. Y según nuestro sistema, los alumnos no aprenden nunca á hablar en latín ó en griego; además (esto es el colmo del absurdo y lo que hace lo más vana posible toda instrucción), se les enseña á pronunciar de muy diversa manera que los romanos ó los griegos y hasta que cualquier pueblo moderno, incluso los escoceses.

Aparte de eso, nuestro sistema no inspira amor á las literaturas clásicas. Thackeray, en sus notas de un viaje de Cornhill al Cairo, supone recibir la visita de la Musa griega, la cual le pregunta si no está contento de encontrarse en Atenas. Responde á esa pregunta con más franqueza que cortesía: «Señora, hiciéronme durante mi juventud tan trabajosamente desagradable vuestra sociedad, que ahora ya no puede encontrar en ella encanto ninguno.»

Sea cual fuere su importancia, el estudio del griego y del latín no es más que una parte de la instrucción. La frase *litteræ humaniores*, manifiesta hasta qué punto se consideraba antaño que toda educación debia tener relaciones humanas, y su raíz en la simpatía humana común á todos.

Dícese que Shakespeare sabía poco latín y menos griego. Los libros, á pesar de todo lo que á veces les añaden la meditación y los comentarios, no pueden bastar para instruirnos. Quien sólo ha estudiado los libros, quien nada sabe de la Naturaleza ni de la sociedad, nunca será un hombre completo, siempre le faltará algo.

Se ha dicho, con razón, que una gran parte de nuestra instrucción es tan poco eficaz como «la acción de leer un tratado de botánica en un jardín de flores para hacerlas brotar (1).»

(1) *Guesses at Truth.*

No basta aprender, sino que también es preciso saber desaprender.

La instrucción no tiene por objeto formar abogados, eclesiásticos, militares ó profesores, sino hombres. «Llamo educación completa y generosa, decía Milton, á la que hace á un hombre apto para desempeñar con justicia, habilidad y grandeza de alma todas las funciones públicas y privadas, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra.»

Los filósofos han estado siempre demasiado dispuestos á suponer que cuestiones de hechos podían resolverse por consideraciones verbales. Conocido es el problema de Plutarco: «¿Es el huevo quien ha hecho la gallina, ó la gallina quien ha hecho el huevo?» Y una de las pruebas que aduce en apoyo de la última hipótesis es que siempre se dice el huevo de una gallina y no la gallina de un huevo.

Es probable que á consecuencia de los defectos que en nuestra instrucción señalé más arriba, sea por lo que tan pocas personas prosigan su educación al salir de la escuela. Sin duda, se aprende mientras se respira. «Vivid y aprended siempre», dice el proverbio. Pero la cuestión está en saber si aprendemos, no importa cómo, á retazos cogidos de los periódicos ó de las novelas, ó si perseguimos algo que ni de lejos parezca una educación continuada y metódica.

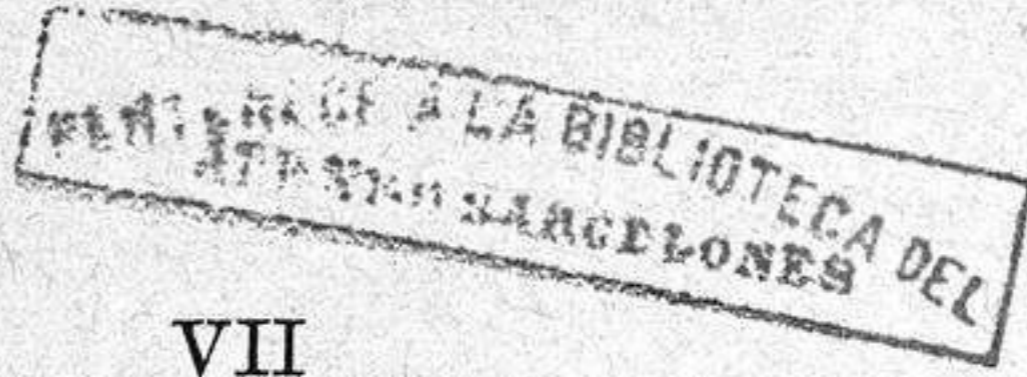
En otro sitio transmití el parecer de una altísima autoridad acerca de los resultados que tenemos derecho á exigir de toda instrucción; ahora citaré otro concepto análogo del profesor Huxley.

«Una buena instrucción debiera poner á un muchacho de quince ó dieciséis años en condiciones: de leer y escribir su lengua materna con facilidad y precisión y cierto sentido literario adquirido en el estudio de nuestros autores clásicos; de conocer de una manera general la historia de su país nativo y las grandes leyes de la vida social; de adquirir los elementos de las ciencias fisiológicas y psicológicas, así como cierto conocimiento de la aritmética y de la geometría. Igualmente

debiera tener nociones de lógica, adquiridas más bien por experiencia que por teoría. En cuanto á la música y al dibujo, serán para él placeres más que un trabajo.»

Muchos de nosotros pudiéramos firmar las frases de John Hunter, el gran anatómico, pues hemos sentido lo mismo que él: «Siendo niño, tenía vivísimos deseos de saberlo todo respecto á las nubes, respecto á las hierbas, por qué cambiaban de color las hojas en otoño. Observaba las hormigas, las abejas, las aves, los renacuajos, las crisálidas; perseguía á las gatas, acosándolas á preguntas acerca de todo linaje de cosas que ignoraban ó que les tenían sin cuidado.»

«Sólo una cosa quiero decir de los libros (dice Locke, en su *Tratado acerca de la educación*), y es: que el comercio con los libros, á pesar de todo cuanto suele decirse, no es, en sentir mío, la parte más importante de nuestros estudios. A él hay que agregar otras dos cosas que en parte muy grande colaboran en nuestros conocimientos: me refiero á la reflexión y la discusión. Paréceme que la lectura sirve sobre todo para coleccionar primeras materias, muchas de las cuales será preciso luego arrojar como inútiles. El papel de la reflexión consiste en elegir entre esos materiales, adaptarlos unos á otros y (si se me permite la metáfora) apropiarse las vigas, escuadrar y asentar las piedras del cimiento y construir todo el edificio. Y el papel de la discusión con un amigo (porque de poco sirve discutir con los demás) consiste, digámoslo así, en examinar la estructura, pasearse por todos los aposentos, fijarse en la simetría y concordancia de todas las partes, advertir las cualidades y los defectos de cada cosa. Además, es el medio mejor de descubrir lo que falta y remediar los defectos: la discusión nos hace ver á menudo verdades que ignoramos y las graba en nuestra mente tan bien como la lectura ó la reflexión.»



VII

DE LA EDUCACIÓN PERSONAL

El papel de la educación es el de servir para desarrollar armoniosamente todas nuestras facultades. Comienza desde la infancia, continúa en la escuela, pero no se detiene ahí. Prosigue á través de toda nuestra existencia, consintamos ó no en ello. Toda la cuestión estriba en saber si lo que aprendemos más tarde se adquiere con sensatez ó completamente á la ventura. «Todo hombre, dice Gibbon, recibe dos educaciones: la que le dan y la que él se da: esta última es la más importante. En efecto, lo que aprendemos por nosotros mismos debe aprovecharnos más que lo que otros nos enseñan.» Dice Locke: «Nadie ha llegado á ser verdaderamente sabio ó ha podido adquirir una verdadera superioridad en ninguna ciencia por la sumisión á la disciplina y á la dirección de un maestro.»

Los que no han podido distinguirse en clase, cuando estudiaban, no deben desalentarse por eso: no son los más grandes ingenios quienes maduran los primeros. Si no habéis hecho ningún esfuerzo, ciertamente es vergonzoso; pero, sin embargo, no se debe desanimaros de todo esfuerzo futuro. Si habéis hecho lo posible para triunfar, sed perseverantes y acabaréis por vencer. Son numerosos los hombres que no han brillado en sus clases y que, á pesar de eso, consiguieron los más grandes triunfos.

Dícese que Wellington y Napoleón no prometían mucho en su infancia, y se afirma que lo mismo aconteció con res-

pecto á Newton, Swift, Clive, Walter Scott, Sheridan y otros muchos hombres ilustres. Por tanto, resulta claro que los discípulos menos brillantes no son siempre los que menos han aprovechado los estudios.

Háse dicho que el genio era «la facultad infinita de trabajar», y esta reflexión tiene mucho de verdadera. Como dice Lily, en su sabroso lenguaje: «Si la naturaleza no ayuda, todo trabajo es vano; pero, sin el estudio, la naturaleza es vana.»

Por otra parte, muchos jóvenes brillantes y distinguidos no han triunfado en la vida por falta de salud, de aplicación ó de carácter; y, empleando la comparación de Goethe, «se parecen á esas plantas que llevan flores dobles, pero no frutos». A veces acaban en la miseria; al paso que jóvenes de menos dotes, pero aplicados ó de mejor temple de carácter, no dejan de elevarse y concluyen por ocupar importantes posiciones, para honor suyo y bien de su país.

Ciertas dudas acerca del valor de la instrucción débense, como ha dicho muy bien el Dr. Arnold, «á esa extraña confusión en que se obcecán algunas personas entre la inocencia y la ignorancia. La verdad es que si despojais á un hombre de sus conocimientos no le convertís en un niño, sino en un bruto; en uno de los brutos más malos y dañinos de la creación». Porque, como lo demuestra en otra parte, si los hombres abandonan el guía más seguro de la existencia, se hacen esclavos de sus pasiones y son presa de los defectos de ambas edades: á la ignorancia del niño, agregan los vicios del hombre.

Aquel cuya educación tuvo buen comienzo en la escuela no la dejará luego en suspenso.

Repitiendo las palabras de Salomón, el fin de una educación ilustrada consiste: en hacer que se conozcan la sabiduría y la instrucción; en escuchar los discursos de la inteligencia; en recibir una instrucción de buen sentido, de justicia, de juicio, de igualdad; en dar discernimiento á los sencillos, conocimiento y ciencia á los jóvenes.»

Dice Thoreau: «Un hombre se apartará de su camino para

recoger un duro en plata, pero descuida las palabras de oro de los sabios de la antigüedad, aprobadas y declaradas verídicas por los sabios de todas las edades». Un melancólico proverbio francés dice: «¡Si la juventud supiese y la vejez pudiese!» Una buena educación nos dará conocimiento en la juventud y fuerza en la vejez. «La experiencia, dice Franklin, es una escuela costosa; pero los necios no aprenden más que en ella.»

Nada importa más en la vida que entrar con buen pie. Comenzad bien y vuestro progreso se hará cada vez más fácil y rápido. Por el contrario, si empezais mal os costará muchísimo trabajo enderezar luego las cosas. Es difícil aprender, pero más difícil desaprender.

Tratad de que se os grave en la mente lo mejor que hay en los libros, en los hombres, en las ideas, en las instituciones. Nunca debemos avergonzarnos de ser menos sabios que alguno de nuestros amigos; pero hay que ruborizarse de no haber aprendido todo lo que hubiéramos podido aprender.

La educación no consiste únicamente en estudiar idiomas y amontonar hechos; es una cosa más elevada que la instrucción, y diferente de ella por completo. La instrucción nos prepara tesoros para lo futuro; pero la educación siembra gérmenes que producirán seis, cien veces más.

Todo el mundo lo reconoce: el saber es poco, si con la sabiduría se comprara. A veces, en verdad, no se han apreciado lo suficiente sus beneficios. Por ejemplo, se dice que «el saber se enorgullece de lo que sabe, y la sabiduría se humilla porque no sabe aún más». Pero esto no siempre es verdad. Precisamente los que más han estudiado son quienes aprenden cuán poca cosa saben.

Dícese también, con poca exactitud, que los conocimientos no son más que «una masa sin desbaste y sin provecho, simples materiales que la sabiduría emplea para construir». Sin embargo, sería muy mal arquitecto quien cuidara poco de elegir materiales. Además, con frecuencia ocurre que conocimientos al pronto sin valor han sido más tarde preciosísimos.

Saber es poder. «Nuestro conocimiento de la electricidad es un ahorro del tiempo; de la escritura, un ahorro de palabras y movimientos; de las leyes sociales, una economía de dinero; de las leyes sanitarias, una economía de salud; de las leyes de la inteligencia, una economía de fatiga cerebral. En cuanto á las leyes del alma, ¿quién es capaz de decir todo cuanto las debemos (1)?»

«Respecto á la conservación personal, al sostenimiento de la vida y de la salud, lo que importa poseer es la ciencia. Si se trata de proveer indirectamente á esta misma conservación personal ganándose la vida, lo que importa es la ciencia. En el cumplimiento de las funciones paternales, el verdadero guía que hace falta es la ciencia. La clave indispensable para comprender la vida nacional pasada y presente (inteligencia sin la cual el ciudadano no puede dirigir su conducta) es la ciencia. Lo mismo acontece respecto á las producciones del arte y á los goces estéticos bajo todas sus formas; también en ello la preparación necesaria es la ciencia. De igual modo para la disciplina intelectual, moral, religiosa, el estudio más eficaz es la ciencia» (2).

Citaré también la opinión del deán Stanley: «¡Cuán raro y benéfico es el amor desinteresado á la verdad! No siempre vemos en seguida sus beneficios; á veces, sólo al cabo de varias generaciones, vemos toda la extensión de la felicidad que debemos á descubrimientos científicos hechos sin más móvil que un desinteresado amor á la verdad.» Mucha razón tiene Salomón cuando dice: «El sabio escuchará y así aumentará su sabiduría.» Hay poquísimos conocimientos enteramente inútiles, pocas cosas que no sea ventajoso verlas, á lo menos una vez. En realidad, no hay cosas pequeñas, sino entendimientos pequeños.

Triste es tener que confesar cómo á veces quedan ignora-

(1) Herbert Spencer.

(2) Ibid.

dos los autores de los grandes descubrimientos; lo cual nos aflige, pues quisiéramos poder acordarnos de ellos con gratitud. Porque es raro que los grandes inventores hayan trabajado con un fin interesado ó por afán de gloria.

Una atención sostenida y una aplicación constante en el trabajo, son en absoluto indispensables para quien quiera gozar plenamente de la vida. Si no concedéis á vuestra faena más que la mitad de vuestra atención, emplearéis en ella doble tiempo.

Es triste ver cuán poco han aumentado hasta aquí los gozes intelectuales la felicidad del hombre. Y, sin embargo, el sentido primitivo de la palabra escuela (*σχολη*) es descanso ó recreo.

En el credo de los positivistas hay muchas cosas que no puedo aceptar. Sin embargo, tienen una noble divisa: «El amor por principio, el orden por base y el progreso por objetivo».

«Hay—dice Emerson—muchos hombres inocentes que adoran á Dios según las tradiciones de sus padres, pero cuyo sentimiento del deber no se ha extendido nunca hasta el cultivo de todas sus facultades».

El hombre es la medida de todas las cosas. Mide por pies la altura de las montañas y la profundidad de los mares; nuestro sistema de aritmética se funda en el número de nuestros dedos. Y, sin embargo, ¡qué pobre cosa es el hombre, qué poca cosa! Y, sin embargo, ¡á qué grandeza puede llegar!

El hombre, dice Pascal, es «*res cogitans, id est dubitans, affirmans, negans, franca inteligens, multa ignorans, volens, nolens, imaginans etiam et sentiens.*» Y en otra parte: «El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para aplastarle. Un vapor, una gota de agua, basta para producirle la muerte. Pero cuando el universo le aplastase, el hombre aún sería más noble que quien le mata, porque sabe que muere; y el universo nada sabe de la ventaja que sobre aquél tiene».

¿Cuáles son las cualidades necesarias para hacer de un hombre una persona cabal? Un cerebro lúcido, un corazón afectuoso, un juicio sólido, un cuerpo sano. Sin lucidez, desentrañamos las cosas mal; sin cariño, corremos el riesgo de ser egoistas; sin salud, poco podemos; y las mejores intenciones harán más mal que bien, si el juicio no las ilustra.

Si deseamos alabar á un amigo, decimos que es un cumplido caballero (*gentleman*). «¿Qué es un cumplido caballero?—decía Thackeray.—Es un hombre recto, dulce, animoso y sensato, que ejercita con gracia todas estas cualidades. Es una cosa más rara de lo que se piensa».

El verdadero medio de instruirse uno mismo, dice John Stuart Mill, «consiste en examinarlo todo con cuidado; en no retroceder nunca ante ninguna dificultad; en no aceptar ninguna doctrina, cualquiera que fuere la autoridad que se atribuya, sin un examen profundo y una crítica negativa, de modo que no puedan pasar inadvertidos ningún sofisma, ninguna incongruencia ni ninguna confusión de ideas; y, sobre todo, en exigir que se defina el significado de toda palabra que se emplee, y se aclare el sentido de toda proposición antes de admitirla. Estas son las lecciones fundamentales que es preciso aprender.» Y todo el mundo es capaz de aprenderlas.

Los primeros elementos de toda educación son accesibles á todos: ni la alcurnia ni la riqueza dan ventajas muy grandes. Decía sir W. Jones que con la fortuna de un labriego había logrado adquirir la educación de un príncipe. Hace mucho tiempo, se ha dicho que no hay camino real que á la ciencia conduzca; pudiera decirse que son caminos reales todos cuantos llevan á ella. ¡Qué recompensa no obtendremos siguiéndolos! La educación nos aclara toda la historia de la tierra y nos manifiesta que todo marcha hacia la luz y el progreso; nos permite gozar de la literatura universal; abre ante nosotros el libro de la naturaleza y nos alumbra fuentes de interés en todos los lugares.

Y si no podemos esperar que algún día se diga de nosotros

«era un hombre como nunca se verá otro parecido (1)», al menos podemos conducirnos de modo que haya «una belleza continua en nuestra vida», porque todos tenemos el sentido y el deseo de lo que no muere.

Si la educación no alcanza siempre buenos resultados, menos suele ser por culpa de la educación misma que del espíritu con que se emprende. «Porque los hombres han aprendido á apetecer la ciencia, y la adquieren: ya por curiosidad natural y anhelo de descubrir; ya para distraer su mente con una deliciosa variedad de objetos; ya para engalanar su inteligencia; pero rarísimas veces para ejercitar sencillamente, en pro y ventaja de la humanidad, esta razón que les cupo en suerte. ¡Como si debiera buscarse en la ciencia un lecho donde hacer que descansa el espíritu investigador é inquieto, ó un terrado donde el alma vagabunda y tornadiza pueda pasearse viendo paisajes hermosos, ó una torre orgullosa donde el ánimo altivo pueda establecerse, ó una fortaleza ó un campo atrincherado para la lucha y los combates, ó una tienda para vender en ella con lucro, y no un precioso depósito instituido para gloria de Dios y alivio del hombre (2)!»

JOHN LUBBOCK.

(1) Bacon.

(2) Idem.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

El mes de Abril.—La Semana Santa.—Cuadros religiosos.—Las insurrecciones.—Triunfos en Filipinas.—Actitud amistosa de los Estados Unidos.—La disminución del mal en Cuba.—La prisión de Rius Rivera.—La situación europea.—Las elecciones italianas.—Renovación del pacto entre Hungría y Austria.—Los jesuitas en Alemania.—Conclusión.

I

Escribo al comenzar la Semana de Pasión, por ende, al acercarse la Semana Santa, y no puedo vencer el deseo de ir evocando mis recuerdos y haciendo aquellas reflexiones que traen aparejadas consigo estas festividades religiosas del año. Ni la intimidad en el hogar de las Nochebuenas, tan regocijadas para los niños, que aturden las cabezas más seguras con sus rabeles y zambombas pastoriles, resonantes á Eglogas; ni la festividad, con que principia el año, celebrada con mutuos recuerdos y bendiciones y regalos; ni la famosa Candelaria, conservada siglos y siglos en remedo y copia de las romanas Lupercales; ni el mismo día de San José, tan festejado, guardan el manantial de inolvidables emociones, por estos días santos inspiradas, en los cuales días pasamos, cuando sabemos sentirlos, desde los arrebatos del férvido entusiasmo popular, expresado con los ramos de olivo y con las hojas de palmeras,

E. M.—*Mayo* 1897.

á las injurias del pueblo, escupidas con ingrato furor al rostro de su Mesías, y desde los júbilos de la Santa Cena, en que la divinidad se difunde por el ser humano, á los lutos y duelos de la muerte, simbolizados por las negras telas que cubren los templos como las nocturnas sombras los espacios, y desde los abismos insondables de la muerte, que nos aflige con sus dolorosos misterios, al sábado de la Resurrección, que nos alegra con sus promesas del rejuvenecimiento universal para todos los seres y de la perenne inmortalidad para nuestras almas.

II

Yo recuerdo todos los años mi valle levantino. Llegan por estos días las primeras golondrinas, con revoloteos y píos alegrísimos. Los botones de manzanos y de albaricoqueros con flores matizadas estallan, que preceden á las hojas, bajo cuyas henchidas yemas preparan las aves sus nidos. Acaba el último vapor de la neblina en los montes y comienza el primer arpegio de las filomenas en los rosales. Aroman las brisas del Mediterráneo los salados efluvios de las algas, unidos á las bocanadas de los azahares que llegan leguas y leguas tierras dentro. Las palmeras vibran en lo alto, cual conjunto de arpas angélicas, preludiando en las solemnidades religiosas el hosanna ó el antífona de la Misa. Todo sonrío. Desde la hermosa luna de Pascua, rielando en los remansos, hasta las matas de claveles cubriéndose de capullos en los macetones. Todo sonrío. Y, sin embargo, el altar, con la Iglesia, llora. La tristeza del morir se asocia en esto al gozo de florecer, como una serpiente atisbando el primer aleteo de las avecillas que persigue. La Virgen de los Dolores aparece llorosísima sobre las aras, con sus siete espadas hundidas en el corazón, y al pie de sus negras ropas, en tazones relucientes por su cristal y por su porcelana, huelen como incensarios y gallardean como mariposas las blancas azucenas. Y por todas partes oíanse, allá en

en mi pueblo, al anochecer, murmullos de voces que susurraban dentro de las casas con unísono eco; y estos murmullos decían á una con sus ecos, que rezaban las familias los misterios dolorosos, acompañadas por el rosario y presididas por las mujeres de la tribu, en sus sillones asentadas, después de haber ido, antes que cayera la tarde y que sonara la oración, en grupos á rezar los pasos, extendidos al aire libre dentro de capillejas, donde resaltan lucientes porcelanas, por el Calvario y el Convento, que los seculares cipreses cubren y el cercano cementerio entristece.

III

Quedando siempre las mismas ideas en los fondos del alma, como cambia el influjo por ellas ejercido según la edad y la experiencia, para nosotros, de niños, aparecía la pasión de María sobre la pasión de Jesús. Y, sin embargo, no es lo mismo en el Evangelio. Atentos los evangelistas á confiarnos de Jesús aquello que interesa siempre á todas las generaciones y á todos los tiempos, háblannos mucho de su historia pública y háblannos poco de su historia particular ó privada. Entre las terribles señales de nuestra edad, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del público, indagando los actos animales, privados, particulares de los grandes hombres con preferencia siempre á las ideas y á los afectos eternos, únicos factores interesantes, así á la Historia como á la Ciencia. Embargado el pensamiento de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida privada sino aquello que se necesita saber para fundar la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Pero la fe cristiana y la tradición universal y el sentimiento de todas las generaciones ha suplido este silencio evocándonos la Madre del Salvador muchas más veces que á la hora de su apostolado y de su triunfo, á la hora de su pasión

y de su muerte. Acércase á más andar ésta en las páginas posteriores de los santos Evangelios. El pueblo tornadizo y rebelde se aíra contra el galileo, á quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, innumerables á la sazón en Jerusalén, comunicanse unas á otras lo dicho por aquel profeta, que se ofrece como hijo de Dios en su increíble soberbia y promete derribar el templo de Jehová con una palabra y reedificarlo á los tres días. La gente oficial romana oye con menor interés lo relativo al Profeta, por haberlos muy numerosos entonces en Palestina, incendiada por el mesianismo universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos á César, y algo de su propia regia dignidad personal. Y de aquí asechanzas eclesiásticas é imperiales á Jesús. Así desmayan los mismos apóstoles, tan ufanos cuando las palmas y las ramas de olivo seguían á su Maestro, tan recelosos cuando le acosan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercibe á negar, Judas á vender; y entre tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías de muerte, alza las manos al cielo desde aquel Huerto de las Olivas, donde se iniciaban los prodromos de su pasión y los presagios de su fin; pide la intercesión del ángel con Dios, para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz. Pero fué más amplio y más acerbo el cáliz de María, pues como madre, centuplica en el corazón las penas de su Hijo.

IV

¿Cuál porción de bebida tan acerba le tocó á María? Tamaña pregunta puede responderse de varias maneras, apelando á los documentos históricos y apelando á la inducción propia. Resultan las noticias referentes al Salvador tan por extremo escasas, que apenas participa María de la pasión y muerte del Hijo en las Escrituras canónicas. Pero si atendemos á lo que

nosotros alcanzamos de la naturaleza humana y de su irremediable sino, María padeció más que Cristo y más que Cristo murió en la cruz, porque toda madre centuplica todos aquellos dolores de que son sus hijos víctimas. ¿Quién, que se haya criado en los pueblos católicos, no recuerda la triste procesión de Jueves Santo por la tarde? Yo creo ver la humildísima del pueblo, y viéndola, traigo á mi corazón los primeros afectos trágicos de la inocencia y de la infancia. Las torres mudas; los hogares, como si en todos yaciese algún difunto, cerrados; sin vestiduras los altares y sin sacras; esparcidos los candeleros, extinguidas las lámparas; el tenebrario apagándose y causándonos con su obscuridad graduada y sucesiva escalofríos como si el sepulcro se abriese á nuestros pies y el juicio final viniese sobre nuestras frentes; todos estos lutos de tan solemne día no llegaban á la congoja sentida cuando la Virgen Madre iba solitaria, envuelta en túnicas negras y negros mantos; sus manos amarillas como las de un cadáver; amarillo su rostro como las manos y lleno de lágrimas cuajadas cual granizo, porque nuestro terror trágico, al verla entre las elégicas endechas del Miserere cantado por voces lastimeras, nos sugería la idea de que nosotros, pequeñuelos entonces, podíamos también movernos en ese cruel momento, y quedarse nuestras madres como aquella mujer sin consuelo, como aquella sombra de la desesperación.

V

El divino Morales, en cuadro que resplandece por Toledo, nos ha presentado la cabeza de Cristo al concluirse la flagelación, al pisar la vía del Calvario, y aquella cara lívida con negra cruz á su lado, la diadema de abrojos en la frente, los cordeles al cuello, las lágrimas nublando aquella mirada que padece y aun expresa compasión de los demás, la sangre corriendo por los surcos de las mejillas y goteando de la negra bar-

ba, la respiración trocada por tensión de su garganta en una especie de sollozo, tienen tal realidad que ven pasar todos los dolores humanos juntos y sentir allí la crucifixión que los absorbe y sujeta nuestro propio ser, desposado el infeliz desde su nacimiento con la pena y con la muerte. Pues más efecto que la inmortal artística pintura de Morales producían en mí los santos de mi tierra en esta semana mayor. Cuando, por un lado, en aquella procesión de Jueves Santo, se veía la Soledad y por otro lado estaba el Nazareno, como la naturaleza humana se reproduce y se copia toda ella en cada instante sublime, la inteligencia con el corazón se ponían en tanto caso, y las penas horribles, y los desengaños asesinos, y los combates eternos, y las tragedias infinitas é innumerables agolpábanse á nuestros corazones y nos traían el recuerdo completo de cuánto habíamos sufrido todos en nuestros progenitores y el anuncio de cuánto deberemos aún sufrir en todos nuestros descendientes.

VI

Rafael ha pintado por maravillosa manera el paso de Cristo desde la casa de Pilatos al Gólgota. Es el momento en que, agotadas las fuerzas de Jesús, necesita le auxilié y le socorra el Cirineo. Está Cristo caído en el suelo. Los golpes que le han dado, las heridas que le han abierto, la cruz que le han puesto sobre los hombros, las espinas con que le han taladrado la frente, los insultos y las vociferaciones de tanto calumniador como lo ha perseguido y acosado, la pena sugerida por los perjurios y las traiciones, el uso infernal de blasfemias, la bofetada, la flagelación, la pública ignominia, en tales términos han acabado con el que no puede sobrellevar la pesadumbre de su vida, y cae derribado, como un árbol seco, por tierra. Pero hay quien sufre más allí, hay quien padece padecimientos más acerbos todavía, su pobre madre. Jesús parece no que-

rer verla, por no resultar al cabo que en aquella terrible situación da muerte á quien le diera vida. Por tanto, vuelve los ojos á las mujeres, compañeras suyas, y, viéndolas llorar también como su madre, les dice: «No lloréis, hijas de Jerusalén, por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos.» Con efecto, Cristo vió todas las consecuencias de aquel terrible minuto; vió el templo de sus progenitores arruinado; el santuario destruído; las generaciones de aquella ciudad enclavadas como él en una cruz; Sion hecho un montón de cenizas, y los hijos de Sion, que se creyeran señores de la tierra, dispersos, arrastrando una cadena moral, peor cien veces que la cadena material de los esclavos; el eterno deshonor y la eterna ignominia, sólo por no haber comprendido las nuevas ideas contenidas en sus viejos ideales.

VII

Mas, el dolor de los dolores no está en Cristo crucificado, está en su madre al pie de la cruz. Para comprenderlo necesitamos sólo recordar el ministerio cedido de consuno por Dios y por el Universo á la madre. Sólo un amor como el suyo podría conllevar los dolores congénitos á la gestación, al parto, á la crianza de sus hijos. Por eso en la maternidad ha puesto Dios invencibles propensiones á la enagenación de sí misma, que parecen un suicidio lento y que son un holocausto perpetuo. Por algún ave que deje su cría sobre el nido ajeno, en la universalidad casi de ellas, el sentimiento maternal fija las inquietudes de los nervios sobre su nido, y los tiene allí como petrificados é inertes, dando el fuego de vida propio suyo á los menudos seres encerrados en las cortecillas del huevo. ¡Cuánto no ha menester la naturaleza de un ave contrariarse y qué milagros obra en ella el amor, cuando se calla y se fija, pliega sus alas y cierra su pico entregada por completo á la incubación que pide y necesita la perpetuidad indispensa-

ble de su especie! Dígase cuanto se quiera por los pesimistas: así que la mujer siente un fruto de su amor en las entrañas, ya se ha transfigurado. Y así que tiene un hijuelo ha compendiado su vida entera en la cuna. Imaginaos qué le pasará en materia de dolor cuando esa cuna se torne sepulcro y la criatura idolatrada yerto cadáver. El dolor de María en la cruz excede al dolor de Cristo, porque la pasión de éste se agranda y exacerba y recrudece al pasar por las telas del corazón de su madre. Adoremos á María en el pie de la cruz.

VIII

Vamos á la política en sumario muy breve, pues carezco de tiempo.

En mi última correspondencia dije, indagando un poco lo porvenir, con las reservas propias de quien se arriesga por horizontes, los cuales pueden ser adivinados, pero no conocidos desde lo presente, cómo irían en plazo breve las insurrecciones coloniales de vencida y los insurrectos de cabeza. Y así las formidables posiciones de Cavite, para cuya defensa los tagalos aglomeraran todo cuanto les sugiriera su rabia contra los españoles, han caído bajo el poder de nuestro ejército; y la bandera nacional ondea triunfante sobre sus trincheras tomadas y sobre sus reductos rendidos. Esta insurrección, subsiguiente á la cubana, después de habernos afligido al igual que la otra y perturbado la política interior más aún que la otra, precede hoy en declinación hacia el ocaso á su gemela, y anuncia la total pacificación en todos los territorios y regiones de nuestra madre patria, con universal regocijo de los españoles, á cuyas venas se han extraído torrentes de sangre y á cuyos ahorros adelantos con sacrificios sin tasa. Por eso un júbilo extraordinario ha estallado en toda la península, y manifestaciones tan entusiastas como pacíficas, han demostrado que la savia del patriotismo corre por los corazones hispanos todos, en-

cendiéndolos en fervor é impulsándoles á un afecto unísono y acorde, siempre que se trata de la integridad del suelo y de la honra del nombre colectivo, como de todos los verdaderos y comunes intereses nacionales. Pues algo semejante pasa en Cuba respecto de la pacificación deseada y algo debemos prometernos de los últimos acontecimientos, favorables todos á nuestra patria. Hablé con lisura el mes pasado de mi juicio favorable sobre documento de un interés tan grande como el discurso presidencial americano. Y los hechos vienen á decirnos que no marraban mis apreciaciones optimistas, pues á las palabras políticas han seguido hechos de tal naturaleza y de tanta trascendencia, que muchos insurrectos declaran á quien desea oírlo, y sobre todo á sus jefes, que lo creen todo perdido y que deben resignarse al período de las transacciones, si no quieren caer derribados en el período de la sumisión incondicional y absoluta. Con efecto, hacía yo en mi anterior revista dos observaciones: la primera, que habían muerto casi todos los cabecillas de las facciones cubanas, y que tal número de muertes decía bien claro cómo estas facciones habían grande necesidad de ser impelidas al combate, y no refrenadas por sus jefes, los cuales, para darles arrojó, se inmolaban, parte por heroísmo, pero parte también por necesidad, necesidad y heroísmo determinantes de grandes, pero inútiles sacrificios. Mientras yo escribía estas observaciones, las estaba confirmando el ejemplo de Ríus Rivera. Puesto á la cabeza de cuantas partidas dejara tal caudillo allende la trocha de Mariel, juró no rendirse nunca y prometió una guerra de mucha pujanza como la mantenida por su predecesor. Pero no se pueden decir estas absolutas, aunque se cuente con un grande corazón, si hay que contar con partidarios fatigadísimos, y seguros ya de que todos sus esfuerzos resultarán á la postre inútiles y de que nunca podrá sonreírles, nunca, la requerida y deseada victoria. Ríus Rivera combatió con muchísimo esfuerzo, mostró su fibra de guerrillero en el combate, hizo todo lo que su heroísmo le dictara por salvar su gente, pero tuvo

que caer maltrecho, malherido, roto, á la suprema desesperación de los suyos y á la inevitable desgracia de su causa.

X

Las cuestiones europeas van tomando un mal caríz, mientras lo toman bueno las cuestiones nacionales. Ahora vemos cómo contra Grecia no hay más argumento que la fuerza, y cómo, reunidas las potencias, ufanas de componer una confederación internacional, no hacen otra cosa sino romper el derecho internacional, cuyos lazos debían á todas ellas juntarlas y sostenerlas. Ante la verdadera justicia internacional no hay naciones grandes ni chicas; todas tienen iguales derechos, como superiores personalidades políticas que son. Y, sin embargo, las naciones grandes apelan al supremo recurso de un bloqueo contra Grecia, porque son ellas grandes y Grecia chica. No me maravilla, pues, que, andando estas naciones tan desorientadas en los generales asuntos europeos, anden más desorientadas en los respectivos asuntos interiores. Los italianos acaban de celebrar unas elecciones, y cuando todos creíamos que estas elecciones iban á dar una mayoría ministerial compacta y firme, ahora vemos que Rudini, el presidente conservador de la situación, y Cavalloti, el jefe parlamentario de los radicales, se desavienen, después de haber constituido grande unión liberal contra lo que llamaban ellos proceder dictatoriales del formidable Crispi. E igual amargura, ó mayor, en Austria reina tras las últimas elecciones. Así el conde Badeni ha tenido que presentar su dimisión. Y esta dimisión se funda en que, después de haber intentado preparar un Gobierno con los elementos liberales de la Cámara, ve segura su derrota por una coalición de todos los partidos reaccionarios; y después de haber intentado preparar un Gobierno con los elementos reaccionarios de la Cámara, ve segura su derrota por la coalición de todos los partidos libe-

rales. Y debe tratarse nada menos que la renovación del pacto entre Austria y Hungría, base de toda la estabilidad alcanzada en un equilibrio inestable por ese colosal y monstruoso edificio que se llama el imperio austriaco. Y no es menor la confusión de Alemania. Todo se podía esperar menos que por un asunto de barcos salieran en este protestante Imperio gananciosos los jesuitas. Si al más agudo y listo magín le proponen un acertijo de tal clase, con seguridad no lo acierta. ¿Qué tienen de común los barcos alemanes con los ultramontanos jesuitas? Pues vais á saberlo. En la Cámara del Imperio existe un fuerte partido perteneciente á la Iglesia católica. Este fuerte partido vió con horror que Bismark se prevaliese del conflicto suscitado por los dogmas de la Concepción y de la Infallibilidad para expulsar á sus más tenaces mantenedores. Y los jesuitas no pudieron soñar ya con el Estado que les ofreció un asilo, magüer protestante, cuando los expulsaban las monarquías católicas, sin excluir á la ortodoxa monarquía española. Pues bien, así que hay una cuestión entre las oposiciones democráticas y el Imperio alemán, los católicos ofrecen al más buen postor sus huestes. Ahora se niegan á votar los demócratas el aumento de la escuadra, con muy buen acuerdo, y los católicos dicen: «Pues nosotros que hemos votado en su primer debate contra el aumento de barcos, votaremos en pro si la Cámara reabre las puertas del Estado á los expulsos jesuitas. Y hálas abierto la Cámara. Por el Parlamento podrán volver los jesuitas. Pero hay sobre tal Parlamento una Cámara federal, compuesta por los reyes con los Gobiernos germánicos, y esta Cámara no quiere nada con los jesuitas y opondrá el veto á su vuelta, con especialidad los reyes y los Gobiernos católicos. Ved, pues, como se relacionan los barcos y los jesuitas. Debíamos hablar de Oriente; pero lo dejo para la Revista venidera, no sin pedir al cielo que salve á Grecia.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 5 de Mayo de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

L'État comme organisation coercitive de la Société Politique, par Sigismod Balicki, docteur en droit, associé de L'Institut International de Sociologie.—Paris. Giard et Brière. — Un vol. de 184 págs. — Precio, 6 francos.

Si el encadenamiento de las ciencias no fundamenta, en nuestra opinión, toda filosofía, como se reconoció por pensadores insignes después que Comte lo hubo afirmado, hay que admitir, sin duda que reflexión atenta se complace en ahuyentar, que las alianzas que entre las llamadas ciencias particulares median, sus enlaces, las condiciones mutuas que saliendo, al parecer, de su peculiar egoismo, se prestan, auxilian infinitamente al espíritu que persigue la verdad cierta, con frecuencia abatido por abstracciones sinnúmero que erizan de escollos la senda ardua del conocer, corrige distinciones absurdas que, nacidas en el seno de erróneas teorías generan á su vez prácticos errores, y disuelve, en la manifestación unitaria de la suprema verdad de un sistema, dualismos y parcialidades, que hacen infecunda la labor de la ciencia, ayuna de virtualidad para la vida y divorciada constantemente de lo que la realidad exige.

Cuando este principio fué columbrado por filósofos ilustres, ensayóse ya el modo de aunar direcciones dispersas y hasta contradictorias, al parecer, del pensamiento que se dilataba.

Hoy cultívanse con esmero estas conquistas que hizo realizables la moderna vida y los positivistas sobre todo, que excinden todavía la realidad del saber de tantas suertes, y aún los que reaccionan y resucitan la metafísica, validos de procedimientos que les aprendieron, emprenden hermosos estudios sistemáticos, de conciliación fecunda, de las tendencias varias que la verdad reviste, dignos del más caluroso encomio y de los plácemes más entusiastas.

La conjunción de las ciencias físicas y naturales con las que á la sociedad atañen, tan distanciadas hasta hace poco, á que dió nombre de Sociología Augusto Comte, lleva en sí principios de inmarcesible valía; la compenetración perseguida de la Sociología y la ciencia del Derecho, alentará de seguro, por lo que se vislumbra, infinitos progresos, que no ponen la esperanza en remota lejanía, si se juzga la calidad de los estudios de esta guisa, que distraen nobles afanes de los sabios de ese aspecto de la vida.

A la clase de trabajos cuyo mérito encarezco en las líneas que preceden, pertenece el concienzudo de Segismundo Ballycki, editado con elegancia por MM. Giard et Brière en la selecta *Bibliothèque Sociologique Internationale*, que M. René Worms dirige con singular acierto.

Por referencias sabíamos que tenían ese sabor las obras del escritor polaco, que logró mostrar en su última publicación francesa los alientos sobrados con que cuenta para mantener el predicamento adquirido entre los que cultivan producciones de ese género, rico en inestimables frutos. Sus principales estudios anteriores son unos artículos insertos con el título de *Democracia y liberalismo*, en la *Revista Social* de Lemberg, y otros publicados en uno de los pasados años en la conocida *Revue Internationale de Sociologie*, que se titulan *L'organisation spontannée de la société politique*.

Del último libro publicado en francés con el título que transcribo al principio, habré de decir poco ya, en consonancia con lo reducido de estas crónicas de libros, que exigen sólo

noticia somera de los que afrontan los riesgos de la publicidad.

Su contenido está distribuido en varios capítulos que especificaré, acomodándome á límites estrechos. Después de una introducción en que señala los puntos de intersección de ciencias afines, llamadas á grandes conquistas, y de decantar las excelencias de la Sociología en armonía con la Filosofía del Derecho, pasa Balicki á exponer su teoría de la Sociología política, y al efecto, examina en un primer capítulo *Las relaciones del Estado en el seno de la sociedad política*, para lo cual distingue, previo minucioso análisis, los caracteres que le diferencian de la nación, la sociedad y el pueblo, y la comunidad de esencia que con cada uno guarda; después indaga *la organización del grupo gobernante* en armonía con las premisas sentadas y con lo que la Sociología y la Historia hermanadas muestran, y estudia luego las formas que esta organización reviste, en un capítulo tercero dedicado á los *Régimenes constitucionales*; en él expone los caracteres de las dos asociaciones que pueden ocurrir: por semejanza y por concomitancia (*assotiation par ressemblance et par concomitance*) correspondientes á los regímenes llamados directo y representativo, á su vez integrados respectivamente por la aristocracia y la democracia, y por la monarquía y el parlamentarismo.

Estudiadas así las formas que la constitución de un Estado puede afectar, prosigue el autor la investigación comenzada, en otros tres capítulos que destina á tratar *De la soberanía y de la organización gubernamental*, *De la organización de los súbditos* y *De los conflictos sociales y de su inhibición*, que le conducen, después de afirmar cómo la soberanía adecua con la unidad en que se hermanan los elementos dispersos y heterogéneos del pueblo, mantenida por el Estado; cómo la personalidad de los individuos colectiva, ha de estar en concordancia con el grupo en que el Estado encarna, y cómo se resuelven por inhibición de una parte, previo el poder coactivo del Estado, los conflictos azuzados por el germen de discordia que

el fondo de todo comercio entre heterogéneos elementos entraña, á un último capítulo de *Conclusiones*, resumen de la doctrina expuesta, y afirmación de la ruta que el Estado está llamado á seguir en ulterior vida.

Llegamos á hablar del fondo de la doctrina cuando no tenemos, á pesar nuestro, espacio para extendernos lo que menester fuera; sólo diremos, pues, que el autor concibe el Estado como organismo coercitivo de la sociedad política, que es la nación organizada, asociación espontánea y libre, proveniente de homogeneidad y afinidad de elementos internos que entrañan virtual proceso de diferenciación, y el pueblo, como expresión de heterogeneidad de elementos, producto de fusiones sucesivas, de grupos desemejantes. Si tenemos en cuenta que organizado el pueblo da lugar al Estado, que imprime cohesión coercitiva á los refractarios elementos que pugnan en su seno, y que es para el pueblo lo que la sociedad para la nación significa, se verán las relaciones que median, en concepto de Balicki, entre estos elementos que coexisten separados, gracias á estudios concienzudos hechos con lisonjero éxito, ya á fines del pasado siglo, por Adam Fergusson y Augusto Schlötzer, cuyos frutos, que decanta W. Riehl, nos damos prisa á recoger ahora.

En la doctrina de Balicki, convienen, según él mismo reconoce, Bluntschli, Waitz, Jhering, Savigny, Gumplowicz y aun Ahrens. A pesar de eso, no es difícil apreciar la originalidad del libro de que trato, y las nuevas aplicaciones que de la Sociología, la Filosofía del Derecho y la ciencia del Estado hace. Aunque no concuerde el suyo con nuestro juicio siempre, ni llamemos de igual suerte muchas cosas, ni interpretemos en consonancia algunos hechos, reconocemos en el trabajo que reseñamos labor profunda que aporta inestimables datos y solución cumplida á los estudios *realistas* de la sociedad y á los problemas pendientes con ella relacionados.

LEOPOLDO PALACIOS.

Théories modernes sur les origines de la famille, de la société et de l'Etat, por Adolfo Posada; traduction française por Frantz de Zeltner. — Bibliothèque Internationale de Sociologie.—Un vol., 150 págs.—París, 1896; 4 francos.

Numerosas y diversas, inasibles á causa de su número y contradictorias en su gran diversidad: he ahí cómo se ofrecen las doctrinas, á veces simples, pero á menudo complejas, sobre los orígenes oscuros de la familia, de la sociedad y del Estado. Por otra parte, esas teorías son casi todas teorías modernas; y la confusión aumenta, sobre todo para quien quiere enterarse de ellas y trata de distinguir sus resultados definitivos. Y, realmente, las investigaciones científicas, aplicadas á este importante asunto, ¿han producido conclusiones indiscutibles y ha surgido la certidumbre absoluta, y por ende inmutable, de las incertidumbres por ellas aclaradas? No creo que cabe responder afirmativamente sin grave riesgo.

Pero, precisamente á causa de la persistencia de esas temibles obscuridades, adquiere todo su valor y plena utilidad un libro como el publicado por el Sr. Posada. En capítulos claros, mérito esencial, y breves, mérito capital, el Sr. Posada enumera y analiza los sistemas que brotan de múltiples investigaciones. ¿Se ha de afirmar que, en el origen, la unidad social fué el grupo de parientes nacidos de un mismo padre y gobernados autoritariamente por él? ¿Se ha de sostener, por el contrario, con Bachofen, que la humanidad ha comenzado por un estado de promiscuidad general, en el cual el varón no se cuidaba para nada de los hijos por él engendrados, pero en el que la mujer, consagrada á ellos, llega á ser el centro de la familia, y, por consiguiente, la depositaria de la autoridad? En suma, ¿por donde se ha empezado, por el matriarcado ó por el patriarcado? Cruel enigma. Fácilmente se ve el interés de la controversia, y de un modo especial en el resumen que de ella se hace por el Sr. Posada.

¿Cómo y por cuál evolución se extendió el grupo familiar? ¿Qué fueron, en realidad, la familia y la sociedad primitivas?

¿Cuál fué también la naturaleza del Estado primitivo? Acerca de estas cuestiones, de importancia excepcional, las discusiones se entrecruzan, armados los adversarios con fuertes argumentos. El Sr. Posada discierne en todo eso lo verdadero de lo falso. Verdaderamente, para concentrar en 150 páginas teorías y opiniones tan múltiples, se requería, no sólo una crítica muy perspicaz, sino también una gran competencia dogmática. Ni una ni otra faltan al Sr. Posada, cuya obra es, por consiguiente, un guía seguro y un libro excelente.

ERNEST CHARLES.

(De la *Revue Internationale de Sociologie*.)

Il problema delle origini del diritto, de S. Fragapane.—Roma, Ermanno Loescher é C.^o editori, 1896.—Un vol. de 291 págs., 6 liras.

Sabida es la importancia que en todos los órganos del conocimiento ha adquirido el criterio genético. Apenas hay ya ciencia alguna que se muestre satisfecha con el estudio estático de los seres ó fenómenos que le sirven de materia y que no sienta la necesidad de introducir, junto á aquél, el estudio dinámico, con el cual únicamente es posible darse razón de por qué los seres y fenómenos actuales se nos presentan en la forma en que los vemos. El criterio genético, además, que es forzosamente un criterio comparativo, sirve admirablemente para curarnos de ciertas ilusiones que con frecuencia padecemos, una de las más perniciosas, de las cuales, consiste en juzgar eternas, absolutamente imprescindibles é indefectibles, las condiciones que constituyen el medio en que vivimos.

En el campo social y jurídico, acaso donde las ilusiones re-

E. M.—*Mayo* 1897.

13

feridas han producido y siguen produciendo mayor daño, tenemos ya también á estas horas una literatura relativamente abundante, penetrada del sentido genético, histórico y comparativo, y gracias á la cual sabemos que el Derecho y todas las instituciones sociales han tenido un origen humildísimo en el tiempo, con formaciones naturales que han ido apareciendo en la vida, según la necesidad lo reclamaba, no dones gratuitos, y se modifican y transforman sin cesar, á medida que se transforman y modifican los factores de que ellas son un resultado. A esta literatura pertenece el libro del señor Fraga-pane, aunque se distingue bastante de otros trabajos del mismo género por predominar en él un sentido filosófico, sintético, de sobriedad en el dato y en el detalle, que en ocasiones hace al autor ser algo abstruso.

De cuatro libros se compone la obra. En el primero hace el señor F. una excursión por el campo de la historia de la filosofía, desde Grecia en adelante, para presentar ante la vista del lector las maneras diferentes cómo á través del tiempo se ha concebido y tratado de resolver el problema jurídico, hasta venir á la concepción genética de nuestros días: es, pues, un capítulo de historia de la filosofía del Derecho. El segundo libro está consagrado á exponer cuál sea el concepto científico de las investigaciones genéticas, cuál el método y las condiciones subjetivas de cognoscibilidad, cuál el supuesto científico de aquellas investigaciones (criticando en este lugar el uso ilegítimo que se hace del supuesto evolutivo y de las aplicaciones biológicas en sociología) y cuáles los datos á que las mismas han de contraerse por lo que al Derecho toca, datos que son, según el autor, de dos clases: unos relativos al hecho de la justicia y otros á la formación de la personalidad. A tal estudio, ó sea á indagar de qué manera se forma la justicia y la personalidad en el seno de la sociedad, están dedicados los dos últimos libros. El uno, que es el tercero de la obra, trata de cómo se originan, por selección gradual, las normas jurídicas, cooperando, al efecto, tanto el *consensus social* como la acción

é intervención del poder social; y de cómo aparece, también por grados, y adquiere cada vez mayor intensidad, el hecho de la sanción y con él la idea de la sanción. En el libro cuarto expone F. las condiciones que dan origen á la personalidad, tanto desde el punto de vista psíquico y moral, como desde el social y el jurídico.

El libro, que además de su valor intrínseco está editado en excelentes condiciones tipográficas, merece ser conocido por todos los amantes de los estudios de filosofía jurídica.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Aguilar y Cano (A.)—Los ingenios de las *Flores de poetas ilustres de España*. El Marqués del Aula. En 4.º, 50 páginas y colofón.
- Aldrey (C. A.)—Ortografía fonética y justificación de la usual española. En 8.º mayor, 168 páginas.
- Balaguer (V.)—El regionalismo y los juegos florales. En 8.º, VIII 327 páginas.
- Banco de España.—Memoria leída en la Junta general de Accionistas. En 4.º mayor, 79 páginas.
- Benavente (J.)—El marido de la Téllez; boceto de comedia en un acto. En 8.º, 94 páginas; 1 pta.
- Bermejo (I. A.)—Curiosidades históricas. Costumbres y tiempos de Mari-castaña. En 8.º 335 páginas; 2 ptas.
- Besteiro (J.)—La Psicofísica (obra premiada por el Ateneo de Madrid). En 4.º, 144 páginas.
- Canto-Claro.—La cariátide. Novela. En 8.º, 292 páginas; 1,50 pesetas.
- Carracido (J. R.)—Estudios histórico-críticos de la Ciencia española. En 4.º, 223 páginas; 3 ptas.
- Castillo (M.)—La clasificación bibliográfica decimal: exposición del sistema y traducción directa de las tablas generales del mismo. En 4.º, 70 págs; 2 ptas.
- Díez Pinedo (E.)—Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para 1897. Año VI. En 8.º, 581 páginas; 5 ptas.
- Estadística de la administración de justicia en lo *criminal* durante el año 1895 en la Península é islas adyacentes, publicada por el Ministerio de Gracia y Justicia. En 4.º mayor, 170 páginas.
- Estadística de la administración de justicia en lo *civil* durante el año 1895, en la Península é islas adyacentes, publicada por el ministerio de Gracia y Justicia. En folio, 286 páginas.
- Estado general de la Armada para el año de 1897. En 8.º mayor. 2 tomos; 6 ptas.
- Fabié (A. M.)—Estudio sobre la organización y costumbres del país vascongado, con ocasión del examen de las obras de los señores Echegaray, Labairu, etc. En 4.º, xv-219 páginas; 3 pesetas.
- Feliú y Codina (J.)—La real moza: comedia en tres actos, en prosa. En 8.º, 78 págs.; 2 ptas.
- Gallego (F.)—La insurrección cubana. Crónicas de la campaña. En 4.º, 263 págs.; 3 ptas.
- Ganivet (A.)—La conquista del reino de Maya, por el último conquistador español Pío Cid. En 8.º mayor, 387 págs.; 3 ptas.
- Garay (Blas).—La revolución de la independencia del Paraguay. En 8.º, 215 págs.; no se vende.
- Idem.—Compendio elemental de historia del Paraguay. En 8.º, xvi-300 págs.; no se vende.
- García Criado y Menéndez (J.)—A orillas del Tajo; esparcimientos.

- literarios. En 4.º, xvi-272 págs.; 4 pesetas.
- Gutiérrez Sobral (J.)—Canal de Nicaragua. En 4.º, 26 págs.
- Hidalgo (J. G.)—Asuntos de ciencia y de enseñanza. I. ¿Dónde deben construirse el Museo de Ciencias Naturales y la Facultad de Ciencias de Madrid? En 4.º, 16 págs.; no se ha puesto á la venta.
- Irissarry Honorat (E. B.)—Complemento al maestro de los verbos franceses. En 8.º, 63 págs.; 1 peseta.
- Lázaro é Ibiza (B.)—Botánica descriptiva. Compendio de la flora española y estudio especial de las plantas criptógamas y fanerógamas, indígenas y exóticas que tienen aplicación á la medicina, agricultura, industria y horticultura. *Tomo II*. En 4.º mayor, 1.038 páginas con grabados; 17,50 ptas.
- Leoz (M.)—Poca cosa; cuentos. En 12.º, 61 págs.; 1 pta.
- López Toral (F.)—La contabilidad secreta del comerciante, manufacturero, banquero, etc. En 4.º, 36 págs.; 2 ptas.
- Maestre (T.)—Los degenerados; drama. En 8.º, 77 págs.; 2 ptas.
- Márquez Sterling (M.)—Emanuel Lasker. Una partida con A. B. Hodges. El ajedrez en México. En 12.º, 32 págs.; 1 peseta.
- Martí-Miquel (J.)—Flores de luz. Poesías de autores extranjeros puestas en rima castellana. En 12.º, 213 págs.; 0,50 pesetas.
- Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, correspondientes al año de 1896. En 4.º, 74 págs.
- No se ha puesto á la venta.
- Mhartín y Guix (E.)—Curso completo de taquigrafía abreviada, dividido en diez lecciones «Sistema Martí.» En 8.º, 166 páginas; 2,50 pesetas.
- Monumenta historica Societatis Jesu nunc primum edita a patribus ejusdem societatis. *Annus quartus*. Fasciculus quadragesimus. En 4.º, 160 págs.; cada cuaderno 3 pesetas.
- Contiene: Vita Ignatii Loiolae et rerum societatis Jesu: historia auctore Alphoso de Polanco, ejusdem societatis sacerdote. Tomus v. (1555.) (Pliegos 11 á 20).
- Osuna (F. de).—Comentarios en verso escritos en 1599, para un libro en prosa que se había de publicar en 1896. En 8.º, 16 págs.
- No se ha puesto á la venta.
- Pérez Galdós (B.) Doña Perfecta: drama en cuatro actos, arreglo teatral de la novela del mismo título. En 8.º, 87 págs.: 2 pesetas.
- Idem.—La fiera, drama en tres actos. En 8.º, 79 págs.; 2 pesetas.
- Restrepo (J.)—Estudio sobre la responsabilidad civil, por delitos y culpas. Alegato que el Dr. Julián Restrepo H. presenta al Tribunal de Cundinamarca, como abogado del señor General Juan M. Dávila. Bogotá. Impr. de Antonio María Silvestre. 1896. En 8.º mayor, 68 págs.
- Ricar (M.)—Manual del ajedrecista. En 8.º, 88 págs.; 2 pesetas.
- Ripollés y Baranda (M.)—Jurisprudencia civil de Aragón, recopilada y ordenada según el plan del Código civil. *Tomo I*. En 4.º, XLVIII-445 págs.; 7 pesetas.
- Sánchez de Ocaña (R.)—Contribuciones é impuestos en León y Cas-

- tilla durante la Edad Media. En 4.º, 456 págs.; 3 pesetas.
- Sanmartín y Aguirre.—Filigranas. Intimas. En 8.º, 204 págs.; 2,50 p.
- San Román (M. de).—Guerra civil de 1833 á 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del general Oráa, 1837-1838. *Tomo II*. En 4.º, LIII-221 págs.; 4 pesetas.
- Santos (J. N.)—España, Cuba, Estados Unidos; reformas que se imponen. En 8.º, 80 págs.; 1 pta.
- Sastrón (M.)—Colonización de Filipinas. Inmigración peninsular. En 4.º, 115 págs.; 3 pesetas.
- Satué (C.)—Mostaza inglesa. En 12.º, 95 págs.; 0,50 pesetas.
- Scævola (Q. M.)—Legislación española. Código civil comentado y concordado extensamente. *Tomo XII*. En 4.º, 848 págs.; 9 ptas.
- Sola y Uriel (D.)—Compendio de gramática castellana. En 8.º, 152 páginas. Cartón; 1 peseta.
- Soriano (R.)—Por esos mundos..... En 12.º, 192 págs.; 0,50 pesetas.
- Soto (S. M.)—El tercio alavés en la guerra de Africa (1859 á 1860). En 8.º, 133 págs.; 2 pesetas.
- Taboada (L.)—Perfiles cómicos. En 12.º, 192 págs.; 0,50 pesetas.
- Tejera y Magnin (L. de la.)—Puente transbordador, sistema Palacio. Memoria descriptiva. En folio, 198 págs.; 10 pesetas.
- Tello Amondareym (M.)—Ceuta, llave principal del Estrecho. Apuntes para un estudio político-militar. En 8.º, 408 págs.; 5 ptas.
- Torcal (N.)—Armonías del crepúsculo (poesías). En 8.º, 203 páginas; 2 pesetas.
- Torres Manzanares (B.)—Hipología militar. En 8.º mayor, XII-355 páginas; 7,50 pesetas.
- Urrecha (F.)—Agua pasada; cuentos, bocetos, semblanzas. En 8.º, 215 págs.; 2 pesetas.
- Valera (J.)—Genio y figura (novela). En 8.º, 218 págs.; 8 pesetas.
- Valle-Inclán (R. del.)—Epitalamio (historia de amores). En 12.º, 109 págs. (cinco viñetas); 2 pesetas.
- Valverde Téllez (E.)—Apuntaciones históricas sobre la filosofía en Méjico. En 4.º, XIV-177 páginas; 15 pesetas.
- Vargas (R.)—Ejercicios de gramática castellana ó modo de enseñarla por el método intuitivo. En 8.º, 31 págs.
- Viladot (O.)—Novelas contemporáneas. El caciquismo. En 8.º, 159 págs.; 2 pesetas.
- Villalva y Hervás (M.)—Una década sangrienta. Dos regencias. En 8.º, 397 págs.; 3 pesetas.
- Villalobos B. (D.)—Lecciones de historia de Chile, arreglada en círculos concéntricos y precedida de un estudio sobre la metodología del ramo. Dos tomos en 8.º, 251 v-340 págs.; 6 pesetas.
- Wolf (F.)—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, traducción del alemán, por Miguel de Unamuno, prof. de la Universidad de Salamanca, con notas y adiciones por M. Menéndez y Pelayo. *Tomo II* (fin). En 4.º, 492 págs.; 8 pesetas.
- Zerolo (E.)—Legajo de varios. Cairasco de Figueroa y el empleo del verso esdrújulo en el siglo XVI. La lengua, la Academia y los académicos: usurpaciones de Inglaterra en la Guayana Venezolana; ensayos literarios, cuentos y otras cosas. En 8.º, x-420 páginas; 4,50 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El saludo de las brujas</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>El partido socialista en España</i> , por Pablo Iglesias.....	23
<i>Algunas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda</i> , por Blanca de los Ríos de Sampérez.....	37
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	90
<i>Proyecto de un plan de estudios de segunda enseñanza</i> , por Tomás Escriche.....	107
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.	127
<i>La prensa internacional.—El empleo de la vida</i> , por Sir John Lubbock, traducido por el Dr. Luis Marco.....	137
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	177
<i>Notas bibliográficas</i> , por Leopoldo Palacios, Ernest Charles y P. Dorado..	188
<i>Obras nuevas</i>	196

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACIÓN DE

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.—MADRID.

- Aguanno** (José D.)—*La Génesis y la evolución del Derecho Civil*, según los resultados de las ciencias antropológicas é histórico sociales, con una introducción de G. P. Chironi. Traducción de P. Dorado. Un gran vol. 4.º m., 15 pesetas.
Sirve de texto en varias Universidades.
- Idem.**—*La Reforma integral de la Legislación Civil*; traducción de P. Dorado. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.
- Alcofurado** (Mariana).—*Cartas amorosas de la monja portuguesa Mariana Alcofurado, dirigidas al Conde de Chamilly*. Un vol. impreso en cartulina, edición de bibliófilo, tirada de 200 ejemplares, á 3 pesetas.
Son las más bellas cartas de amor que existen impresas.
- Anónimo.**—*¿Académicas?* Curiosísimo librito anónimo, una peseta.
- Anónimo.**—*Currita Alborno al Padre Coloma*. Un vol. una peseta.
- Araujo y Sánchez** (Ceferino).—*Goya*, estudio biográfico crítico, con el catálogo de sus obras. Un vol. en 4.º m., edición de bibliófilo, tirada de 300 ejemplares, á 3 pesetas.
- Arenal** (Concepción).—*El Visitador del Preso*, 3 pesetas. *El Derecho de Gracia ante la justicia y El reo, el pueblo y el verdugo*, 3 pesetas. *El Delito colectivo*, 1,50 pesetas.
- Arnold** (Mateo).—*La Critica en la actualidad*, 3 pesetas.
- Asensio** (J. M.)—*Fernán Caballero*, una peseta. *Martin Alonso Pinzón* (estudio histórico), 3 pesetas.
- Asser** (T. M. C.)—*Derecho internacional privado*; obra completada por Alfonso Rivier; traducida, prolongada y anotada por J. F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.
Sirve de texto en varias Universidades.
- Balzac** (Honorato).—*Eugenia Grandet. Papá Goriot. Ursula Mirouet. César Birotteau. La quiebra de César Birotteau*. Cinco volúmenes, á 3 pesetas cada uno.
- Barbey d'Aurevilly** (J.)—*El Cabecilla. El Dandismo y Jorge Brummel. Venganza de una mujer. Las Diabólicas. Una historia sin nombre. La Hechizada*. Seis volúmenes, á 3 pesetas cada uno.
- Baudelaire** (Carlos).—*Los paraísos artificiales*, un vol., 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa** (Ricardo).—*Trueba*, biografía, una peseta.
- Bergeret** (Gastón).—*Eugenio Mouton (Merinos)*, una peseta.
- Bourget** (Paul).—*Hipólito Taine*, biografía, 50 céntimos.
- Buylla** (Adolfo A.)—*Economía*. Un vol. en 4.º m., de 676 págs., 12 pesetas.
Esta obra comprende ocho partes que constituyen la Economía

Política, cada una de ellas á cargo de un profesor especialista, en la siguiente forma:—I. Concepto de la Economía y carácter de su ciencia, por Adolfo A. Buylla.—II. Los conceptos fundamentales de la Economía Social, por J. G. Neumann.—III. La producción económico social, por F. Kleinwaechter.—IV. La formación del precio, por F. G. Neumann.—V. La Moneda, por E. Nasse.—VI. El Crédito y los Bancos, por Ad. Wagner.—VII. La distribución económico-social, por F. Mithoff.—VIII. El consumo económico social, por G. Lexis.

Sirve de texto en varias Universidades.

Campe (Enrique).—*Historia de América*, con notas y aclaraciones de Fernández Duro, dos volúmenes, 6 pesetas.

Campoamor (Ramón de).—*Ternezas y Flores, Ayes del alma, Fábulas*. En un solo volumen, 3 pesetas. *Doloras y Humoradas*. Todas en un solo vol., 3 pesetas. *Cánovas*, estudio biográfico, una peseta.

Carnevale (Manuel).—*La cuestión de la pena de muerte*. Un vol., 3 ps.

Idem.—*Filosofía jurídica*. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

Contiene: Ciencia criminal y ciencia penal. El Derecho. La pena en el derecho. Noción de la pena. Función de la pena. El principio ideal en la pena. Auxiliares de la pena. Decadencia de la pena.

Caro (E.).—*El pesimismo en el siglo XIX. El suicidio y la civilización. Costumbres literarias. Littré y el positivismo. El derecho y la fuerza, ó Kant y Bismarck*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Coppée (Francisco).—*Un idilio*, 3 pesetas. Delicadísima novela.

Cherbuliez (Victor).—*Miss Rovel. La Tema de Juan Tozudo. Amores frágiles. Paula Meré. Meta Holdenis*. Cinco vols., á 3 pesetas cada uno.

Daudet (Alfonso).—*Jack*, dos tomos. *La Evangelista. El Sitio de París. Novelas del lunes. Cartas de*

mi molino. Tartarin en los Alpes. Cuentos y fantasías. Ocho volúmenes, á 3 pesetas cada uno.

Dorado (Pedro).—*Concepción Arenal*, una peseta. *Problemas jurídicos contemporáneos*. Un vol. en 4.º m., 3 pesetas.

Dostoyuski (Fedor).—*La Casa de los muertos*, 3 pesetas. *La Novela del presidio*, 3 pesetas.

En estas dos obras relata de mano maestra, el ilustre novelista ruso, todos los trágicos incidentes de sus prisiones en Siberia.

Engels (Federico).—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Un vol. en 4.º, m. de 336 páginas, 6 pesetas.

Es la obra más notable que ha producido el socialismo, después de *El Capital*, de Marx.

Fernan-Flor.—*Zorrilla*, una peseta. *Tamayo*, una peseta.

Fernández Guerra (Aureliano).—*Don Juan Eugenio Hartzenbusch*, una peseta.

Ferrán (Augusto).—*Obras completas*, 3 pesetas.

Comprende: Prólogo, por Gustavo Becquer, y Cantares del pueblo, La Soledad, La Pereza, Una inspiración alemana, El Puñal, Epitafio de una joven y traducciones é imitaciones de Enrique Heine.

Es un precioso libro que debe conocer todo el que haya leído las obras de su émulo Becquer, á quien supera muchas veces.

Ferri (E.).—*Estudios de Antropología*, 3 pesetas. *Nuevos estudios de Antropología*, 3 pesetas.

Idem. (En colaboración con Lombroso, Garofalo y Fioretti).—*La Escuela criminológica positiva*. Un vol. en 4.º mayor, 7 pesetas.

Flaubert (Gustavo).—*Un corazón sencillo*, 3 pesetas.

Fouillée (Alfredo).—*Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Idem.—*La Ciencia social contemporánea*, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

Idem.—*Historia de la Filosofía*, dos vols. en 4.º m., 12 pesetas.

Framarino dei Malatesta (Nicolás). *Lógica de las pruebas en materia criminal*. Dos grandes vols., 15 pesetas.

Esta obra, digno complemento del *Tratado de las pruebas en materia civil*, de Ricci, ha tenido un éxito enorme en Italia y viene á llenar completamente entre nosotros la necesidad sentida por los profesores de Derecho, abogados, jueces y magistrados, de un buen tratado rigurosamente científico y eminentemente *práctico* acerca de las pruebas en materia criminal. Ninguno de los problemas relativos á la indicada *prueba* queda por estudiar en este precioso libro. Empieza por una preparación lógica; luego estudia las cuestiones generales de *la prueba*, su naturaleza, sus reglas, su clasificación, el peso de la prueba; siguen las diferentes pruebas particulares, directas é indirectas (especialmente las indirectas), reales y personales, dedicando todo el tomo segundo á hacer un examen, el más completo que existe, sobre la prueba testifical, la documental y la material.

Garofalo (R.)—*La Criminología*, estudio sobre el delito y sobre la teoría de la represión, con un apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli, traducción por P. Dorado. Un gran vol., 10 pesetas.

Idem.—*Indemnización á las víctimas del delito*. Traducción y estudio crítico, por P. Dorado. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.

Idem.—*La superstición socialista*. Un vol. en 4.º m. 5 pesetas.

Idem.—(En colaboración con Lombroso, Ferri y Fioretti.) *La escuela criminológica positiva*. Un vol en 4.º mayor, 7 pesetas.

Gautier (Teófilo).—*Bajo las bombas prusianas*.—*Nerval y Baudelaire*.—*Madama de Girardin y Balzac*, tres tomos, á 3 pesetas cada uno.—*Enrique Heine*, biografía, una peseta.

Gay (Sofía).—*Salones célebres*, 3 pesetas.

Gladstone (W. E.)—*Los grandes nombres*. Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.

Ocúpase el insigne político inglés en esta obra de los hombres ilustres que han contribuído al progreso de la humanidad.

Idem. *Lord Macaulay* (biografía) una peseta.

Goncourt (Los hermanos).—*Querida*.—*Renata Mauperin*.—*Germi-
nia Lacerteux*.—*La Elisa*.—*La Faustina*.—*La Señora Gervaisais*. Seis tomos á 3 pesetas cada uno.

Idem.—*Historia de María Antonieta, reina de Francia*. Un vol. en 4.º m., de 384 páginas, 7 pesetas.

Idem.—*Historia de la Pompadour*. Un vol en 4.º m., 6 pesetas.

González (Carlos).—*Derecho usual. Resumen de los principios generales del Derecho y del Derecho positivo español*. Un vol. en 4.º mayor, encuadernado en tela, 5 pesetas.

Esta obra es de utilidad grandísima para quien quiera conocer el Derecho sin estudiar la carrera, para quien desee recordar los conocimientos adquiridos, y principalmente para repaso de las asignaturas con objeto de tomar el grado. A este fin la emplean con grandísimo éxito los estudiantes.

Goschen (C. J.)—*Teoría sobre los cambios extranjeros, con una introducción del marqués de Villaviciosa de Asturias*. Un vol. en 4.º mayor, de 320 páginas, 7 pesetas.

Grave (Juan).—*La Sociedad futura*. Traducción del Dr. Marco. Un vol en 4.º m., 8 pesetas.

En esta importantísima obra se estudia lo que será la sociedad anarquista.

Gross (Hans).—*Manual del Juez*, para uso de los jueces de instrucción y municipales, Gobernadores de provincia, Alcaldes, Escribanos, Oficiales y Subalternos de la Guardia civil, Agentes de policía, etc. Obra traducida

del alemán é ilustrada con multitud de grabados. Un vol. en 4.º mayor, 12 pesetas.

Los grandes progresos realizados últimamente en el descubrimiento y captura de criminales en todas las naciones, se deben á la publicación de esta obra.

Trata, entre otras muchas materias: Del conocimiento de los hombres. Del interrogatorio. De los testigos. De la inspección ocular. De los peritos. De los médicos. De los casos que entran en el dominio de la medicina legal. De las huellas. De las manchas. De la fotografía. De la antropometría. Prácticas de los rufianes. Robos y secuestros. La superstición. La criptografía. La prensa periódica. Las lesiones. Las armas. Las estafas. Autores, cómplices y encubridores. De los incendiarios. Delitos cometidos empleando procedimientos científicos. Daños y perjuicios, etc.

Cumpłowicz (Luis).—*Derecho político filosófico*, traducción del alemán, prólogo y notas, por P. Dorado, Un vol. en 4.º m., 10 pesetas.

De texto en varias Universidades.

Idem.—*La lucha de razas*. Un volumen en 4.º mayor, 8 pesetas.

Guyau (M).—*La educación y la herencia*, estudio sociológico, traducido, prologado y anotado, por A. Posada. Un vol. en 4.º mayor, 8 pesetas.

Heine (Enrique).—*Memorias*, 3 pesetas.

Pocos libros más encantadores que este, en el cual el gran poeta nos cuenta sus aventuras.

Howard Collins (F.).—*Resumen de la filosofía e Herbert Spencer*, con un prólogo de Herbert Spencer. Dos volúmenes en 4.º mayor, 15 pesetas.

El ilustre filósofo inglés ha declarado que este Resumen está muy bien hecho, y que es indispensable para quien quiera conocer á fondo su filosofía.

Hunter (Guillermo A.).—*Sumario*

de Derecho Romano. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.

No hay estudiante inglés que no curse por este libro al que llaman *the little Hunter* (el pequeño Hunter), dándole el nombre de su ilustre autor, que actualmente ocupa la cátedra de Sumner Maine.

No existe libro que resumamejor, ni con más claridad, ni en menos páginas, 220, el Derecho romano; por esto se valen de él para aprender muy bien en pocos días la asignatura los estudiantes ingleses, y ha sido aceptado con igual éxito por los españoles.

Kells Ingram (Juan).—*Historia de la Economía política*, traducida del inglés por M. de Unamuno. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Kidd (B.).—*La evolución social*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Krapotkin (Príncipe Pedro).—*La conquista del pan*, 3 pesetas.

Lange (A.).—*Luis Vives*, traducción del alemán, revisada por M. Menéndez y Pelayo. Un vol. en 4.º mayor, 2,50 pesetas.

El mayor elogio que puede hacerse de esta obra es recordar que su autor escribió la célebre *Historia del materialismo*.

Laveleye (E.).—*Economía política*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de Economía en la Universidad de Lieja, es completísima, alcanzando hasta el socialismo y la anarquía en sus últimas manifestaciones.

De texto en varias Universidades.

Lombroso (César).—*El hipnotismo. Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología. Últimos progresos de la Antropología*. Tres volúmenes, á tres pesetas cada uno.

Idem.—(En colaboración con Ferri, Garofalo y Fioretti). *La escuela criminológica positiva*. Un volumen en 4.º mayor, 7 pesetas.

Lubbock (Sir John).—*La vida dichosa*, 3 pesetas.

Martens (F. de).—*Tratado de Dere-*

cho Internacional. Prologado y anotado por F. Prida, profesor de esta asignatura en la Universidad de Valladolid. Tres volúmenes en 4.º m., 22 pesetas.

Esta obra del ilustre profesor de San Petersburgo, es el mejor tratado de Derecho internacional, público y privado, que actualmente existe.

De texto en muchas Universidades.

Maupassant y Alexis.—*Emilio Zola*, biografía, una peseta.

Macaulay (Lord).—*Estudios jurídicos*, dos vols., 6 pesetas.

Manduca (F.).—*El procedimiento penal y su desarrollo científico*. Traducción, prólogo y notas por A. Pintós. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

Menéndez y Pelayo (Marcelino).—*Nuñez de Arce*, una peseta. — *Martínez de la Rosa*, dos biografías, cada una una peseta.

Merimée (Próspero). — *Colomba*, 3 pesetas. — *Mis perlas*, 3 pesetas.

Meyer (F.).—*Derecho administrativo. La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, seguida de la organización administrativa en España*, por Adolfo Posada. Un vol. traducido del alemán, 5 pesetas.

II tomo.—*La Administración social. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes*, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Miraglia (Luis).—*Filosofía del Derecho*, dos volúmenes en 4.º mayor, 15 pesetas.

Hermosa obra que compendia todos los adelantos en la materia.

Molins (Marqués de).—*Bretón de los Herreros*, una peseta.

Neumann (Barón Leopoldo de).—*Derecho Internacional público moderno*; obra traducida del alemán, prologada y anotada por A. Sela, prof. de esta asignatura en la Universidad de Oviedo. Un vol en 4.º m., 6 pesetas.

Sirve de texto en varias Uni-

versidades y en la Escuela superior de Guerra.

Pardo Bazán (Emilia).—*El Padre Coloma*, 2 pesetas. *Alarcón*, 1 peseta. *Campoamor*, 1 peseta.

Passarge (L.).—*Ibsen*, 1 peseta.

Picón (J. O.).—*Ayala*, 1 peseta.

Posada (Adolfo).—*Derecho Administrativo. La Administración política y la Administración social*. Exposición crítica de las teorías y legislaciones administrativas modernas más importantes. Un vol., 5 pesetas.

La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria, obra escrita en alemán, por F. Meyer, con introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada. Un vol., 5 pesetas.

Renán (Ernesto).—*Mi infancia y mi juventud*, 3 pesetas. *Memorias íntimas* (dos tomos), 6 pesetas. *Estudios de Historia religiosa*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *La vida de los Santos*. Un vol. en 4.º m., 6 pesetas.

Ricci (Francisco).—*Tratado de las pruebas (en derecho civil)*. Traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la Jurisprudencia española, por Buylla y Posada. Dos vols. en 4.º m., 20 pesetas.

Comprende: De la prueba en general. De la prueba por escrito. Del documento público. Del documento privado. De la prueba testifical. De la confesión. Del juramento decisorio. Del juramento de oficio. De la cosa juzgada.

Sainte-Beure (C. A.).—*Tres mujeres* (Madama de Staël, Madama de Sevigne y Juliana de Krudner. Apéndice: El salón de la Baronesa de Staël). Un vol. 3 pesetas. *Retratos de mujeres* (Madamas de Souza, de Pontivy, Durás, Roland y Guizot). Un vol., 3 pesetas.

Sardou (Victoriano).—*La perla negra* (novela), 3 pesetas.

Savigny (F. de).—*De la vocación de nuestro siglo para la Legislación*

- y para la Ciencia del Derecho.*
Un vol. en 4.º m., traducido del alemán, 3 pesetas.
- Schopenhauer** (Arturo).—*Estudios escogidos*, 3 pesetas.
- Idem.**—*Fundamento de la moral.*
Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.
- Idem.**—*El mundo como voluntad y como representación.* Tomos 1.º y 2.º en un vol. en 4.º m., 12 pesetas.
- Sighele** (Scipión).—*El delito de dos*, ensayo de psicología morbosa. Un vol. en 4.º mayor, 4 pesetas.
Comprende: La sugestión en el delito. Sugestión de un delincuente sobre otro. La pareja sana. La pareja suicida. La pareja demente. Los Goncourt. Eloisa y Abelardo. Carlyle y su esposa. Ideas de Schopenhauer, Espinas y Roger. Los esposos asesinos. Los amantes asesinos. La pareja infanticida. El infanticidio. El aborto. La cortesana y el *souteneur*. La pareja tribadita y la pareja cinédica, etc.
- Idem.**—*La muchedumbre delincuente*, ensayo de Psicología colectiva. Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.
- Idem.**—*Teoría positiva de la complicidad.* Un vol. en 4.º m., 5 pesetas.
- Spencer** (Herbet).—*La Justicia.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Las Instituciones eclesiásticas.* Un volumen en 4.º m., 6 pesetas. *La moral de los diversos pueblos y la moral personal.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *La Beneficencia.* Un vol. en 4.º m., 6 pesetas. *El organismo social.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Instituciones sociales.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *Instituciones políticas.* Dos volúmenes en 4.º m., 12 pesetas. *El Progreso, su ley y su causa.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. *De las leyes en general.* Un vol. en 4.º m., 8 pesetas. *Exceso de legislación.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. (Contiene: Exceso de Legislación. Para qué es bueno el sistema representativo. La reforma parlamentaria. Intrusión del Estado en la circulación monetaria y fiduciaria. Administración especializada. Stuart Mill contra Hamilton. De la libertad á la esclavitud). *Etica de las prisiones.* Un vol. en 4.º m., 10 pesetas. (Contiene: Etica de las prisiones. La Etica de Kant. Etica política absoluta. Moral del Comercio. Moral y policía de los ferrocarriles. La sabiduría colectiva. Feticchismo político. Ensayo de estética. Filosofía del estilo. Uso y belleza. Las fuentes de los tipos arquitectónicos. La gracia. La belleza personal. Origen y función de la música. Fisiología de la risa. Las maneras y la moda. Los americanos).
- Sthal** (Federico Julio).—*Historia de la Filosofía del Derecho*, con prólogo de E. Gil y Robles, profesor en la Universidad de Salamanca. Un vol. en 4.º m., 12 pesetas.
Esta es la mejor obra del sabio profesor de la Universidad de Berlín, Federico Julio Sthal.
- Stendhal.**—*El amor*, 3 pesetas.—*Curiosidades amorosas*, 3 pesetas.
- Stuart Mill** (John).—*Mis memorias*, 3 pesetas. Precioso volumen en el cual el gran filósofo nos cuenta su vida con absoluta sinceridad.
- Sumner-Maine** (Sir H.).—*El antiguo derecho y la costumbre primitiva.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.
- Idem.**—*La Guerra según el Derecho internacional.* Un vol. en 4.º m., 4 pesetas.
- Idem.**—*Historia del Derecho.* Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.
- Idem.**—*Las Instituciones primitivas.* Un vol. en 4.º m., 7 pesetas. (Contiene: El antiguo Derecho. El parentesco considerado como fundamento de las sociedades. La tribu y la tierra. El jefe y la aristocracia. El jefe y la tierra. Antiguas divisiones de la familia. Cómo se propagan las ideas primitivas. Formas del procedimiento en derecho romano, teutónico, brehon é indio. Historia del régimen de los bienes de la mujer ca-

sada. La Soberanía. Los Imperios).

Supino (David).—*Derecho Mercantil*, traducido y anotado extensamente por Lorenzo Benito, catedrático de esta asignatura en la Universidad de Valencia. Un volumen en 4.º m., 12 pesetas.

Sirve de texto en varias Universidades y Escuelas de Comercio.

Taine (Hipólito).—*Filosofía del Arte. La pintura en los Países Bajos. El Arte en Grecia. El ideal en el Arte. Viaje á Italia: Nápoles, Roma* (2 tomos), *Florenxia, Venecia, Milán*. Diez volúmenes á 3 pesetas cada uno.

Idem.—*Historia de la literatura inglesa contemporánea* (Dickens, Thackeray, Macaulay, Carlyle, Stuart Mill, Tenyson). Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Idem.—*Historia de la literatura inglesa. Los orígenes*. Un vol. en 4.º m., 7 pesetas.

Tarde (G.).—*Estudios penales y sociales*. Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El sufragio universal. El amor morboso. El atavismo moral. La arqueología criminal. Despoblación y civilización).

Idem.—*La criminalidad comparada*. Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El tipo criminal. La estadística criminal. Problemas de la penalidad. Problemas de la criminalidad).

Idem.—*El duelo y el delito político*. Un vol., 3 pesetas.

(Comprende: El duelo. El duelo en lo pasado. El duelo en lo presente. El duelo, sus causas y remedios. Los duelos en Italia. Los duelos en Francia. El delito político).

Idem.—*Las transformaciones del Derecho*. Traducción, prólogo y 120 notas, por A. Posada. Un volumen en 4.º m., 6 pesetas.

(Contiene: Derecho criminal. Procedimiento. Régimen de las personas. Régimen de los bienes. Obligaciones. El Derecho natural. El Derecho y la Sociología).

Thorold Rogers (James E.).—*Senti-*

do económico de la Historia. Un vol. en 4.º m., 10 pesetas.

Esta es una de las más importantes obras de nuestra colección. Explica la Historia á través de la economía política.

Tcheng-Ki-Tong.—*La China contemporánea*, 3 pesetas.

Tolstoy (Conde León).—*La sonata á Kreucer. Marido y mujer. Dos generaciones. El ahorcado. El príncipe Nekhli. En el Cáucaso. La muerte. El sitio de Sebastopol. Los cosacos. Iván el Imbécil. El canto del cisne. El camino de la vida. Placeres viciosos. El dinero y el trabajo. El trabajo. Mi confesión. Los hambrientos. ¿Qué hacer? Lo que debe hacerse. Mi infancia. Fisiología de la guerra. La escuela de Yasnaia Poliana. Mi juventud*. 23 vols., á 3 pesetas cada uno.

Turgueneff (Iván).—*Humo. Nido de hidalgos. El judío. El rey Lear de la Estepa. Un desesperado. Primer amor. Aguas primaverales. Demetrio Rudin. El reloj. Padres é hijos. La guillotina*. Once vols., á 3 pesetas cada uno.

Uriel Hancock (Anson).—*Historia de Chile*, traducida del inglés. Un vol. en 4.º m., 8 pesetas.

Esta interesantísima historia alcanza hasta el año 1893.

Valera (Juan).—*Ventura de la Vega*, 1 peseta. *Currita Albornoz al Padre Coloma*, 1 peseta.

Varios autores.—*Cuentos escogidos*. «El gallo del campanario», por Eugenio Moutón (Merinos). «La Criadita», por Cátulo Mendes. «Sganarelle», por Teodoro de Banville. «La obra maestra del crimen», por Juan Richepin. «Los Generales y el Mugik», por Chchedrine. «La partida de Chaquete», por Próspero Merimée. «El Ayuno», por Emilio Zola. «Christel», por Sainte-Beuve. «El pan bendito», por Francisco Coppée. «Una Condesa», por Alfonso Daudet.

Varios autores.—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, por

Aguano, Alas, Azcárate, Bancos, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregall, Pella y Forjas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña, etc.

Esta hermosa obra, de 800 páginas en 4.º mayor, contiene todos los progresos y el estado actual del Derecho y la Sociología; precio, 12 pesetas.

Varios autores.—*La Escuela criminológica positiva*, por Lombroso, Ferri, Garófalo y Fioretti. Un volumen en 4.º m., 7 pesetas.

Renombrada obra, en la cual exponen sus teorías los cuatro jefes de la escuela positivista de Derecho Penal.

Varios autores.—*Estudios de higiene general*, traducidos del alemán por F. Murillo. Un vol. de 300 páginas, 3 pesetas. Comprende: «Desarrollo histórico de la Higiene pública», por A. Hirsch, profesor en Berlín. «Patología comparada de las razas», por J. B. Stokirs, profesor en Amsterdam. «Las infecciones en la guerra», por R. Koch, profesor en Berlín. «Cómo degeneran las naciones: Causas y remedios», por A. Wurzburg, jefe de estadística en Berlín.

Varios autores.—*Novelas y caprichos*. Comprende: «Sopas de ajo», por el doctor Thebussem. «El collar de Perlas», por Manuel del Palacio. «Virtudes premiadas», por Jacinto Octavio Picón. «El Poder de la Ilusión», pequeño poema, por Campoamor. «El mechón blanco», por Emilia Pardo Bazán. «Tisis poética», leyenda, por José Zorrilla. «Chucho», aguafuerte, por A. Palacio Valdés. «La Risa del Payaso», anécdota, por Emilio Ferrari. «El novenario de ánimas», por Narciso Oller. «Placidez», por Eugenio Sellés. «La Condesa de Palenzuela», por Antonio de Valbuena.

Este precioso libro, ilustrado con más de 200 grabados y multi-

tud de *Historias mudas*, vale 3 pesetas.

Varios autores.—*La nueva Ciencia jurídica, Antropología, Sociología*, por Aguanno, Altamira, Arenal, Dorado, Ferri, Fioretti, Lombroso, Oliva, Posada, Salillas, Escartín, Silió, Torres-Campos, Vida, etc.

Esta obra consta de dos volúmenes en 4.º m., con grabados, y da á conocer las aplicaciones de la Antropología y la Sociología á la Ciencia jurídica. Precio, 15 ps.

Varios autores.—*Ramillete de cuentos*. Comprende: «Malachka y Akulina», por el Conde León Tolstoy. «Muerte voluntaria», por Francisco Copée. «Caballería rústica», por G. Verga. «El verdugo», por Balzac. «El libro japonés», por Eugenio Moutón. «Un animal sarnoso», por Pedro Loti. «El babeiaca de la señá Antónica», por Juan Richepín. «Mateo Falcone», por Próspero Merimée. «Fragmento de una carta de mujer», por A. Daudet. «El baño de la Malibrán», por A. de Pontmartín. «La canción del peral», por Paul Feval. «Cálculo exacto», por Dostoyeuský. «Cómo se engaña á las mujeres», por Teodoro Banville. «Un jugador», por Paul Bourget. Un vol. 3 pesetas.

Varios autores.—*Tesoro de cuentos*. «El cura de Cucuñán», por A. Daudet. «Las dos margaritas», por Cátulo Méndez. «La miniatura», por Teodoro Banville. «El miedo», por G. de Maupassant. «Cuento histórico», por Teófilo Gautier. «Los ladrones y el asno», por Emilio Zola. «El asesino desnudo», por Juan Richepín. «Un veterano de la veterana», por Francisco Copée. «La Marquesa de Aurebonne», por A. de Pont Martín.

Vivante (César).—*Derecho Mercantil*, traducción, prólogo y notas, por F. Blanco Constans, profesor de esta asignatura en la Universidad de Granada. Un vol. en 4.º mayor, 10 pesetas.

Sirve de texto en varias Uni-

versidades y Escuelas de comercio.

Wagner (Ricardo).—*Recuerdos de mi vida*, un tomo, 3 pesetas. En este hermoso libro refiere el ilustre músico sus memorias íntimas.

Wolf (Fernando).—*Historia de las literaturas castellana y portuguesa*, traducción del alemán, con notas y adiciones de M. Menéndez y Pelayo. Dos vols. en 4.º m., 15 pesetas.

Ibsen (Enrique).—*Casa de muñeca*, con biografía del autor y estudio preliminar, por L. Passarge, 3 pesetas. *La Dama del mar* y *Un enemigo del pueblo*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas. *Los Aparecidos*, *Hedda Gabler*, dos dramas en un solo vol., 3 pesetas.

Yhering (Rodolfo von).—*Cuestiones jurídicas* traducción del alemán,

por Adolfo Posada. Un vol. en 4.º mayor, 5 pesetas.

Zola (Emilio).—*Biografías de Jorge Sand, Víctor Hugo, Balzac, Alfonso Daudet, Sardou, Dumas (hijo), Gustavo Klaubert, Chateaubriand, Los Goncourt, Alfredo de Musset, Stendhal, Sainte-Beuve, Teófilo Gautier*, 13 tomos á peseta cada uno. *Las veladas de Médan*, 3 pesetas. *Estudios literarios*, 3 pesetas. *La Novela experimental*, 3 pesetas. *Mis odios*, 3 pesetas. *Nuevos estudios literarios*, 3 pesetas. *Estudios críticos*, 3 pesetas. *El naturalismo en el teatro*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los novelistas naturalistas*, 2 tomos, 6 pesetas. *El Doctor Pascual*, 2 tomos, 6 pesetas. *Los hombros de la Marquesa*, 3 pesetas.